

NÚMS. 6.º Y 7.º

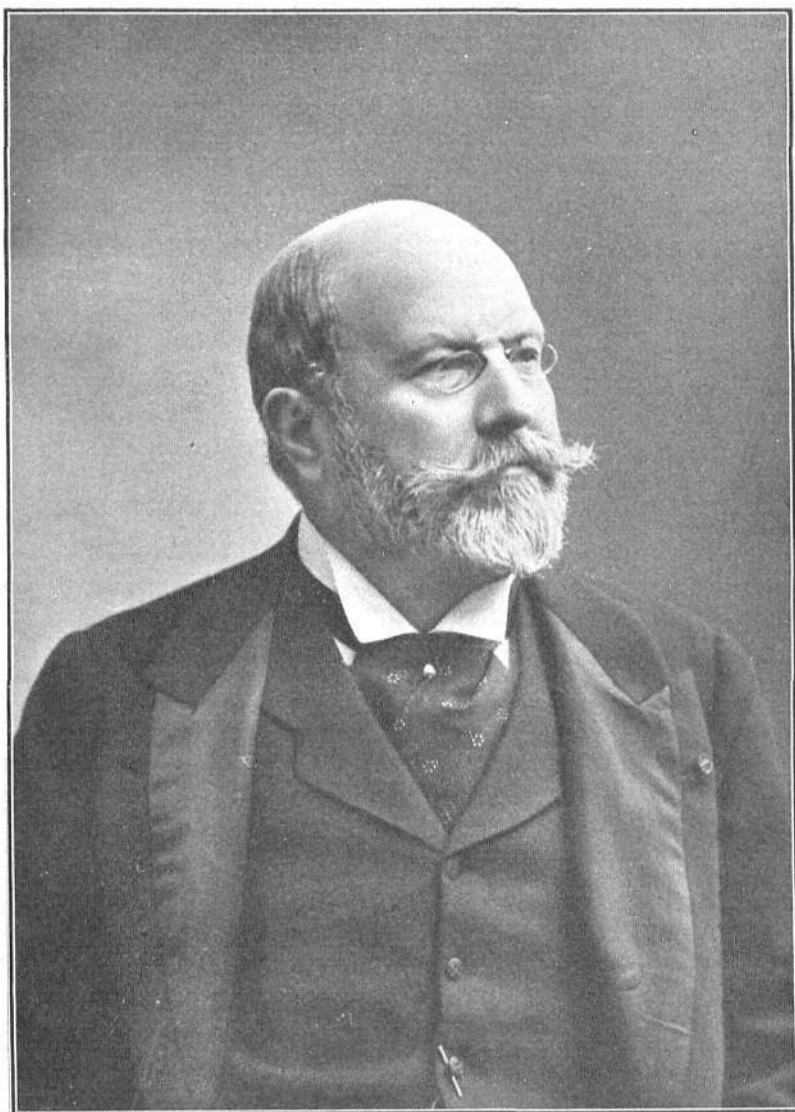
≡ AÑO I
JUNIO-
JULIO
1909 ≡

EUROPA EN ÁFRICA

Precios de suscripción

	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
España y Marruecos.....	15 pesetas.	8 pesetas.	5 pesetas.
Guinea española.....	17 —	9 —	6 —
Extranjero.....	17 francos.	10 francos.	7 francos.

Número suelto: DOS PESETAS



Excmo. Sr. D. Fernando León y Castillo, marqués del Muni,

© Biblioteca Nacional de España

LEÓN Y CASTILLO

En las páginas de una revista que lleva el título de **EUROPA EN AFRICA** forzosamente había de ocupar puesto de preeminencia el nombre de León y Castillo, desde hace años al servicio de los intereses de su Patria en nuestra Embajada de París.

Dejamos á un lado la acción del hombre político, y bien á nuestro pesar. Porque cuando se intenta despertar en nuestra raza el viejo espíritu del pueblo colonizador, orientándolo para que busque en el Africa fronteriza su desquite de las desgracias pasadas y su grandeza en el porvenir, no convendría dejar en silencio que una etapa de la vida del Sr. León y Castillo se consagró á las reformas de nuestra política colonial, ocupando la cartera de Ultramar.

Por su gestión cesó el régimen excepcional en nuestras posesiones de las Antillas, equiparándolas desde entonces á nuestras provincias peninsulares, con iguales deberes y derechos; reforma que fué un respiro á la opresión de que venían quejándose los antillanos.

Fué León y Castillo también quien decretó el desestanco del tabaco en Filipinas, precisamente en vísperas de peligro: cuando se intentaba que cayese una prerrogativa de la soberanía española en manos de negociantes, convirtiéndola en un monopolio fructífero y á la vez industrial.

Aunque no renuncia á historia tan honrosa, puesto en nuevos caminos, el Sr. León y Castillo se ha apartado de la vida política española, en lo que ésta tiene de personal y de lucha en pequeño de los intereses de partido.

Su actividad y sus talentos, con más su fe indeclinable de patriota, los ha puesto en servir el cargo diplomático que ocupa, sirviendo en él á su nación. Diez y ocho años de labor continua, firme en un ideal más que en un puesto, viendo desfilar en nuestro país Gobiernos con la inestabilidad y la desorientación que nos son tan características, sorprendido á veces en negociaciones que tramitaba por la resistencia á vencer más de los Ministerios españoles que de los Gabinetes extranjeros y de los compromisos de la política internacional; diez y ocho años de perseverancia, con los ojos siempre vueltos á la Patria y el pensamiento en sus destinos de mañana, han sido á la postre largamente fecundos.

Muchos son los servicios como diplomático por León y Castillo prestados, que la opinión ignora y que el país acaso no haya aún debidamente reconocido. No hablemos de otros, para circunscribirnos solamente al de la política de España en Africa.

Después del dolor de nuestra desgracia última, en que perdimos el resto de nuestro imperio colonial ultramarino, León y Castillo comprendió que, despedidos de América, habíamos de buscar nuestra compensación en Africa. La misma Naturaleza, y hasta el propio curso de nuestra historia, nos señalaban claramente el camino. Toda en acción la encaminó hacia esa empresa magna, que en días tristes abría nuevos horizontes á España.

Larga de contar sería, pero muy curiosa, la historia íntima de las negociaciones y de los Tratados que se han firmado—negociados y firmados por León y Castillo—acerca de la soberanía ó de la influencia de España en África.

Por el Tratado de 27 de junio de 1900 España entra en la plena soberanía de más de 80.000 kilómetros cuadrados de territorio en Guinea, tierras fértiles y pobladas, y una inmensa zona en el Sahara, nuevas posesiones que componen un total de 180.000 kilómetros cuadrados; y por Tratado de 1904, cuando estuvimos á punto de ser víctimas de los egoísmos y de las componendas internacionales, perdiendo nuestra tradicional posición en Marruecos, se consigue que se reconozcan nuestros derechos y nuestra influencia en el Imperio mogrebino, equiparándonos á Francia y concediéndonos un rango internacional de que antes carecíamos, que tuvieron que reconocer las potencias mandatarias del Acta de Algeciras.

Los hechos hablan más claro que los comentarios; y los dos expuestos son lacónicos, pero sobradamente elocuentes.

Y en esta obra, ideal nuevo de nuestra Patria, necesitada de rehacerse y de ensancharse, que es la política de España en África, por imperio del deber y por obligación de gratitud, será necesario destacar siempre en primer término la figura de León y Castillo, á quien no puede disputársele la iniciativa y la fortuna de haber negociado y firmado Tratados que han dado á su país un imperio colonial, como si dijéramos, á las puertas de casa.

El perfecto conocimiento de los asuntos internacionales relacionados con nuestra política en África, y su vehemente y reconocido patriotismo, han de hallar ancho campo para desplegar energías é iniciativas que impongan justo freno á los juicios malévolos é intemperantes de nuestros enemigos y mantengan inoólume el prestigio de España en los mil incidentes que indefectiblemente surgirán con motivo de la campaña del Rif.

Podemos confiar en el tacto y acierto de nuestro biografiado, y esperar con fe que mientras permanezca en aquel puesto sabrá vencer cuantas dificultades internacionales se presenten y mantener *l'entente cordiale*, que hoy más que nunca necesitamos.



BATALLA DE WAD-RÁS

(23 DE MARZO DE 1860)

Á mi querido amigo el general Mañriaga.

De todos los combates de la épica campaña que sostuvo contra los marroquíes el Ejército español en África desde octubre de 1859 á marzo de 1860, la batalla de Wad-Rás, por su duración, por la extensión y dificultades del terreno en que se libró, por el número de bajas de moros y cristianos, y por el es-

fuerzo desesperado que hicieron los marroquíes para poner fin á la serie no interrumpida de triunfos de las armas españolas, fué el más grande, importante, reñido y sangriento, y aquel en que al valor de nuestros soldados y á la pericia de sus generales costó más la victoria. Ésta no se presentó franca desde los primeros instantes, como en la batalla de Tetuán, y hubo momentos críticos en que estuvo dudosa, como en la batalla de los Castillejos.

Y si en la de los Castillejos fué la intervención del segundo cuerpo de ejército, mandado entonces por el general Zabala, lo que decidió el éxito, en la de Wad-Rás le cupo esta gloria al tercero, que mandaba el general Ros de Olano, con el valor reflexivo que es cualidad eminente en un caudillo; y en una y otra el general Prim, cuya característica era el heroísmo, sostuvo con sus tropas lo más rudo del empeño; y, como siempre sucedía, cualquiera que fuese el puesto que éstas ocuparan en la columna de marcha, resultó luchando con el enemigo en los puntos más avanzados del frente de combate. Fué el primer cuerpo de ejército el que, con su bravo general Echagüe, reforzando los laureles de la acción del 25 de noviembre de 1859, inició gallarda y briosamente el ataque á las posiciones ocupadas por los moros, y el que peleó con ellos incesante y victoriosamente desde el principio de la batalla hasta su terminación. El cuarto cuerpo de ejército, recién formado á las órdenes del valiente general Ríos sobre la base de la división de reserva, contribuyó eficazmente al triunfo.

Con la firmeza imperturbable del general en jefe que tiene conciencia de las responsabilidades del mando y resiste los impulsos irreflexivos de la opinión, sin apresuramientos que puedan comprometer una campaña acertadamente dirigida y desarrollada, el general O'Donnell no emprendió la ofensiva, cuyo objetivo había de ser Tánger, hasta que hubo reunido todos los elementos de marcha, aprovisionamiento y combate necesarios. El 4 de febrero ganaba la batalla de Tetuán, y era el 23 de marzo cuando antes de amanecer levantaban tiendas los soldados de su ejército, hallándose á las cuatro y media formadas en columnas sobre el terreno de sus campamentos las tropas en el orden más perfecto, siendo el silencio que reinaba en las filas expresión, no tan sólo de disciplina y decisión, sino que también de la convicción que todos tenían de que la jornada había de ser sangrienta, penosa y difícil: confiaban en la victoria; pero presagiaban que había de ser costosa. Marchar envueltos por la niebla es marchar á ciegas por un camino que se sabía estaba lleno de obstáculos y con un enemigo numeroso, valiente y dispuesto á jugarse el todo por el todo para detenernos y rechazarnos, y hubo que esperar á que la niebla se disipase. A las ocho lució el sol, y minutos después se emprendió el movimiento. El combate de Samsa y la última conferencia celebrada con Muley-el-Abbas le habían servido al general O'Donnell de reconocimientos, armado el uno y pacífico el otro, del terreno por el cual se iba á operar en aquella primera jornada, y le era éste muy familiar: así es que tomó sus disposiciones con gran acierto.

El general Ríos, con cinco batallones de la segunda división del cuerpo de reserva, los tercios vascongados y dos escuadrones de lanceros, avanzó por

la derecha, destacado del resto del ejército. Se le confiaba la misión de flanquear por la derecha la marcha de éste, y asegurar su acceso á los valles de Buceja y Wad-Rás, ó río de las Espigas, librándole de todo movimiento envolvente que por la derecha nuestra intentara el enemigo, apoderándose de las alturas de Samsa y llegando á dominar enteramente, por el pronto, la llanura de Buceja, y más tarde, el valle de Wad-Rás. En la creencia de que el enemigo esperaba á nuestras tropas en el desfiladero del Fondak, situado á mitad de distancia y en el paso preciso de Tetuán á Tánger, y en las alturas que le dominan, y que allí sería donde se empeñaría el combate, las órdenes dadas al general Ríos eran: de que con las fuerzas que mandaba acompañase al ejército hasta el desfiladero, coadyuvase al paso á viva fuerza de éste, y después, con las tropas de la segunda división del cuerpo de reserva, se encargara de la conducción de los heridos que hubiere á Tetuán, donde él continuaría de gobernador militar y la división de guarnición, en tanto que el ejército continuaba su marcha á Tánger. Mientras las tropas de Ríos subían á las alturas de Samsa, el ejército se ponía en marcha y avanzaba por la calzada que, partiendo de Tetuán, va por la margen izquierda del Guad-el-Jelú, salva el río Buceja por un puente de piedra de cuatro ojos, y sube por entre alturas y vericuetos á atravesar el angosto, profundo y largo desfiladero del Fondak. El orden de marcha era el siguiente: en vanguardia, el general Echagüe, con los ocho batallones que de su cuerpo de ejército había traído del campo de Ceuta, toda la fuerza de ingenieros, dos baterías de montaña y un escuadrón de Albura; detrás, y formando lo que antiguamente se llamaba cuerpo de batalla, el segundo cuerpo de ejército, con una batería de montaña, el segundo regimiento de artillería á caballo y la batería de cohetes, la brigada de coraceros, dos escuadrones de lanceros y uno de húsares, el cuartel general y todos los bagajes é impedimenta de él y de los dos cuerpos de ejército, y, por último, el tercer cuerpo, con una batería de montaña, un escuadrón de Albura y su impedimenta. Cerraba la marcha, constituyendo la retaguardia, la primera división del cuerpo de reserva, mandada por el general Mac-Kenna, con una batería de montaña y un escuadrón de coraceros.

Las disposiciones para la marcha estaban perfectamente adaptadas á las condiciones y naturaleza del terreno, y, en previsión de un ataque serio por el flanco derecho ó por retaguardia, uno y otra resultaban protegidos hasta hacer imposible toda tentativa en tal sentido del enemigo, que, en efecto, no la realizó. El general O'Donnell no se había cuidado de proteger igualmente la izquierda, pues por este lado se extendía la llanura de Buceja á más de seis kilómetros, era más despejado el terreno, y, por tanto, difíciles las emboscadas, y le cruzaban dos ríos y varios arroyos que formaban una defensa natural é impedían al enemigo concentrar fuerzas bastantes y ejecutar movimientos capaces para detener la marcha é interrumpir el paso del ejército expedicionario; pero no le imposibilitaban para entorpecer aquélla, ó interrumpir, siquiera fuese momentáneamente, las comunicaciones del ejército con la plaza, y aun las de ésta con el mar, según cartas de oficiales que se quedaron en la ciudad, publicadas en la *Crónica de la guerra de África*. Tetuán, desde que

salió el ejército de su recinto y abandonó sus inmediaciones, quedó totalmente incomunicado con la Aduana y con la costa, y, según esas mismas cartas, grupos enemigos que pasaron el río Martín estuvieron á punto de apoderarse de la impedimenta del tercer cuerpo. No lo consiguieron; pero entorpecieron la marcha de éste haciendo que se retrasase, y aún más la de la división de Mac-Kenna, que llegó á perder todo enlace con el ejército, si bien no por mucho tiempo.

Calculaba el general O'Donnell que el enemigo nos esperaría atrincherado y ocupando formidables posiciones, fuertes por naturaleza, en el desfiladero y montes del Fondak; que allí haría una resistencia desesperada para cerrarnos el paso, lo que ocasionaría un combate muy sangriento, después del cual, nuestra la victoria, el camino quedaría libre hasta Tánger por la dispersión de las huestes marroquíes. Los cálculos resultaron fallidos, pues el enemigo, con esfuerzos desesperados y tenaces, los hizo á vanguardia del desfiladero, y tal vez con el propósito de, si fracasaban, reproducirlos después en el mismo paso del Fondak, lo que demuestra la decisión que le animaba á detener nuestra marcha á toda costa, oponiendo una enérgica y desesperada resistencia, empleando para impedir el avance de nuestro ejército el *summum* de sus esfuerzos y de sus fuerzas.

Aún no había recorrido la vanguardia tres kilómetros, cuando desde la prolongación de su frente por la izquierda algunos grupos de moros rompieron el fuego. Ligero tiroteo en un principio, rápida, instantáneamente se extendió por todo nuestro flanco izquierdo, y también por nuestro frente, convirtiéndose bien pronto en nutrido fuego de espingarderia, que nos causaba bastantes bajas. Por toda la margen derecha del río Martín ó Guadal-Jelú aparecían moros que no se sabía de dónde salían: eran los habitantes de los aduanares situados entre los peñascales de las altas montañas, inmediatas por aquella orilla al río, que descendían de sus breñas para molestarnos y causarnos bajas con sus certeros disparos y amagar nuestro flanco izquierdo, y que se extendían hasta el recodo que forma el Jelú frente á la Aduana, amenazando continuamente las comunicaciones del ejército con la plaza, y cortando en absoluto las de la ciudad con los fuertes de la Aduana y Martín y con la costa. Ya en la acción del 11 de marzo habían iniciado un movimiento parecido; pero no insistieron en él, y, aunque hubieran insistido, no hubiera tenido la importancia ni hubiera encerrado el peligro que ahora, porque entonces el ejército no tenía que alejarse de la plaza más que lo suficiente para rechazar al enemigo, y el día 23 tenía que avanzar hasta el Fondak para forzar su paso: razón por la cual estas amenazas de un movimiento envolvente por nuestro flanco izquierdo eran más alarmantes. ¿Debieron evitarse haciendo pasar con antelación algunas fuerzas á la orilla derecha del Jelú? No dieron resultado estos amagos de los moros, ni los ataques parciales y sin cohesión que pasando el río dieron, y, realmente, fué innecesario el paso del río Jelú antes de lo que se verificó por tropas nuestras; pero si el ejército, en vez de arrollar á los moros, hubiera sido rechazado, acrecentada la audacia de los que pululaban por la margen derecha, tal vez hubieran vadeado el Jelú

y atacado nuestras tropas de retaguardia con más decisión, y, de lograr interponerse entre el ejército y Tetuán, hubieran contribuido á que la jornada del 23 de marzo fuese un tremendo desastre. Pero esto no son más que suposiciones, y cuando se entra en el terreno de las hipótesis, los extravíos son fáciles y frecuentes. Me circunscribiré, por tanto, á los hechos, y ateniéndome á ellos formaré mis juicios.

Sin orden, cohesión ni concierto, á la desbandada, pero incesantemente, acaudaban grupos numerosísimos de moros de á pie y de á caballo, aullando como lobos, unos á acometer nuestra vanguardia, y los otros á reforzar á los que desde la margen derecha del Jelú nos molestaban y causaban bajas con sus disparos.

Las guerrillas de los ocho batallones de Echagüe habían sucesivamente entrado en fuego, y le hacían avanzando en una extensa línea, apoyadas y seguidas de cerca por aquéllos, que habían desplegado en línea de columnas, y que avanzaban también, aunque con lentitud y deteniéndose con frecuencia por la necesidad de que los ingenieros les habilitasen pasos en las frecuentes y profundas regatas que, descendiendo de los montes de Samsa y estribaciones meridionales de Sierra Bermeja, iban á dar sus aguas al Guad-el-Jelú. Si estas dificultades se presentaban para la marcha de la infantería, puede suponerse las que habría para la de la artillería; así es que en la batalla de Wad-Rás tuvo menor intervención que en los combates anteriores; poca la caballería, aunque muy gloriosa, pues en momentos críticos cumplió con su heroica misión de sacrificarse para evitar desastres ó restablecer el combate; y la infantería, que es la única arma que, mejor ó peor, puede batirse en toda clase de terrenos, fué la que arrojó la casi totalidad de riesgos y penalidades de la lucha.

Desplegaron guerrillas con frente á la izquierda para cubrir este flanco; pero en algunos puntos no bastaron para contener la audacia de los moros, que por varios vados cruzaron el Guad-el-Jelú á la altura del segundo cuerpo, fueron rechazados y obligados á repasar el río por los dos batallones destacados al efecto, y vinieron, más á retaguardia en la columna de marcha, á dar sobre la impedimenta del tercer cuerpo, que estuvo en grave riesgo de caer en sus manos; hasta el punto de que, para evitarlo, dispuso el general Ros de Olano que los bagajes marchasen fuera de camino, por la derecha, protegidos por tropas suficientes, mientras que el brigadier Cervino con dos compañías, y Mogrovejo con otras dos, cargando á la bayoneta, obligaron á los moros á repasar el río, con muchas pérdidas. Frustrado tan rudo golpe, si no dió á los moros el resultado apetecido, detuvo por algún tiempo al tercer cuerpo y retrasó su marcha, y mucho más aún la de la división de Mac-Kenna, que constituía la retaguardia, y que hubo instantes en que llegó á perder por completo el enlace con el grueso del ejército.

Mientras tanto que esto sucedía, los batallones del primer cuerpo, con el general Echagüe, y el general en jefe y su cuartel general, habían llegado á la confluencia de los ríos Jelú y Bucejá. Fuerzas enemigas de gran consideración por su número y valor esperaban allí á las nuestras para impedirles

el paso del río, y rompieron un horroroso fuego contra nuestro frente de combate y ala izquierda, que fué contestado vigorosamente. Nuestra ala izquierda era la más comprometida por ser adonde acudía mayor número de moros, que, protegidos por los ríos, nos causaban mucho daño con poco suyo. Era preciso poner término á esta situación desfavorable, y para ello el general O'Donnell dispuso que el segundo batallón de Granada y un escuadrón de cazadores de Albuera vadeasen el río. Los moros no intentaron disputar el paso del vado á nuestros soldados, que los rechazaron á gran distancia; pero, rehecho y reforzado considerablemente el enemigo, intentó recobrar lo perdido. Entonces el escuadrón de Albuera dió una carga á fondo con tal resolución, que alcanzó á los moros, y, mezclados moros y cristianos, los bravos cazadores de Albuera acuchillaron á sus contrarios y los pusieron en precipitada fuga.

A este tiempo los otros siete batallones de Echagüe, que con una batería de montaña en el centro seguían avanzando en línea de columnas, de las cuales formaba la de la extrema izquierda el primer batallón de Granada, y la del flanco derecho cazadores de Cataluña, llegaron al pie de una colina, punto llave del campo de batalla, porque dominaba la confluencia de los ríos y el puente de Buceja, y situada frente á nuestra extrema derecha.

Avanzó Cataluña á ocuparla subiendo por la vertiente que mira á Tetuán, y, al mismo tiempo, numerosos grupos de moros á pie y á caballo ascendían por la ladera opuesta con igual fin. Ignorantes unos y otros del respectivo y común intento, se encuentran en la cima. Hay un momento de sorpresa en moros y cristianos, pero es muy breve; y siguiendo el vigoroso impulso que allí los ha conducido, no tardan en chocar fuertemente, trabándose ruda y sangrienta pelea. Es grande la superioridad numérica de los marroquíes, y hay un instante en que los nuestros vacilan; pero un oportuno ataque á la bayoneta en toda la línea de los restantes batallones que dirigen los generales García y Echagüe, y el inmediato refuerzo de los cazadores de Madrid á sus compañeros de Cataluña, dan la victoria á nuestras armas en este importante episodio del combate, y la colina queda en nuestro poder, siendo arrojados los moros á un barranco próximo, donde se guarecen y rehacen. La cima de la colina y la ladera por donde la bravura de nuestros soldados precipitó á los marroquíes quedan cubiertas de cadáveres, en los que son muchos más los mahometanos que los cristianos.

Mucho importaba á los moros recobrar la posesión del llano en la confluencia de los ríos Jelú y Buceja, porque así, desde la margen derecha de éste amenazarían seriamente el flanco izquierdo de las tropas que por la margen izquierda avanzaban á tomar y pasar el puente por donde el camino de herradura que de Tetuán va á Tánger cruza el último de los dos citados ríos, y desde luego rebasarían el ala izquierda de las posiciones que acababan de conquistar las tropas de Echagüe, de las que todas habían desplegado ya y en primera línea habían entrado en fuego, sin que ni uno solo de sus batallones hubiese quedado en reserva. No les importaba menos no dejar á estas fuerzas descender desde las colinas que habían conquistado á la vega que da acceso al puente. Así es que los moros batidos por el segundo batallón de Granada y el es-

cuadrón de Albúera se replegaron, y, considerablemente reforzados, volvieron al combate con desesperado ardimiento, poniendo al batallón de Granada y al segundo de Borbón, que acababa de reforzarle, en grave aprieto. Igualmente reforzados y rehechos los que, desalojados por el núcleo principal de las tropas de Echagüe de las colinas que dominan el curso del Buceja y su puente, se habían acogido á un barranco que hay entre ellos y el río, intentaron, no tan solamente cerrarnos el paso al puente, sino que también recuperar en impetuosa acometida las posiciones que acababan de perder. Pero en este momento, en que se renovaba el combate con mayor intensidad que antes, con gran oportunidad llegó á la altura del primer cuerpo la vanguardia del segundo, y poco después todo éste; y en cumplimiento de órdenes del general en jefe, los voluntarios catalanes, seguidos inmediatamente del regimiento de la Princesa, conducido á la pelea por el brigadier Hediger, jefe de la brigada á que aquél pertenecía (segunda de la segunda división), fueron á reforzar á los segundos batallones de Granada y Borbón, insuficientes ya para contener á los numerosísimos grupos de moros de á pie y de á caballo que los acosaban con encarnizamiento; y el brigadier Paredes, con el regimiento de Castilla, perteneciente á su brigada (primera de la segunda división), acudía en socorro de las tropas que, con Echagüe al frente, se sostenían en las colinas de que á tanta costa se habían apoderado, y en una carga á la bayoneta contribuían decisivamente á que los moros, retirándose, dejaran despejado el terreno entre la colina y el puente. Por el ala izquierda los intrépidos catalanes, que en las dos jornadas en que habían intervenido se habían conquistado reputación de bravura en un ejército de bravos, subiendo por la escarpada ribera, se lanzaron á la bayoneta más allá de las guerrillas de los batallones que iban á reforzar. Con su intervención en el combate se recrudeció éste de un modo horrible; entablaron una lucha feroz cuerpo á cuerpo y desigual, con fuerzas muy superiores en número á ellos, que dejó el campo cubierto de cadáveres, hasta el punto de que cuando los batallones que habían venido á socorrer y los dos del regimiento de la Princesa, con su avance y llegada al sitio de la pelea, decidieron el éxito á favor nuestro, ya para siempre, en nuestra extrema izquierda, muertos unos y heridos otros, la mitad de los heroicos hijos de Cataluña estaban tendidos en el campo.

He oído á oficiales que concurrieron á la jornada de Wad-Rás haberse referido entonces como muy cierto que, como exclamara el general Prim, después de la batalla, al ver reducidas las cuatro compañías de voluntarios catalanes á una tercera parte de la fuerza con que desembarcaron junto á la Aduana: «¡Muy pocos quedáis!», D. Francisco Fort, que las mandaba, por muerte de Sugrañes en la batalla de Tetuán, le replicó: «Para otra, aún hay.»

El escritor y dibujante francés Iriarte, encareciendo el heroísmo de los catalanes en los términos más encomiásticos, refiere que esa contestación se la dió á él un voluntario que se retiraba, herido en una pierna, del sitio del combate.

—Mucho habéis sufrido en el combate. Abundan las barretinas (boinas, dice Iriarte) encarnadas en las ambulancias—le dijo el escritor francés.

—Para otra vez, aún quedamos—replicó—. En la toma del campamento nos mataron los moros la tercera parte; en la batalla de hoy, otra; en la que habrá antes de llegar á Tánger moriremos matando los restantes.

Aquel humilde soldado, con ruda naturalidad, sin la menor arrogancia, se expresó en términos más sublimes, según Iriarte, que los que Racine pone en boca del Cid.

Si sangrienta y reñida ha sido la lucha en el ala izquierda, no lo es menos el choque de la brigada del segundo cuerpo, que manda el mariscal de campo Serrano, con los moros que cubren la avenida que conduce al puente del Buceja y los vados de este río. Prim ha recibido orden de arrojar totalmente de la margen izquierda en las inmediaciones del puente á las huestes marroquíes, de apoderarse de éste á toda costa, de pasar el río por él y por su vado, y de romper el centro de la línea enemiga para proteger á los batallones de nuestra extrema izquierda, que, reforzados por los catalanes, afirman en aquellos mismos instantes la posesión de la ribera en la confluencia del Jelú y el Buceja. Realiza tan difícil operación con el éxito más brillante. Felices disparos de una batería de montaña y de la de cohetes preparan el ataque al puente, y los batallones de Navarra y Chiclana y los dos del regimiento de Toledo, apoyados eficazmente por los escuadrones de coraceros, que avanzan muy penosamente por aquel abrupto terreno, arrojan de la ribera izquierda á los moros. El batallón de Navarra, con heroica bravura, fuerza el paso de la cañada que va al puente, se apodera de éste á viva fuerza y le cruza, pasando por verdaderos montones de cadáveres de moros. Pasan por el puente la artillería y la caballería, y los demás batallones del segundo cuerpo, por el cauce del río, que es vadeable en muchos puntos. Vencidos todos los obstáculos que á ello se oponían, el general Prim forma sus batallones al otro lado del río Buceja, despliega los escuadrones de coraceros, la batería de montaña, la del segundo montado y la de cohetes. Todos ellos rompen el fuego contra el enemigo cuando éste trata de rehacerse en la llanura al pie del monte de Benider. Protegidos por los disparos de la artillería, que barren materialmente el camino limpiando de moros toda la vega, y apoyados por los coraceros, los batallones de infantería son lanzados por Prim contra la caballería marroquí y los grupos de moros á pie con ella mezclados; pero el enemigo no espera y se refugia en las alturas de Wad-Rás, poco menos que inaccesibles, que se elevan á no mucha distancia de la orilla izquierda del río, y principalmente en los bosques del monte de Benider y aduarez de Amsa y de Benider, situados en la ladera de éste.

Al mismo tiempo el primer cuerpo, en un nuevo ataque á la bayoneta, toma una segunda posición que los moros defienden con empeño, aunque inútilmente. Queda establecido el contacto entre todas las tropas del primero y segundo cuerpo, que se han posesionado de la vega de Buceja, desde la confluencia de éste con el Jelú, frente á las alturas de Wad-Rás, en que se han refugiado los moros, para desde ellas oponerse á la marcha de nuestros soldados cerrándoles el paso al Fondak.

Prim comprende que allí el enemigo podrá rehacerse; constituye una po-

sición tan formidable, tan fuerte por naturaleza, aquel monte de Benider, con sus bosques, con su aduar de Amsa á mitad de ladera, y con el de Benider, más próximo á la cumbre, que el comandante en jefe del segundo cuerpo cree que de dar tiempo á los moros para que se establezcan en ella sólidamente, ninguna fuerza humana podrá desalojarlos de allí, y la marcha al Fondak quedará detenida; prosigue el ataque, con ánimo de ocupar, por lo pronto, la primera estribación de la montaña. Los moros se oponen con indecible furia. Empéñase una serie de encarnizados combates, en que las pérdidas por ambas partes son muy numerosas y en que algunas veces nuestros bravos batallones del regimiento de Toledo, de Chiclana, de León y de Navarra tienen que ceder al mayor número. Hasta el momento en que, entablada la pelea cuerpo á cuerpo, no es posible ofender al enemigo sin ofender también á nuestros bravos soldados de infantería, la artillería, desde el pie mismo de la montaña, vomita granadas, metralla y cohetes á la *congrève* sobre los moros. La lucha que se empeña en aquellas alturas entre los marroquíes, que no tienen otro refugio que los bosques y aduares del monte de Benider, y los soldados españoles, que dan por inútil todo lo hecho y lo conseguido hasta entonces en tanto que queden estas formidables posiciones por tomar, no hay palabras con que narrarla. Cinco veces nuestros batallones suben por la áspera ladera del Benider, y otras tantas tienen que retirarse ante el encarnizamiento con que los moros se oponen á su ascensión, batiéndose como leones, mostrando en todas partes un valor frenético, lanzándose sobre nuestros soldados gumi en mano y luchando cuerpo á cuerpo. Por fin, logra Prim que sus tropas desalojen al enemigo del primer bosque que se encuentra en la falda del monte, y allí se detiene un momento para rehacerlas, concentrarlas y ordenarlas un poco, y para reanimarlas con entusiastas y fogosas palabras, y en tanto los moros aprovechan los momentos de respiro que les da la obligada y momentánea tregua que les concede el valeroso Prim, para establecerse y hacerse fuertes en el aduar de Amsa, situado á corta distancia.

Prim deja al conde de la Cimera con los coraceros al cuidado de su artillería, que ya no puede seguir más adelante por las condiciones del terreno en que se desarrolla ahora el combate, y en observación de la llanura para impedir y contrarrestar todo ataque por retaguardia, y, á la cabeza del batallón de Navarra y de una compañía de zapadores, sube á desalojar á los marroquíes de aquella tan importante posición. Hubo de dar tres cargas á la bayoneta, siendo rechazados los nuestros en dos de ellas, para penetrar en el aduar. Se apodera de él casa por casa y le incendia.

—¡Heroísmo inaudito!—exclama al referirlo el francés Iriarte, testigo presencial del combate, y confiesa que no halla palabras con que expresar la bravura de unos y otros. Hay moro fanatizado por el odio á los cristianos que, cuando ya los suyos se han refugiado en el aduar situado más arriba, se lanza furioso contra un grupo de diez ó doce soldados nuestros á morir matando.

El combate se renueva sin cesar. Tomado é incendiado el primer aduar por nuestros soldados, los moros se han rehecho en el otro, más elevado y de más difícil acceso, porque, á medida que se va ascendiendo por la ladera, es más

áspera y de mayor pendiente. Desde él se precipitan á contener nuestra ascensión con violentísimas y feroces cargas de frente y tratando de envolvernos por ambos flancos. Nuestros batallones cejan y son arrollados. Prim, en aquel trance supremo, no tiene otras tropas de refuerzo de que echar mano, y hace que los coraceros den una carga absurda, según las prescripciones más rudimentarias de la táctica, por la falda de un monte de acentuada pendiente, carga en que sufren los coraceros mucho daño sin hacer al enemigo casi ninguno, pero que es salvadora, porque contiene al enemigo lo suficiente para que en el bosque se reorganicen los batallones de infantería, cuyas pérdidas han sido tan grandes, que apenas cuentan la mitad del efectivo que tenían al salir de su campamento aquella mañana. Reanimados por la presencia de espíritu y serenidad del heroico general Prim, electrizados por su ejemplo, prestándose mutuo apoyo Chiclana, Navarra, León y Toledo, y también los coraceros, después de nuevos y sucesivos ataques y retiradas, llegan á hacerse dueños del aduar, al que sus defensores han puesto fuego antes de abandonarlo; ascienden hasta la cumbre del monte, é irritados y enardecidos por la saña y crueldad de los moros con cuantos heridos nuestros han caído en su poder en nuestras retiradas, los imitan exterminando á cuantos de ellos logran dar alcance. Fugitivos los más, descienden precipitadamente por la vertiente opuesta. Fué aquélla una lucha verdaderamente homérica, que puede ponerse en parangón con las más famosas de los tiempos fabulosos de la Historia.

Francisco Martín Arrúe.

General de brigada.

(Se continuará.)



HIGIENE TROPICAL

OBRAS DE SANEAMIENTO

III (1)

La higiene tropical, por lo que mira al saneamiento del terreno, pues en sus aplicaciones directas al hombre no pensamos ocuparnos por ahora, busca y encuentra su acción más eficaz sobre el campo y sobre la vivienda, ya se halle ésta aislada en una finca ó ya se alce próxima á otras, constituyendo una ciudad más ó menos populosa; de manera que puede considerársela compren-

(1) Véase el núm. 5.º (mayo, 1909) de *EUROPA EN AFRICA*.

dida casi en totalidad bajo el mismo epígrafe, «Obras de saneamiento», que encabeza estos artículos.

Y esa higiene especial del terreno y de la casa, cuyo estudio está hoy tan adelantado, y cuya aplicación está tan perfeccionada en los países más civilizados, bien convencidos de su decidida eficacia sobre el bienestar de las naciones, se impone como de obligatoria é imprescindible necesidad en las comarcas tropicales, donde á los extremados rigores del clima, predisponente para el europeo á todo género de receptividades morbosas, se une la presencia natural de mortíferos agentes patógenos, causas determinantes por sí solas de numerosas enfermedades y defunciones. A modificar aquél en sus influencias deprimentes, y á neutralizar los segundos en sus efectos antisaneitarios, favoreciendo doblemente así la «adaptación al medio», uno de los grandes principios en que se funda la admirable doctrina darwiniana, tiende la salvadora higiene moderna con las obras de saneamiento que sin cesar defiende y preconiza.

Pasaron ya los tiempos, por fortuna, en que el total desconocimiento de estas nociones, ó el desprecio hacia ellas, subsistente todavía algo en determinados pueblos de Gobiernos ignorantes que en el pecado llevan la penitencia, tantas víctimas inmolaron estérilmente á la rutina y á la incuria. Hoy ya no sería posible, impunemente al menos, pues no faltaría una voz siquiera que se opusiese y protestase, intentar una obra como el llamado «paseo de los Mangos», en Santa Isabel de Fernando Póo, empezado allá en los primeros tiempos de nuestra dominación allí, y donde el general que á la sazón mandaba hizo cuestión de amor propio—nuestro eterno amor propio... mal entendido— que el camino aquel lo abriesen, con todas las reglas del arte, los ingenieros militares que tenía á sus órdenes, «para que aprendiesen á trabajar los negros»; y allí quedó construido un trozo de magnífico paseo, y allí quedaron muertos casi todos los infelices soldados que tomaron parte activa en la construcción, regresando el general á la Península solo, ó poco menos, siendo espléndidamente recompensado, según cuentan las crónicas, por las muchas bajas que habían sufrido las tropas de su mando, las cuales no habían disparado más tiros que las descargas de ordenanza en los entierros, ni tenido más enemigos que el propio general, aliado inconscientemente con el clima. ¡Cosas de aquellos tiempos!...

Hoy ya carecería de realidad en la misma Francia el famoso cuadro, con exceso realista, del maestro Legrand titulado *La Fièvre*, expuesto y premiado en el Salón de París del año 1896. Aquel monstruo horrible que en la estepa africana se lanza desde el pantano infecto sobre el pobrecito soldado colonial, que yace yerto, con la agonía y el terror pintados en la mirada fija de sus ojos desmesuradamente abiertos, explica y justifica bien la fatídica leyenda:

*A chaque coup de pioche, en ce désert farouche,
la mort sort de la terre avec un rire affreux,
prend l'homme dans ses bras, l'étreint et se recouche.*

Ó, como pudiéramos decir en castellano, igualmente ampuloso y trágico:

De cada zanja abierta en el desierto ardiente,
la muerte surge pronta con risa espeluznante;
al hombre toma en brazos, le estruja rudamente
y, con su presa, en tierra cae otra vez triunfante.

Hoy ya, por fortuna, merced á los progresos logrados por la higiene tropical en las obras de saneamiento, pueden, y hasta deben, darse *coups de pioche* ó «abrirse zanjas», cuanto más mejor, en esas tierras inhospitalarias é inclementes, precisamente para vencer y extinguir la muerte que en sus senos anida, dispuesta siempre á caer sobre el europeo que, ignorante ó indiferente, no se apercibe para evitarla y resistirla.

El paludismo, la insaciable fiebre, bajo infinitas formas y manifestaciones, es el enemigo capital que acecha, hiere y rechaza al blanco en el Africa tropical, y contra él han de dirigirse principalmente, por tanto, las campañas sanitarias de previsión y defensa. Al final del artículo anterior dijimos que «nos sobran ejemplos, datos y elementos para hacer obra práctica»; vamos á verlo.

Desde la campaña de los ingleses contra los *aschantis* de la Guinea septentrional en 1873, hasta las interesantísimas publicaciones de la *Società per gli studi della malaria*, creada en Roma el año 1898, y cuyo volumen IX (xvi-729 páginas en folio con numerosas ilustraciones) acaba de ver la luz, ya no hay derecho, ni en lo militar ni en lo civil, para alegar ignorancia ó llamarse á engaño en cuestiones de higiene tropical y de profilaxis antipalúdica, ni vale alegar, como excusa de punibles deficiencias, el pretexto, que sería ridículo si no costase tantas vidas y tanto dinero, de que «se espera el resultado de nuevos estudios é investigaciones»: con los realizados ya y que constan en esos dos documentos citados, aunque no hubiera otros, que los hay infinitos, basta y sobra para que resulte un crimen de lesa humanidad el no conocerlos é imitarlos, dejando las cosas como están, ó peor si cabe, por aquello del *unum facere et alterum non omittere*.

Hace ya trece años, desde 1896, anda por ahí impreso un relato abreviado que publiqué entonces de la mencionada expedición militar inglesa, tan convincente é interesante, que por lo nuevo y desconocido para nosotros ¡todavía!, voy á reproducirlo aquí... para escarmiento de pícaros, como suele decirse, aunque demasiado sé que los nuestros, según estamos viendo, no escarmentan nunca. Los ingleses adquirieron de los holandeses en 1873 los dominios que éstos poseían en la Costa de Oro (Africa occidental); los *aschantis* no quisieron aceptar el nuevo protectorado, y, levantados en armas, llegaron, después de haber sostenido varios encuentros con resultados favorables para ellos, hasta Cape Coast Castle, capital de los establecimientos ingleses, amenazando gravemente á los 300 á 400 negros que allí estaban de guarnición, y obligando á los ingleses á reconcentrar sus tropas indígenas de las Antillas, reforzándolas con 110 soldados de Infantería de marina procedentes de Portsmouth. Este

último destacamento, enviado á toda prisa, y con cuyo personal no se adoptó ninguna precaución higiénica extraordinaria, quedó muy pronto reducido á 21 hombres, pues murieron 12, y otros 77 se inutilizaron por las enfermedades endémicas.

Pérdidas tan dolorosas impresionaron violentamente al pueblo inglés é hicieron abrir los ojos á su Gobierno; lord Derby, el insigne estadista, presidente del Consejo de ministros, interpelado en las Cámaras y deferente con la opinión pública, declaró ante el Parlamento que aquella era «una guerra de ingenieros y de médicos» (*an engineers and doctors war*), y, en consecuencia, se preparó todo para que el ejército pudiese llegar rápidamente á Cumasia, capital del territorio aschanti, abriéndose un camino á 500 ó 600 metros de altitud para librarse de la influencia malsana de la costa, y vestido, equipado y suministrado de víveres y agua en armonía con las condiciones del país cálido en que iba á operar; se aseguró la preservación de las tropas contra la viruela, las fiebres amarilla y palúdicas, las oftalmías y las enfermedades gastrointestinales y hepáticas, reinantes en el país; se arbitraron recursos para que los rezagados y enfermos fuesen atendidos con urgencia; se llevaron buques para recoger y repatriar en breve á los inútiles; se organizaron las reservas y se alistó una escuadrilla para reembarcar sin pérdida de tiempo al ejército en cuanto terminase la campaña. Un programa, como ve cualquiera, de higiene militar únicamente.

Sir Garnet Wolseley, el futuro lord generalísimo tantas veces victorioso del Ejército inglés, nombrado jefe de la expedición, llegó á Cape Coast un mes antes que las tropas, y, asesorado por un Estado Mayor de 84 médicos é higienistas, dictó reglamentos severos de cuarentenas, inspecciones sanitarias y medidas profilácticas, como vacunaciones, tomas de quinina y otras, dejando dispuesto el buque-hospital *Victor Manuel* para recibir y alojar cómodamente 142 enfermos ó heridos. Las tropas partiéron de Inglaterra en época oportuna para llegar á la colonia en la estación menos peligrosa, y vestidas con un uniforme especial compuesto de guerrera corta y holgada de franela gris claro, provista de amplios bolsillos laterales; pantalón de igual tela, sujeto en la pantorrilla con polainas de lienzo crudo; borceguíes fuertes y cómodos, atados por delante, y casco blanco, ligero y con ventiladores —el famoso *salacot*, que acaba de aparecer entre nosotros como llovido del cielo, aunque es de origen sánscrito, según nuestra propia Academia—. Cada hombre llevaba además un trozo de tela impermeable para defenderse de la lluvia y de la constante humedad nocturna, tan nociva; un filtro individual y una cartilla con instrucciones concisas de higiene personal, cuya lectura y obediencia eran obligatorias.

El general Wolseley, antes de emprender el movimiento de avance con el grueso de las fuerzas, mandó que los auxiliares negros, á las órdenes de los ingenieros y convenientemente protegidos, fueran abriendo el camino estratégico proyectado desde Cape Coast hacia Cumasia, preparando cada 20 kilómetros espaciosos puestos de descanso, en cada uno de los cuales había cobertizos de bambú con camas de campaña para los soldados blancos, una barraca-

enfermería, un depósito de víveres, otro de agua y un filtro grande. Para evacuar á los enfermos ó heridos y repatriarlos se contaba: con el ya nombrado *Victor Manuel*, con las baterías de los transportes *Himalaya*, *Tamar* y *Sarmattian*, con dos vapores que iban directamente á Liverpool, y con un aviso rápido que llevaba enfermos cada diez días á San Vicente de Cabo Verde, donde los recogía alguno de los cinco transatlánticos ingleses que tocaban allí mensualmente.

Y entonces, dispuesto ya todo en esa forma, dió principio la verdadera campaña de guerra, el día 5 de enero de 1874; el 5 de febrero llegó sir Wolseley á Cumasia, y la arrasó completamente «por el hierro y por el fuego», pacificando el país, porque el rey Koffi huyó, negándose á tratar y abandonado de los suyos; el 6 regresaron los regimientos á Cape Coast, el 23 embarcaron para Inglaterra, y el 30 de marzo fueron revistados en Londres por la reina Victoria...

El total de las tropas blancas, entre soldados y marineros de desembarco que formaron la expedición, fué de 1.828 individuos, sin contar los oficiales; y las bajas (muertos) ascendieron á siete oficiales y 31 soldados y marineros por enfermedades, y cuatro y cuatro, respectivamente, por heridas; es decir, una mortalidad médica de **1,68 por 100**: un gran triunfo para Inglaterra y un gran ejemplo para los demás países capaces de apreciarlo, que ya van siendo muchos, casi todos.

De la meritísima «Sociedad para estudios sobre la malaria» y de su ilustre fundador y presidente, el diputado é higienista Dr. A. Celli, poco puedo decir aquí: diez artículos como el presente no bastarían para contener lo mucho bueno que ellos han realizado y los elogios que merecen por sus trabajos, por sus propagandas, por sus iniciativas, traducidas con frecuencia en leyes, como la del suministro de quinina por el Estado, recomendada á todos los Gobiernos por el XIV Congreso internacional de Higiene, celebrado en Berlín últimamente; las de saneamiento hidráulico y agrario de las zonas maláricas y colonización de las mismas, etc. Baste saber por ahora, y para nuestro objeto actual, que en 1897 murieron en Italia 11.947 personas de paludismo y caquexia palúdica; que en 1898 empezó la Sociedad sus trabajos, proseguidos sin descanso, y que en 1906 y 1907 las defunciones por dichas causas no pasaron de 4.371 y 4.160, respectivamente.

Un monumento admirable, en suma, como arsenal de observaciones, experiencias, conocimientos y enseñanzas que mientras Grecia, Creta, Francia en Argelia y otros países tratan de copiar é imitar íntegramente, nosotros ni siquiera sabemos que se publica, como lo demuestra el hecho de empezar ahora estudios teóricos sobre extremos que la higiene moderna tiene adquiridos y sancionados ya en la práctica. Pues bien; entre esos dos hechos que, como dos brillantes focos de luz inagotable, iluminan el extenso campo de la higiene tropical, existen tantos otros susceptibles de posible é inmediata aplicación, que la única dificultad sería para mí citarlos todos. Hagámoslo, sin embargo, con algunos, que son del dominio público desde reciente fecha:

El paludismo y los mosquitos, por A. Pressat; *Mosquitos*, por Galli-Valerio

y Rochaz-De Jong (Jeanne); *El paludismo en Madagascar*, por Blanchard (1907); *Localización geográfica de la enfermedad del sueño*, por G. Martín; *Estudio ultramicroscópico del tripanosoma*, por sir David Bruce; *De la mejor organización antimalárica*, por R. Ross; *Tratamiento de las aguas residuarias en los países cálidos*, por E. Rolants; el mismo asunto, por Gilbert y J. Fowler; idem id., por C. James; *Procedimientos sencillos para la esterilización de las aguas potables en los países tropicales*, por el Ministerio de las Colonias de Francia, etc., etc. Y no citamos más por escasez de espacio; no por falta de materia y materiales.

Para terminar este artículo y la presente serie, reproduciré los siguientes párrafos de una instructiva carta escrita por un español, en junio último, desde Río Janeiro, donde el 1.º de agosto se inauguró con gran solemnidad, por el presidente de la República en persona, una notable Exposición internacional de Higiene:

«El aspecto de esta capital y el total cambio que en ella se ha operado en pocos años es realmente asombroso. En punto á higiene, especialmente, es sorprendente lo que aquí se ha logrado, y de sus resultados maravillosos puede dar idea el hecho cierto de no registrarse desde hace mucho tiempo ni un solo caso de fiebre amarilla. En diez años á lo sumo todo el antiguo Río Janeiro ha desaparecido, habiéndose echado abajo y vuelto á construir más de 20.000 casas, abriéndose vías amplísimas, parques y jardines.

«El saneamiento de la bahía, incluyendo Nicteroy y Botafogo, les ha costado á los brasileños más de 300 millones de francos; pero merced á esto y al tesón y energía con que aquí se hacen observar y se cumplen las más elementales reglas de higiene, Río Janeiro tiene hoy 900.000 almas y es una de las poblaciones más sanas del mundo.»

No todo ha de volverse hablar siempre de la isla de Cuba y de la Habana cuando se quiere aducir ejemplos de comarcas ó ciudades tropicales reputadas y tenidas antes por malsanas, que á la higiene y á las obras de saneamiento deben su rehabilitación y prosperidad actuales.

Conste, pues—y aquí da fin la presente historia, bien triste por cierto—, que si en España, en nuestras colonias especialmente, seguimos sin realizar nada práctico para su higienización y saneamiento, gérmenes fecundos de vitalidad y progreso, consiste en *que NO LES DA LA GANA á quienes debieran hacerlo*: ni más, ni menos. Lo cual podrá ser todo lo español que se quiera; pero es, de cierto, antipatriótico é inhumano en grado superlativo.

Federico Montaldo,
Médico higienista.



LOS CONFLICTOS DE MELILLA

El fracaso de los procedimientos diplomáticos en Marruecos es evidente, y no lo niegan ni los mismos que llevan las negociaciones á nombre de las distintas potencias, si son inteligentes.

Es tan fácil encubrir la verdad con palabras artificiosas, que, como ejemplo, podemos recordar que durante algún tiempo se dió por organizada y actuando regularmente la policía cherifiana que creó el Acta de Algeciras, que ni funciona ni funcionará nunca, de no variar radicalmente la manera de ser de este país.

A pesar de la inteligencia, el celo y buen deseo, y del *patriotismo europeo* (si se acepta esta invención francesa) de todos los oficiales instructores españoles, á los cuales me complazco en tributar especial manifestación de simpatía por los servicios prestados á nuestra nación y al Ejército, á los cuales están dejando en Marruecos á envidiable altura, no han podido vencer lo imposible ni lograr lo que no está al alcance de nadie.

Prescindiendo de detalles que alargarían demasiado este trabajo, basta consignar que aún no se ha puesto de acuerdo el honorable Cuerpo diplomático de Tánger sobre las atribuciones y poderes de la policía, cuyo cometido no se ha definido todavía, para comprender que no funciona ni puede funcionar un organismo que no se sabe para qué sirve ni qué faltas ó excesos puede reprimir, ni sus relaciones con los representantes y agentes de las *once potencias que aquí ejercen jurisdicción completa*.

Y para confirmar la imposibilidad de que funcione la policía, resta añadir que es un Cuerpo de tropas cuyo reglamento interior, único confeccionado, prevé y enumera las más pequeñas faltas y no castiga los mayores delitos militares, como son la traición á la Patria, maltrato de obra á superiores, insubordinación, desobediencia, etc., porque no se puede variar de repente la mentalidad y prejuicios del Maghzen y del soberano de Marruecos, quien se extrañó cuando los ministros de España y de Francia le pidieron en Fez que los desertores de los *tabores* de policía no fueran admitidos en las tropas cherifianas, negándose á que se tratara de castigar á soldados que, según su criterio, no habían cometido falta alguna. Y no hay que olvidar que la policía está mandada por moros nombrados por el Sultán.

Como consecuencia de esta reconocida imposibilidad de conseguir por los medios hasta ahora usados que se restablezca la tranquilidad en el país y progrese su industria y comercio, pudiendo, aunque con lentitud y cortapisas, llevarse á la práctica los principios acordados en Algeciras, los hombres de Estado de Europa, que se han dado cuenta de la gravedad de la situación y dificultades que presenta llegar á soluciones prácticas y viables, aunque sean sólo circunstanciales, han adoptado aislada ó concertadamente la actitud que á los intereses y política general de cada nación conviene.

Los de Inglaterra, potencia, por nuestra desgracia, durante el último medio siglo aquí preponderante, al extremo de que impidió que España sacara provecho alguno de los gloriosos triunfos de su Ejército en 1860, que no consiguió estorbar, se ha colocado voluntariamente en segundo término con obstinada resolución, que no han podido vencer las fundadas quejas de los comerciantes ingleses perjudicados, á quienes invariablemente ha contestado su Gobierno que es preferible que se perjudiquen unos cuantos individuos á que tenga que variar Inglaterra la política que para el bien de toda la nación sigue.

Alemania, después de repetidas tentativas y varios desplantes, algunos tan graves como las declaraciones del Emperador en Tánger y el incidente del cónsul de Casablanca con los desertores de la Legión, se ha desentendido por completo de las cuestiones marroquíes. El Sultán Muley-Hafid mostraba un escrito del ministro alemán en que, ofreciéndole apoyo, le excitaba á plantear el problema de la frontera de Argelia y ocupación de Uchda, que netamente le negaron cuando *l'entente* francoalemana. Los mismos comerciantes de la colonia de Tánger que hacían política antifrancesa, ó han aceptado el nuevo orden de cosas, arreglando sus negocios con sus antiguos enemigos, ó han vuelto á su país.

De Rusia y Austria, que trajeron representantes á Marruecos sólo para apoyar, respectivamente, á Francia y á Alemania, nada hay que decir. En cuanto á Italia, más independiente, hace poco declaró, por boca de su ministro Nerasini, médico militar con honrosa historia colonial, que no podía restablecerse la paz y la tranquilidad más que merced á la intervención armada de Francia, explicando luego que la entendía en unión de España, como prevé el Acta de Algeciras.

La actitud de Francia no es un secreto ni puede sorprender al más ingenuo. No gestiona Gobierno alguno con la tenacidad que el suyo lo ha hecho hasta conseguir que toda Europa—Alemania inclusive—le reconozca derechos preferentes para intervenir, ni compromete grandes sumas en diversos empréstitos, ni estimula ó subvenciona á sus nacionales para que acometan distintos negocios, ni atrae con promesas ó presiones varias á numerosos colonos á estas tierras, en las que algunos han encontrado ya la muerte, ni, lo que es más importante, toma á Casablanca y Uchda, y ocupa Beni-Snassen y Trifas, y conquista Chaúia, con el derramamiento de sangre, gastos, peligros y complicaciones, obligada consecuencia de toda operación de guerra, sin estar previamente preparada y resuelta á obtener beneficios y ventajas en razón directa de los esfuerzos y sacrificios realizados, que ya son muy considerables. Y debe tenerse en cuenta que los Gobiernos franceses, cualesquiera que sean sus errores y defectos, en lo que á Marruecos se refiere siguen hace años orientación fija, con objetivos concretos y empleando procedimientos enérgicos y hábiles, encomendados á personas preparadas convenientemente y conocedoras del país tal y como es: un conglomerado de razas heterogéneas que en nada se parece á un Estado moderno por mucho que la diplomacia se afane en mal traducir á los idiomas europeos organizaciones, entidades y cos-

tumbres que, aun cuando se procure disfrazar, conservan el sello de barbarie primitiva.

En estas condiciones y circunstancias fué despedida de Fez la Embajada de España y admitida la de Marruecos en Madrid, y han comenzado las agresiones y asesinatos de Melilla, de los que, sin duda, es responsable el Sultán; pero hay que tener en cuenta que el Soberano de Marruecos no ejerce soberanía más que sobre una quinta parte del territorio nominal de su imperio aun en circunstancias normales, que Muley-Hafid no ha alcanzado, ni quizá llegue á alcanzar nunca.

Y que ahora, además, están ocupadas con cierto carácter de permanencia Casablanca, Chania, Uchda y Beni Snassen, con otras regiones fronterizas, por Francia, y los alrededores de Melilla por España, sin que estas naciones declaren la guerra al Monarca que debía reinar en esos territorios. Y que, en realidad, ambos Estados mandan por el derecho de sus fuerzas navales en todos los puertos, cuyas Aduanas están intervenidas por los franceses, en las que aquéllas ejercen, así como en sus aguas, el *derecho de visita* de buques.

No hay, pues, que plantear la cuestión de Melilla como si estuviera enclavada en una nación independiente y le fueran aplicables los principios de lógica y derecho internacional usuales.

Para juzgar lo allí acaecido y lo que acaecerá, es precisa una ojeada retrospectiva, siquiera sea brevísima; porque, de estudiar lo pasado en épocas lejanas y más próximas, y deducir los cargos correspondientes á cuantos por falta de conciencia ó patriotismo han contribuido á la poco lisonjera situación actual, sería necesario escribir un libro voluminoso, que nadie leería aunque lo firmara un príncipe de las letras—suponiendo que se ocupara de estas *pequeñeces*—, dada la escasa afición que el público demuestra por estas vitales cuestiones.

Los españoles han estado durante cuatro siglos encerrados en Melilla como si no tuvieran otra misión ni ideal á que aspirar y la posesión del estrecho recinto realizara los fines y objetivos que la inmediata vecindad imponía.

Esto, con no ser lógico ni admisible en buenos principios de política y colonización, porque nunca ha debido ser la norma de conducta para reglar las relaciones entre una nación civilizada y los salvajes limítrofes, habría tenido explicación y disculpa si la naturaleza y el carácter de aquéllos, por ser bondadosos, leales y honrados, hubieran creado corrientes de amistad y simpatía, ó establecido al menos cierta recíproca tolerancia y perpetua paz, que no se hubiera querido quebrantar persiguiendo ideales civilizadores ó ilícitos intereses.

Pero nunca fué así, y la historia de Melilla es la de sus sitios y agresiones sufridas, y la de los rifefios, la de exigencias, atropellos, deslealtades y todo género de agravios; dándose el caso, verdaderamente extraño é incomprensible en pueblo tan guerrero, altivo y poco sufrido como el nuestro, de que consintiera años y años, en el trato, si no diario, porque jamás pudo serlo, con sus bárbaros vecinos, frecuente, que éstos se creyeran siempre superiores, entrando en

la plaza, provocadores muchas veces, cuando querían, y explotándola, así como todo género de negocios, sin que los españoles pudieran salir al campo ni aprovecharse de lo poco útil ó grato que ofrece el atraso y pobreza de los alrededores.

En 1894, hace quince años, comentando los sucesos de Melilla de 1893, decíamos: «No creemos, ni de ello nos convenceremos jamás, que haya español que conociendo, por ligera y superficialmente que sea, la situación del Rif, no espere ó tema que se reproduzcan dentro de un plazo más ó menos largo las desdichas pasadas. Y ya sea por excesos de los rifefios, ó por defectos de los españoles, ó por culpas de ambos, si de nuevo surgen rozamientos y reaparecen gravísimas situaciones, y se vuelve á un período de angustias y violencias, no se desvanecerán las dificultades ni se alejarán los peligros porque ahora y después, con motivo de estos conflictos, se desacredite á las autoridades españolas, ni porque se demuestren y hagan públicas las múltiples deficiencias de nuestra organización (1), ni las imprevisiones é incertidumbres de nuestros Gobiernos, ni las apatías ó apasionamientos de la nación. Todo esto, y algo más, podrá ser cierto; pero sólo interesa en lo sucesivo recordar y tener en cuenta lo que evidentemente pueda influir en que se remedien pronto y definitivamente los males que sufrimos.

«A cualquiera, sin más hondas meditaciones ni conocimiento profundo de la cuestión, se le ocurre que lo oportuno, lo prudente y lo necesario es, ante todo y sobre todo, defender las vidas y haciendas de los españoles, poner á salvo la honra y buen nombre de la Patria, impedir la repetición de crisis peligrosas y evitar que se reproduzcan motivos capaces de traer el desbordamiento de las pasiones, aunque no sea más que para conseguir que problemas de tal entidad y transcendencia no tengan que resolverse bajo la presión, entonces decisiva, de las sacudidas de la pública opinión, no siempre bien enterada y dirigida...

«... No es serio ni decoroso para ningún Estado, ni digno y natural en naciones de la historia y hechos de España, ni en consonancia con los sacrificios varonilmente realizados y las desdichas noblemente soportadas por la actual decaída generación, echarse ciegamente en brazos del azar, eludiendo sistemática é hipócritamente las dificultades y conflictos que el Rif nos viene hace años presentando, sin que hasta ahora nos hayamos atrevido á discutir francamente, y menos á resueltamente atacar el fondo, siempre obscuro y espinoso, de estas cuestiones, que con espantable frecuencia comprometen la paz pública...»

Ahora poco nos atrevemos á añadir. Es pronto para juzgar los últimos sucesos, no bastante conocidos. Pero á la fuerza hay que contestar con la fuerza. Es preciso castigar las criminales agresiones y cobardes asesinatos inexorablemente. Es necesario que moros y europeos, que saben que tenemos razón, se convenzan también de que podemos imponerla. Y cuando aquí se nos considere y se nos respete podremos pensar en la política que conviene

(1) Que no se han corregido. — (Nota del autor en 1909)

seguir á España, cuyo porvenir depende de la línea de conducta en estos momentos de las tierras rifeñas, de cuyo estudio y conocimiento se había apartado la opinión pública con torpe é inexplicable indiferencia, dando motivo á errores é imprevisiones que no deben repetirse.

Si lográramos que España, conscientemente y por la unánime voluntad de todos sus hijos, pusiera en sus propósitos é ideales como primeros objetivos los de su política en Marruecos, la sangre generosa vertida por nuestros valientes hermanos no sería estéril, y alcanzarían merecida recompensa los sacrificios por tantos héroes realizados. Es el mejor culto que podemos rendir á los que, elevándose sobre el nivel de escepticismo y apatía del resto de los españoles, han muerto gloriosamente por la Patria.

Servando Marengo.

Coronel de Estado Mayor.

Tánger, julio de 1909.



ÁFRICA ECUATORIAL

DESPERDICIANDO

El África ecuatorial es el país de la explotación de rapiña y del despilfarro: allí el que quiere una ensalada derriba una palmera (que puede producir dos ó tres pesetas anuales) para comerse el palmito; el que desea obtener goma elástica, en vez de incidir la liana cauchifera, la corta y la extirpa; y cuando lo que se busca es marfil, se mata al elefante, así sea una hembra preñada ó una cría.

Dentro de un siglo los elefantes africanos habrán pasado al estado de recuerdo.

En algunas colonias africanas la codiciosa explotación extractiva se ha dado tales trazas, que todo rastro de lianas cauchíferas ha desaparecido por completo. La zona meridional de la colonia de Camarones (Kamerun) ha sido ya despojada completamente de tales lianas por los tratantes alemanes. Estos voraces aventureros, después de agotar la referida colonia, se entretuvieron ingenuamente en devastar y esquilmar el Gabón y la inmediata posesión española. La parte oriental de esta última y unos 70.000 kilómetros cuadrados de territorio gabonés fueron presa inerte entregada á sus depredaciones durante algunos años.

Las Compañías francesas concesionarias de terrenos en la expresada colonia del Gabón pusieron el grito en el cielo, y entonces tuvo lugar una cacería de aquellas alimañas comerciales, que, al par que saqueaban aquellas comarcas, las inundaban de productos de contrabando, entre los cuales no escaseaban las armas ni las municiones.

El capitán francés M. Cottés, y después el administrador colonial mon-

sieur Weber, ahuyentaron aquella avarienta chusma, estableciendo un cordón de destacamentos cuyas fuerzas han continuado castigando con implacable rigor á la pillería contrabandista.

Mientras los franceses impedían en su territorio la repetición de los procazes esquilmos por parte de los aventureros alemanes, las autoridades de la Guinea española continuaron y continuarán aún contemplando con imperturbable flemma y pasiva placidez el no interrumpido esquilmo descarado del interior de nuestra posesión continental guineense, y la introducción en ella de artículos prohibidos, tales como fusiles, pólvora y pistones, que andando el tiempo nos darán que sentir.

He visto con mis propios ojos la manera especial de ser de las autoridades de la Guinea continental española: á excepci6n de las capitales de los distritos y de una estrecha faja costanera, no parece preocuparles gran cosa lo restante. Algunos arreglos de carácter urbano, la remisi6n de algunos braceros á Fernando P6o y numerosas menudencias de transcendencia muy escasa ocupan todo su tiempo y absorben su atenci6n por completo.

Ya empiezan á tocarse los resultados. El comercio de Bata es hoy una irrisi6n. En los doce meses anteriores á julio último se exportaron de aquel puerto unos 500 kilogramos de marfil, 14 toneladas de caucho aproximadamente, diez de almendra de palma y cinco de aceite también de palma, un poco de piassava y alguna madera sin labrar; todo ello con un valor aproximado de unas 150.000 pesetas. Y esto es natural; las factorías alemanas de Kamerun y las francesas del Gab6n contrabandean con los indígenas en artículos muy apetecidos por ellos, y cuya venta está prohibida en las factorías del litoral, y es natural que el comercio tome rumbos en consonancia con los deseos del consumidor, sobre todo cuando no hay quien trate siquiera de impedirlo, aunque semejante comercio sea ilícito.

Otros elementos hay que desvían ó estorban el cambio de productos entre los comerciantes de la costa y los indígenas del interior; pero ésta es materia que debe ser expuesta y tratada por separado.

El Ministerio de Estado ha utilizado apenas los servicios del Cuerpo diplomático ó del consular en su gesti6n directiva de los últimos restos coloniales de España, por temor á ser tildado de favoritismo. Ha decretado no pocas cesantías del personal de la colonia, sin exceptuar autoridades, y, á pesar de eso, permite el marasmo de la misma, y las fronteras de la Guinea continental española continúan abiertas á las depredaciones de los contrabandistas, con daño y descrédito del prestigio español y de los intereses de la Patria. Preciso será, pues, que en adelante vayan allá los subgobernadores de los distritos con programas determinados y plazos marcados para cumplirlos, con la conminaci6n de la revocaci6n inmediata en caso de incumplimiento ó de injustificada demora. Cuando en la colonia falten iniciativas, tendrá que suplirlas el departamento directivo; porque si en éste faltasen también, sería preferible renunciar á tener colonias, antes que conservarlas en calidad de ralea para saciar extranjeros apetitos.

Enrique d'Almonte.

BIBLIOGRAFÍA MARROQUÍ

UN LIBRO DE ACTUALIDAD

Todavía hay quien pregunta adónde vamos, cuando de asuntos de Marruecos se trata. No se han enterado estas gentes de que es un país que se encuentra á nuestras mismas puertas, interceptando la normalidad de nuestra existencia como nación; donde tenemos posiciones de tan extraordinario relieve en el activo mundial, que constituyen el primer renglón del inventario de los pueblos que poseen un ideal y confían en la virtualidad de sus energías.

Tampoco se han enterado esos elementos directores de lo consignado en Tratados y Convenios internacionales, de los compromisos contraídos ante el Parlamento por estadistas, ú hombres públicos, de todos los partidos políticos. Lo esencial es colocarse en perpetua oposición al que gobierna, censurar todo cuanto representa manifestación positiva de vitalidad nacional, y reclamar que la opinión conozca los acuerdos secretos internacionales—con lo cual dejarían de ser secretos—para que estas tan triviales cuestiones se discutan en la vía pública, en *meetings* ó comicios electorales por las muchedumbres.

Nos conduce á semejantes absurdos la falta de un ideal, que no han podido arraigar en las masas sociales todos los esfuerzos de beneméritas Corporaciones, viajeros y publicistas que á tan patriótica labor han dedicado la mayor parte de su existencia. En vano han sido todos los sacrificios realizados para dar á conocer esa región de Africa, donde Europa tiene puestas sus ambiciosas miras, amenazando nuestra existencia como nación; inútiles resultan las descripciones de vastas comarcas que representan trabajo para el obrero, beneficios positivos para el capitalista, garantías para el agricultor, comercio para el industrial, prestigio para nuestra Patria, y amplios horizontes para el perfeccionamiento del hogar solariego con el desarrollo de todas las manifestaciones de la producción.

A falta de convicciones políticas—en el sentido de cuanto atañe á los intereses de España con relación á los demás países—debe achacarse esa carencia de actividad nacional para contrarrestar la acción extraña que tiende á avasallarnos; y como refuerzo á los propagandistas de tan nobilísimas aspiraciones, viene al palenque de la lucha, aportando los materiales que lleven la persuasión á sus lectores, el ilustrado comandante de Estado Mayor D. Gabriel Morales con su obra *Datos para la historia de Melilla*.

Es un trabajo de actualidad y de grande interés. En él se hallan perfectamente descritas nuestras posesiones del norte de Africa—excepto Cenia—con minuciosidad de detalles para justificar la necesidad de ejercer una influencia decisiva sobre toda aquella región, basándola en nuestros medios de acción, como fundamento de nuestra preponderancia en Africa.

Avaloran los datos históricos, como enseñanzas para el porvenir, la reseña general de todos los sucesos ocurridos desde nuestra ocupación de Melilla en 1496: dificultades vencidas, sangrientas colisiones con los moros fronterizos, carácter y condiciones de las razas que pueblan aquella comarca, y distinto concepto en que se ha tenido el gobierno y administración de estos dominios; porque de este cúmulo de hechos, así como de los resultados obtenidos, se desprenden lecciones de valor inestimable para implantar con más garantías de acierto el régimen conveniente, después de dominar una extensión muy considerable de terreno y de sometidas importantes kábilas con numerosa población.

El estudio de la obra del Sr. Morales nos impondría más tiempo del que podemos dedicarle. Abarca este trabajo materias de índole varia y que afectan de modo indirecto á la gobernación de nuestros dominios, política de los Sultanes, negociaciones diplomáticas y relaciones con las tribus fronterizas. Todas estas cuestiones se desprenden tan sólo de la reseña histórica de aquellas posesiones españolas; pero no se consignan reglas de conducta, aconsejadas por la experiencia, para encauzar los medios de acción de toda clase que España debe llevar á sus nuevos territorios, y no incurrir en el vergonzoso abandono en que, hasta hace pocos años, el país ha tenido cuanto se relacionaba con sacratísimos intereses y hasta con el decoro nacional.

Tan sólo hemos de señalar dos puntos que por su extraordinaria importancia no conviene pasar por alto, perpetuando errores de concepto en cuantos dedican algún estudio á estos problemas; errores que arraigan profundamente en la conciencia nacional, originando á veces enormes sacrificios y crueles fracasos: el carácter é importancia de la autoridad que ejercen los Sultanes en toda la región rifeña, y el frecuente divorcio que ha existido entre los gobernadores de Melilla y la política seguida por nuestra Legación en Tánger.

Las causas de este desconocimiento de la influencia de la autoridad scherifiana, así como la discrepancia de opiniones, en la resolución de algunos conflictos, y que se aprecia bien á las claras en el trabajo del Sr. Morales, son múltiples, aun cuando creemos que pueden reducirse á número muy limitado. Del mismo modo que para escribir, con las mayores probabilidades de acierto, sobre los diversos problemas que afectan á las posesiones del norte de Africa, se requiere conocer el Imperio de los scherifes, su gobierno, medios de acción, carácter peculiar de las relaciones diplomáticas, política administrativa y costumbres sociales, entendemos que es de absoluta necesidad que la autoridad principal de Melilla, como la de Ceuta, domine en absoluto estos conocimientos, y, al mismo tiempo, se impone que la persona designada para ostentar la representación de España cerca del Sultán conozca también el régimen de nuestras posesiones, el medio en que se desarrolla su vida política, mercantil é industrial, y la organización social de la población fronteriza. Si no se cumplen

estas condiciones el acuerdo es difícil; y casi siempre será imposible armonizar la gestión de autoridades que, en su recto juicio y dentro de sus medios de acción, aisladamente, sólo atienden á procurar conseguir las mayores ventajas para el desarrollo y protección de los intereses que les están confiados, pero con resultados á veces incompletos ó contraproducentes.

* * *

Y, consignadas estas ligeras indicaciones, nos resta únicamente manifestar que el interesante trabajo del Sr. Morales termina con la inserción de los Tratados y Convenios celebrados entre España y Marruecos desde 1767, el anglofrancés de 1904, sus derivados con España y luego con Alemania, sin excluir la famosa Acta general de la Conferencia internacional de Algeciras.

Estos antecedentes, así como las estadísticas comerciales y de población, los excelentes grabados intercalados en el texto, los croquis y el plano de Melilla y su campo fronterizo, que completan el conocimiento de esta comarca, bastarían para justificar la importancia de este libro y su utilidad en los actuales momentos.

E. Bonelli.



Conferencia del senador Sr. Maestre

Con sumo gusto honramos las columnas de esta Revista publicando la interesante conferencia que recientemente pronunció en el teatro Principal de Cartagena, por invitación del Centro del Ejército y de la Armada, el ilustre sabio é inteligente político Dr. D. Tomás Maestre.

Su nombre, ventajosamente conocido en el mundo africanista por el celo y entusiasmo con que viene constantemente defendiendo en el Parlamento, la prensa y la tribuna pública nuestros legítimos derechos en aquel continente, y el progreso y desarrollo de los intereses comerciales é industriales españoles, es la mejor garantía de este trabajo; por esta razón omitimos los elogios que espontáneamente prodigarán nuestros lectores al conocer el mérito de tan inteligente y patriótica labor.

Los nutridos y frecuentes aplausos con que fueron interrumpidos casi todos los períodos de este discurso por el competente auditorio que llenaba todas las localidades del teatro, son una de las pruebas más palpables del agrado con que ve el país que los hombres públicos abandonen las luchas de la política menuda para estudiar con mayor altura de miras los problemas que afectan directamente al engrandecimiento de la Patria, y se pongan en relación con el pueblo para ilustrarle y darle medios de formar en su alma la opinión que le ha de servir de guía en sus futuros destinos.

Si á la campaña de Melilla hubieran precedido muchas conferencias como la del señor Maestre, otro hubiera sido el estado del país al enviar sus hijos al campo de batalla.

EL PROBLEMA DE MARRUECOS

Un ilustre escritor, D. Baldomero Argente, ha dicho de mí en *El Mundo* que soy «el apóstol de la guerra», y el cultísimo redactor de los fondos de *El Liberal* me llama «el conquistador espiritual de Marruecos». Claro está que rebajo de tan pomposos calificativos la hipérbole que puso en ellos el cariño y la amistad. Pero me atengo al sentido de esas frases, á lo que ellas significan de tendencia y de deseo. En efecto; de tal modo juzgo, tan gran convencimiento abrigo de que esta guerra es la esperanza de España, que con los soldados que van á Melilla va mi corazón y mi alma entera, pues entiendo que ellos son los únicos que pueden, con su abnegación, con su esfuerzo y con su bravura, redimir y salvar á la decaída Patria mía.

Esta guerra nuestra en Marruecos es necesaria y es justa. Es necesaria, porque nos la pide la civilización; es justa, porque nos la reclama nuestro derecho. Es además santa y vital para España. No la hemos planteado nosotros: nos la plantea la barbarie de los rifeños. A Africa nos lleva la dignidad de la Patria; á Africa nos lleva el decoro de nuestro Ejército; á Africa nos lleva nuestra historia; á Africa nos lleva nuestra raza. En Marruecos se encuentra nuestra herencia legítima. España, en el momento del reparto, no puede quedar sujeta y aprisionada por el Estrecho y los Pirineos.

Yo celebro que á esta conferencia hayan venido las lindas señoritas y bellas damas que aquí veo y que hermosean el acto. Quisiera que lo que voy á decir lo oyeran todas las mujeres españolas. No tengo autoridad, me falta palabra, carezco de elocuencia; pero la fe rebosa de mi corazón, y esa fe es, de seguro, más que bastante para comunicar á todos el ardor del convencimiento. Ella dirá á las mujeres españolas, y éstas harán el inmenso sacrificio de sus cariños en amor á la Patria, que el dilema planteado á nuestro pueblo es bien claro: ó España queda definitivamente convertida en esclava, ó, para ser grande, libre y poderosa, tiene que ir á esa guerra.

Con objeto de hacer más fácil la comprensión de lo que voy á decir, entrego á vuestra benevolencia estos croquis que he trazado. Ellos dan, en síntesis, la razón internacional de la guerra, y una idea del lugar donde se desarrollan los acontecimientos de la lucha, que constituye para nosotros sitio de cita á la que nos invita Europa, y á la cual no tenemos más remedio que acudir por nuestro porvenir y por nuestro honor.

Ved el esquema del mapa de Africa. Africa ha sido y sigue siendo la esperanza de la civilización: es el porvenir de Europa. Pero cuando tendemos la mirada sobre el croquis nos apercibimos en seguida que del continente negro apenas si queda ya algo por repartir. Todo lo que en este mapa está teñido de color de rosa es de Inglaterra; lo verde claro pertenece á Francia; lo encarnado fuerte son colonias alemanas; lo verde oscuro es de Italia; estos tres puntos pintados de ocre pertenecen á Portugal; la mancha amarilla clara del centro determina los límites del *Estado del Congo*; aquí está Abisinia; al otro lado,

me, la región del Níger, el Senegal y el Sudán del Este. Todo el interés africanista de los franceses ha sido desde hace tiempo unir sus posesiones del Norte con las centrales. Varios proyectos de ferrocarril se planearon al través del Sahara; pero en ese desolado océano de arena no es posible tender una vía férrea. Hasta creyeron en la posibilidad de inundar el desierto por un canal que pusiera á éste en comunicación con el Mediterráneo: los cálculos y mediciones demostraron que la mayor parte del suelo del Sahara está muy por encima del nivel del mar. Entonces los estadistas franceses pensaron que no había otro camino que seguir sino atravesar Marruecos por un camino de hierro que, partiendo de Orán, ganase la costa del Atlántico, y, bajando por ella, penetrase por el Adrar y recorriese todas las posesiones africanas de la República francesa, hasta venir á morir en la bahía de Nazareth, en la parte baja del golfo de Guinea. Pero para esto era indispensable una guerra y una conquista, la guerra y conquista del Imperio de Marruecos, pues los moros no habían de dejarse penetrar por la civilización como no fuera por medio de las armas. Tal es el pensamiento que acaricia Francia desde 1876.

En 1902 se establecieron negociaciones entre los Gabinetes de París y de Madrid, para llegar á un Tratado de amistad y apoyo, respecto al reparto de las zonas de influencia en Marruecos entre España y Francia. A punto ya de firmarse aquel Convenio cayó aquí el partido liberal y entraron los conservadores, y el Sr. Abarzuza dejó en suspenso dichas negociaciones para dar cuenta á Inglaterra, que ya era nuestra amiga oficial.

Anduvieron los días y los meses. Un capitán francés se destacó del lago Tsad y llegó hasta *Fashoda*. Los ingleses protestaron de aquello, y en poco estuvo que no se declarara la guerra entre Inglaterra y Francia. Intervino la diplomacia, y de un conflicto salió una amistad. *L'entente cordiale* unió á los anglosajones y á los galos, y los Gobiernos de los dos pueblos firmaron el Tratado de 8 de abril de 1904. Por dicho pacto Inglaterra quedó dueña efectiva de Egipto, y Francia, con las manos libres para resolver como quisiera el llamado «problema marroquí»; si bien se consignó en el artículo 8.º del Convenio que la República, nuestra vecina, estableciera con España las negociaciones pertinentes á un pacto sobre la cuestión, y que del Tratado resultante se diera cuenta al Gobierno de S. M. británica. En consecuencia de esto, Francia y nosotros reanudamos las interrumpidas notas y comunicaciones diplomáticas de 1902, y llegamos al Tratado de 3 de octubre de 1904, Tratado visado por Inglaterra, en el cual se marca ya nuestra zona de influencia en Marruecos y la de los franceses.

Pero ni Inglaterra ni Francia habían contado en estas negociaciones con Alemania. Todos recordaréis lo que pasó á principios del invierno de 1905 sobre el muelle de Tánger. Por el conflicto que sobrevino estuvo amenazada Europa de la guerra universal. Sin embargo, M. Rouvier, hombre sereno y patriota, salvó á su país de una crisis cruenta y dolorosa; aceptó la dimisión de M. Delcassé, y por intermedio del señor duque de Almodóvar, nuestro ministro de Estado, llegó á la Conferencia de Algeciras, que produjo la célebre Acta que nadie ha cumplido. No la cumplió Francia en Uxda, en Casablanca

ni en el Angad; ni la hemos cumplido nosotros en Melilla, bien que nuestra conducta esté justificada por la felonía de los rifeños. Y, á pesar de todo esto, Alemania no protesta y deja hacer. ¿Sabéis por qué? Porque en febrero de este mismo año firmó con Francia un Tratado por el cual, á cambio del ferrocarril del Eufrates y de algunos derechos comerciales en Marruecos, se inhibe en la cuestión africana.

Reparad ahora en el mapa después de estos antecedentes. Africa será atravesada de Norte á Sur por dos inmensas líneas férreas: la del Oeste y la del Este. Esta del Oeste es la gran ese francesa que, partiendo de Orán, entre en Marruecos por Uxda; divide el Imperio de los Xerifes en dos partes, una superior y otra inferior; pase por Tazza, Fez y Mekinez; llegue á la desembocadura del Sebú; baje por la costa; forme el triángulo ferroviario de Marrakex; se apoye en Tarudant, y por Zemmur y el Adrar descienda á las posesiones de Francia en el centro del continente negro, llegando á la bahía de Nazareth, en el Congo inferior, á la salida ya del golfo de Guinea.

Esta otra línea, la del Este, que atraviesa toda el Africa de arriba abajo, es el proyecto del ferrocarril inglés. Como veis, arranca en la parte inferior de la Ciudad del Cabo; se desvía un poco á la derecha; corta el Orange y el Transvaal—justificación de aquella guerra—; sube por la Rhodesia; soslaya el lago Tanganika, pasando por territorios del Estado del Congo; gana las fuentes del Nilo, al través de la Uganda; llega á Fashoda; asciende á Kartum, y, sobre la izquierda del río sagrado, llega al Cairo y Alejandría.

En esta parte de Asia, que representa la Arabia, la Persia y el Afganistán, se encuentra el llamado ferrocarril del Eufrates, concedido á Alemania. Dicha línea, como veis, parte de Jafa; penetra hasta Jerusalén; aquí se divide en dos ramales: uno que baja á Medina y la Meka, en la Arabia, y otro que, atravesando el Eufrates, llega á Bagdad; pasa el Tigris; sube por la Persia á Teherán, y rectamente entra en el Afganistán hasta Kabul. El trazado de esta línea se presta á grandes consideraciones para los hombres políticos. Reparad que la vía pasa por debajo del Herat, posición militar avanzada rusa, que es el primer jalón de la invasión moscovita en la India inglesa. A partir de este camino de hierro, Rusia y Alemania se encuentran ya frente á frente y en posición opuesta por razón de sus peculiares intereses. Inglaterra ha resuelto aquí el problema de poner á sus dos grandes enemigos en un antagonismo permanente, y, á la par, desviar á Alemania de sus agudas pretensiones sobre el Bósforo. Por estas cosas los estadistas británicos son los primeros del mundo.

Y hemos llegado al instante en que se nos llama al cumplimiento del Tratado de 8 de octubre de 1904. Francia, nuestra amiga, empieza ya á mover sus tropas. Hace cuatro días, en las alturas de Beni-Mattar tuvo el ejército francés un encuentro con los marroquíes que costó veinte muertos y un centenar de heridos. En Casablanca, con los chauias, ha habido una escaramuza que ensangrentó la tierra. El plazo ha llegado, y cumple al honor y á los intereses de España no protestar la letra que aceptó hace tiempo.

Marruecos se llama en árabe el *Moghreb*, y también el *Garb*; estas dos palabras significan *el extremo occidente*. De modo que Marruecos es la parte más

occidental del norte africano. Examinándolo desde el punto de vista orográfico, dos sistemas montañosos diferentes constituyen su suelo: uno, el central ó de los tres Atlas, que se extiende de Este á Sudeste desde Túnez y el golfo de Gabe á Mogador, cabo Guir y cabo Nun, con un desenvolvimiento en línea de 2.500 kilómetros; estas cordilleras, que forman las mesetas altas de la Ar-



gelia, y el Atlas mediano, el Atlas grande y el Atlas pequeño de Marruecos, parece que son paralelas á la que constituye nuestra Sierra Nevada. El otro sistema montañoso es el de Yebala y el Rif, resultado de abruptas cumbres y profundos barrancos y desfiladeros que corren perpendiculares al Mediterráneo. Todas estas cordilleras y montañas dan nacimiento á grandes y caudalosos ríos, que fecundan el Imperio y hacen de Marruecos uno de los países más fértiles de la tierra.

La frontera francesa entre la Argelia y el Moghreb fué fijada por el artículo 3.º del Tratado de Lalla-Marnia, de 18 de marzo de 1845, después de vencido Abd-el-Kader, por el Gobierno francés y el Sultán, en la cuenca del Uad-Adjerud, que hacia el Norte toma el nombre de río Kiss, dejando dentro

del Imperio el territorio de los Trifa, el de los Beni-Snassen, el Angad, la ciudad de Uxda y las dos riberas del Mulnia. Pero esta frontera ha sido hollada. El ejército francés tomó á Uxda, sometió á los Trifa y á los Beni-Snassen, invadió el Angad y se encuentra ya sobre la derecha del Mulnia inferior, en su avance sobre Tazza, á la que no puede pasar sin un gran esfuerzo, el cual no le sería difícil, pues cuenta con más de 100.000 soldados indígenas, *goums* en su mayoría, ó sin que nosotros no le flanqueemos el llano y desfiladero de Taffrata. Pero téngase bien presente que Francia puede, en un momento determinado, echar sobre el Imperio de Marruecos tres cuerpos de ejército, de á 50.000 hombres cada uno, sólo contando con sus tropas argelinas. Mas como tiene un Convenio firmado con nosotros, ha de esperar la acción de España para mover sus fuerzas. Esta es otra de las razones poderosas que nos impulsan á la guerra de Africa.

El esquema de Marruecos muestra cómo ha de quedar dividido el Imperio después de la conquista europea, después de la conquista de Francia y de España. En este mapa aparece marcado lo que será de España, lo que será de Francia y lo que pertenecerá al Sultán. De donde se deduce que el Marruecos islamita perderá todas sus costas, quedando reducido al centro, constituido por los tres Atlas y el reino de Tafílete. Para que se tenga una idea exacta del avance que ahora se proyecta de la civilización en el Moghreb, bueno será tener presente que el actual Imperio de los Xerifes se divide, desde el punto de vista político, en dos grandes Estados: *Blad-el-Siba*, ó *país del robo y de la anarquía*, en el cual no rige otra ley que el pillaje, ni más derecho que el de la fuerza; y *Blad-el-Maghzen*, ó *país de la administración y del gobierno*. Pues bien; *Blad-el-Maghzen* se lo repartirán España y Francia, y *Blad-el-Siba* quedará del dominio del Sultán, pues el poder y la organización política de éste en esas bárbaras regiones, con ser despotismo y arbitrariedad, significan progreso y justicia, porque representan autoridad y orden. Tal es la manera de que todos, cristianos y musulmanes, laboremos en Africa, cada cual según sus fuerzas, por los bienes de la civilización.

Para juzgar de lo que conviene á nuestro país la actual guerra en el Moghreb, no os fijéis ya en lo que en este mapa representa las futuras conquistas de España y de Francia; tened sólo presente la siguiente consideración: Los hechos han demostrado que el colonizador natural de Argelia y de Marruecos es el español. El hombre rubio del Norte no puede resistir las condiciones climatológicas de esta parte de Africa. Pero el español que en busca de trabajo atraviesa el mar y llega á Argel, se crea allí un hogar, y á la segunda generación sus propios hijos se olvidan de la lengua materna, y la sangre de España se pierde por esta herida abierta de continuo. Si Francia ocupa en Marruecos la zona marcada en el croquis, lindera á la nuestra, ¿qué ocurrirá? Pues fatalmente ha de ocurrir que todos sus territorios serán cultivados y colonizados por españoles, los cuales, en contacto constante con nosotros, mantendrán su idioma, sus usos y sus costumbres, y será España la que se dilate por todo el norte de Africa, y así ya podrá decir la madre patria que tiene á su raza al alcance de su corazón sobre uno y otro lado del Estrecho.

El esquema geográfico de nuestra influencia en Marruecos comprende el Rif, el Yebala y el Garb; todo lo encerrado en el cuadrilátero que limitan: el mar Mediterráneo por el Norte, el Océano Atlántico por el Oeste, el río Mulua por el Este, y los ríos El-Mel-lak Ynauen y Sebú hacia el Sur. Hacia esa mancha se van nuestros ojos y nuestras ilusiones, porque ella agranda aquellos puntos pequeñísimos que tiene España en el continente africano. Dentro de esta vasta región fijó el Tratado de 3 de octubre de 1904 los derechos de nuestra influencia en Marruecos. Ahora hablaremos de lo que producirá al pueblo español la victoria en la guerra que actualmente hemos empezado por Melilla.

Todo el mundo sabe que nuestro bravo y abnegado Ejército no necesita otros estímulos para cumplir con su santo deber que el amor que profesa á la bandera; pero bueno será que nadie ignore que esta campaña no es la campaña romántica del valor, sino que es el heroísmo puesto al servicio de los intereses de España.

No me atreveré, de ninguna manera, á hablaros del problema militar de nuestra actual guerra en Marruecos: me inhibo del punto por ignorancia. Esto es de la alta competencia de los ilustres y bravos generales, jefes, oficiales y soldados que en Melilla operan. En ellos descansa la Patria, segura de su triunfo. Pero hay en nuestra zona de influencia africana un problema de riqueza y de colonización interesantísimo, que debe ser conocido por todos los españoles. He aquí un resumen de mis estudios sobre la cuestión.

El Rif y el Yebala son dos regiones sumamente montuosas; el Garb es más llano. Estas tres grandes provincias marroquíes están pobladas, como todo el Imperio, por cinco razas distintas: los árabes, los moros, los judíos, los negros y los berberiscos. Los árabes son los descendientes de los conquistadores islamitas que vinieron de Oriente. Viven, por lo general, en campamentos formados por tiendas; parecen refractarios á la comunidad urbana de las ciudades. Malos agricultores, el pastoreo y la guerra constituyen sus ocupaciones preferentes. Su número es relativamente escaso en el Imperio, pues se calcula que de doce á catorce millones de habitantes que tiene el Moghreb, ellos, á malas penas, constituyen un millón. Considéranse la raza sagrada, y, aunque tienen en algunas localidades la sangre muy mezclada con la de los negros, conservan, sin embargo, en muchos puntos el tipo bello y varonil del pueblo árabe. Son duros combatientes, tenaces y bravos; fanáticos irreductibles por el Corán, el avance de la civilización los arrojará al interior, pues resultan refractarios á toda ley que limite su libertad.

Los moros, por el contrario, viven en las ciudades; son los descendientes de los antiguos romanos y de los musulmanes expulsados de España. Es gente de paz, dedicada al comercio y á la burocracia. Poseen casi todos los destinos públicos del Imperio. Escépticos en su mayoría, y amantes refinados y positivistas de la vida, harán pronto amistades con el invasor, á cambio de que éste les respete su sensualismo, sus casas fastuosas y sus cargos. Forman la masa instruída del Moghreb.

Los judíos son casi siervos en Marruecos. Habitan las ciudades, y también

se les halla entre las tribus montaÑesas y nómadas. Se dedican al pequeño comercio. El estado de desprecio general á que se han resignado les ha hecho viles é incapaces para ninguna acción que no sea su sordidez y avaricia. El conquistador que en la tierra de los Xerifes se fiara de las confianzas de los judíos estaría siempre á dos líneas de la traición. Constituyen un censo exiguo en la población marroquí.

Los negros son esclavos ó libertos de esclavos. Proceden del *ébano vivo* traído por los mercaderes y tratantes desde el Sudán y la Guinea á Marruecos. La concupiscencia islamita ha hecho que los árabes y los moros manchen su sangre blanca con la negra venida del centro de Africa. Los negros, por lo general, son gente sencilla, duros para el trabajo, fieles á la amistad y á la gratitud y bravos en la pelea.

Pero los que más nos interesan son los berberiscos, por ser los que casi en totalidad pueblan la zona de nuestra influencia. Ellos constituyen las cinco sextas partes de la gente que vive en Marruecos. Son quizá sus primitivos habitantes. Los estudios antropológicos han demostrado que los bereberes forman parte de la raza que primitivamente pobló á España. Hablan, como nuestros vascongados, una lengua por aglutinación (el *Tamasigt*), y ostentan el tipo alto y membrudo de los aragoneses de la montaña. Viven en casas cuadradas de piedra, con techos de maleza ó paja, por lo común agrupadas formando aldeas. Se dedican al cultivo del suelo, al pastoreo, y son idólatras de la guerra.

Se ha hablado mucho de la indomabilidad de los bereberes, exagerando su impetuosidad y su valor. Los berberiscos han sido siempre dominados, absolutamente siempre, sin que nunca, á pesar de su número y de su bravura, pudieran constituir una nación ni un Estado. Los dominaron los fenicios, los cartagineses, los romanos, los vándalos, los godos, los árabes, y en la Argelia los han dominado los franceses. Esta raza no ha llegado aún á tener el sentimiento de patria; á malas penas, en la situación de individualismo salvaje y anarquismo en que se halla, la religión traba en ella alguna solidaridad. No crean que el fanatismo religioso es el que lleva á los berberiscos al combate. La religión es entre ellos una mezcla de supersticiones y de ignorancias en que se juntan tradiciones cristianas, la magia de sus morabitos y los preceptos de Mahoma. El bereber va al combate por el instinto guerrero que le apasiona y por el ansia de botín. Para llevar á los rifeños contra Melilla ha habido que prometerles el pillaje de la plaza.

Por lo general, el berberisco es astuto, cauteloso, sanguinario y traidor. La conmiseración y el perdón los suele tomar siempre por debilidad. Sólo el castigo le puede meter en orden y en disciplina. Cuando se siente débil ante su enemigo aparece humilde, resignado y sumiso; pero mientras besa la mano que le oprime no piensa más que en el desquite y en la venganza. Profesa gran amor á su libertad: puede decirse que el berberisco es un ser humano que tiene la voluntad virgen. Es muy duro en la guerra: los combates constituyen su goce, y las armas, su tesoro. Extremadamente sórdido por el estado de miseria en que vive, el robo forma su ideal, llegando á ser su verdadero dios.

Antes se le sujeta por el interés que por las ideas y la predicación. Arriesga mil veces la vida por la hacienda, pues ante su codicia vale más la moneda que la sangre. No hay que fiar nunca en su fidelidad ni en su gratitud: es leal hasta la medida de la cantidad con que se le compra.

Téngase en cuenta, por otra parte, que el kabileño, el berberisco es un soldado impresionable y de poca constancia para una campaña. Va á la guerra, á la que siempre está dispuesto, por satisfacer su jactancia nativa y por el ansia de botín. Pero teniendo él que poner las municiones y la vitualla, pronto se agotan sus recursos y pronto también deserta de la lucha. Es un guerrero formidable en las primeras acometidas; después, si no vence de golpe, desfallece con facilidad y la propia indisciplina le vence. Conserva tal culto al ejercicio de las armas, que llega á ser un certero y temible tirador.

Sin embargo, debajo de estas condiciones salvajes y primitivas con que hoy se nos presenta, el bereber tiene otras latentes que le hacen digno de aprecio. Los franceses en su kabilia prueban con datos de experiencia que los berberiscos se incorporan fácilmente á la actual civilización cuando son debidamente instruidos, pues resultan muy amantes de la enseñanza y sumamente inteligentes. Y entonces constituyen una raza sobria y trabajadora, la raza del campo, de cuya laboriosidad é instinto de ahorro se puede prometer muy preciados frutos y muy útiles auxiliares del progreso.

Digo y repito que la guerra nuestra en Marruecos traerá para España la resolución de un problema industrial y fabril de grandísimo interés. A estudiar ese problema he venido esta noche ante vosotros, y todo lo que llevo dicho no tiene otro objeto que plantear la cuestión.

El Rif, el Yebala y el Garb son regiones de las más feraces de la tierra. Sus intrincados montes están bordeados por infinidad de hermosos valles, que cruzan y fertilizan caudalosos ríos. En sus hondonadas y barrancos el agua está tan somera, que entre los 30 y 50 metros de profundidad se encuentra generalmente la capa artesiana. El terreno virgen de las laderas se presta de manera magnífica á los ricos cultivos de la zona templada y aun á los del Ecuador. Los cereales, la vid, el olivo, todos los frutos de España, la palmera de los sabrosos dátiles, el algodón, las ricas plantaciones de naranjos y pomos se dan allí en filón inagotable de riqueza. Las cuencas de sus ríos se hallan orladas de vegas á las que pueden envidiar las floridas de Granada, Valencia y Murcia. Hoy mantiene ese suelo, utilizando apenas la agricultura y viviendo casi exclusivamente del pastoreo, dos millones quinientos mil habitantes. La civilización podría hacer gravitar sobre su tierra seis, ocho y hasta diez millones de seres humanos. ¿No podría ser ésta la legítima salida para ese gran torrente de sangre española que se nos escapa á poblar colonias extranjeras?

Pero hay todavía un problema industrial y de riqueza en Marruecos, en nuestra zona de influencia, que tiene mucha más importancia que el agrícola, con tenerla éste tanto, y para cuyo estudio es indispensable adquirir buenas fuentes de información topográfica y geológica. Me refiero al problema minero.

Nuestro Cuerpo de Estado Mayor militar, entre cuyos ilustres nombres

me salta ahora á la memoria el del Sr. Alvarez Ardanuy, coronel en comisión en Tánger actualmente, ha realizado, tras largos años de continuo trabajo, una misión científica que hoy causa la admiración del mundo culto. He visto y consultado, en mis estudios sobre Marruecos, mapas franceses, alemanes é ingleses; pero ninguno tan completo como la carta del Rif, el Yebala y el Garb trazada por nuestro Estado Mayor y que tenemos en las oficinas del Depósito de la Guerra. En esta carta se hallan apuntadas al detalle las rutas y caminos, hasta «las sendas de perdices», como se dice vulgarmente, las fuentes más insignificantes, los barrancos más recónditos, los montes y gargantas, los zocos, aldeas, pueblos y ciudades, los ríos, los accidentes y detalles de las costas: todo está en ella anotado con una exactitud escrupulosa y una precisión matemática. ¡Como que para trazarla los jefes y oficiales de nuestro Cuerpo facultativo han recorrido personalmente los lugares que en ella se registran! Esta es una obra que honra á España, y de ella está tomado el esquema que os muestro en este instante. Comparando la carta hecha por nuestro Estado Mayor con las mejores del Extranjero, me he explicado la justa alabanza que el mundo culto rinde á esa obra maestra de nuestro Ejército.

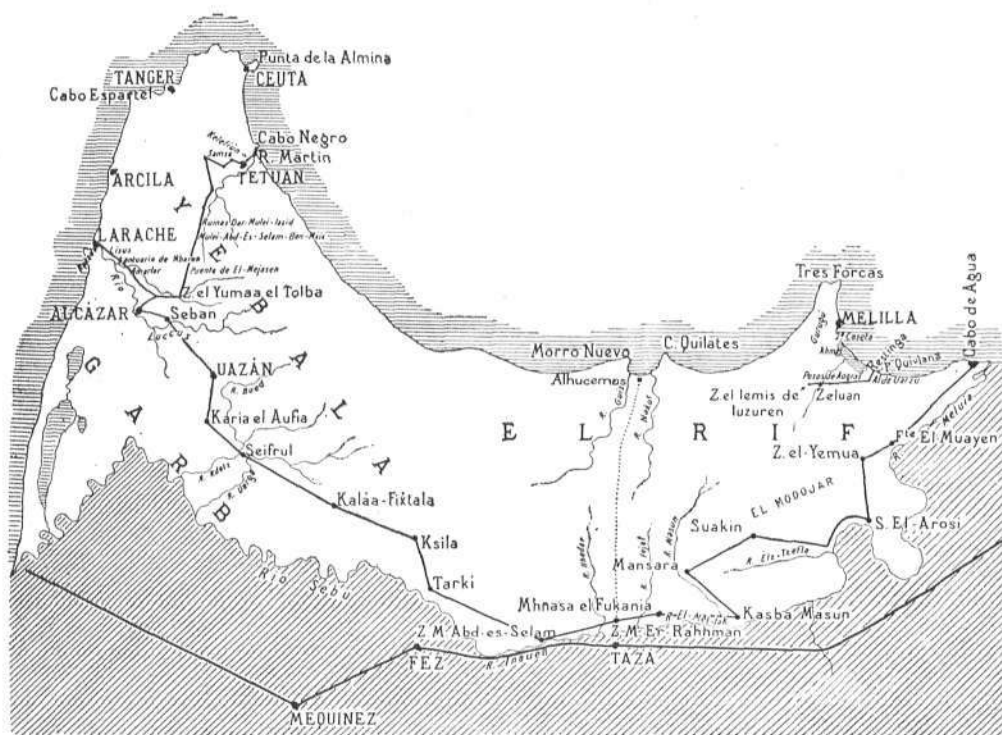
He aquí Melilla rodeada de sus defensas. Después la segunda caseta, el Atalayón, Sidi-Ahmet-el-Hach, Nador; fuertes que serán llaves de acero infranqueables á las tribus. Pero queda Zeluán, Zeluán, que á gritos está diciendole que es nuestro, pues nos debe hasta su propio origen, que fué fundado y edificado por un soldado español.

Los portugueses que ganaron á Ceuta y los españoles que ganaron á Melilla fueron gentes de mar, valerosos navegantes que más bien miraban á los corsarios que á la tierra. Por eso ni Ceuta ni Melilla son plazas de invasión, ni han servido nunca para eso. La guerra hacia el interior de Marruecos llevada desde Ceuta ó desde Melilla será siempre dura, larga, sangrienta y prefijada de reveses. Porque esos dos puntos constituyen sólo dos ciudadelas sobre el Mediterráneo, encargadas de vigilar y perseguir á los piratas. Tampoco sirve ninguna de las dos plazas para plantear en ellas el problema industrial minero. El puerto comercial en Ceuta es Río Martín, y en Melilla lo formará el pueblo que se establezca aquí, entre la Restinga y Punta Quiviana, sobre esta parte de Mar Chica, con canal de entrada al Mediterráneo, pues Mar Chica tiene que ser el embarcadero abrigado de toda la zona oriente del Rif. Ha sido, en mi concepto, una equivocación trazar el ferrocarril minero desde Melilla por Nador hasta la falda del monte Uixán, en los Beni-bu-Ifrur, cuando existe otro camino más corto, más despejado y más seguro. Hoy Mar Chica tiene relativamente poco fondo, es verdad—entre cinco y doce metros—, aunque en muchos puntos presenta el bastante para buques comerciales; pero con ayuda de las modernas dragas de absorción se le puede dar un calado que permita la entrada hasta de los barcos de guerra mayores.

Es natural que el problema de exportación mercantil vaya aquí aparejado con el problema militar. Pero yo sólo puedo y quiero ocuparme de la cuestión de riqueza, pues la de la guerra la resolverán los ilustres generales y el bravo ejército que pelea en Africa.

Ved por dónde debe ir el ferrocarril de Zeluán, que será el ferrocarril minero de esta región: embarcadero de la Restinga á Punta Quiviana, pozo de Tunin, aljibe de Uarzu, pozos de Aograz, paso de la llanura del Bu-Areg, puente sobre el río Gud, y Zeluán. La cosa es bien sencilla.

Existe en el Rif medio, hacia la parte oriental, ya cerca del río Muluia, un distrito minero de grandísima riqueza: el de los montes de El-Modojar. Toda la parte norte de estas montañas parece que está constituida por mine-



ral de hierro del 70 al 75 por 100; en cambio, la vertiente sur la forman ricos criaderos de plomo argentífero de inapreciable valor. El ferrocarril que llegue á dicha región y explote la minería á la par que la producción agrícola del país, ha de partir de Cabo de Agua, por ser la izquierda arriba del Muluia la parte más permeable, corta y hacedera. He aquí cómo creo yo que se ha de trazar: de Cabo de Agua vendrá á buscar la fuente El-Muagen; desde aquí se correrá al Zoco El-Yemaa; bajará hasta el santuario de El-Arosé, sobre el Muluia; dará vuelta al gran recodo del río, llegando al punto en que desagua en él, el Elz-Tzeffa; continuará en línea recta á pasar á Suakin. Con esto queda abarcado el distrito minero de El-Modojar.

Os habréis fijado también en que estas dos posiciones de Mar Chica y Cabo de Agua son dos magníficos puntos militares para dominar en el interior. Melilla hay que relegarla á plaza de abastecimiento, á parque, pues desde ella no se puede emprender un camino directo que llegue al corazón del Rif: lo

impide esta maraña de montes y cordilleras. La ruta comercial, por lo menos, es esa que yo he trazado.

Pero el ferrocarril de Cabo de Agua no debe acabar en Suakin, si ha de dominar mercantilmente la región. Desde Suakin se dirigirá á Mansara, sobre el río Mesun; bajará por la izquierda del Mesun á Kazba-Mesun; atravesará el Mesun casi cerca de su desembocadura en Uad-el-Mel-lak, y ganará á Meknasa-El-Fukama; paso del río Fejal para llegar á la Zauia de Mohamed-Er-Rahman, frente á Tazza. Aquí podrá explotar los grandes y ricos criaderos de cobre de esta zona, conocidos ya de los romanos. Dicha *Zauia* es un convento musulmán. El islamismo, lo mismo que la religión cristiana, tiene sus Ordenes religiosas, y la *Zauia* en cuestión pertenece á una de éstas. En la biblioteca de ese monasterio se guardan muchas de las obras que constituyeron la riquísima de Córdoba bajo el califato. Excuso decirnos cuánta importancia no tendrá la adquisición de ese punto para la historia de España.

Es ocasión ya de que hablemos de Tetuán. Yo, salvando todos los respetos y todas las consideraciones debidas, no puedo negar ante vosotros lo que vengo sosteniendo desde antes que empezara la actual campaña de Melilla. Nosotros no vamos á esta guerra á saldar una cuenta insignificante con una kábila. Vamos á ella porque nos mandan Europa y la civilización, y porque es nuestra honra nacional. Pero debemos plantear la guerra por tres puntos á la vez: por Melilla, por Tetuán y por Larache. ¿Por qué? Porque la guerra por tres puntos á un tiempo será breve y poco sangrienta, pues dividirá la atención y el esfuerzo del enemigo. Mientras que, si continuamos sólo por Melilla, echamos sobre aquel nuestro ejército valeroso y sufrido todas las fuerzas de la morisma. Ya sé que nuestros soldados saldrán victoriosos: tengo descontado el éxito; pero bueno será dividir el peso, que facilitará la entrada y la legítima posesión de lo que nos pertenece.

Reparad en el ferrocarril de penetración (desde el punto de vista industrial) de Tetuán y de Larache. Veamos el primero. Parte de la desembocadura del río Martín; llega á Tetuán por la izquierda del Uad-El-Gelú, pasando por Kelelium y atravesando el río Alcántara; de Tetuán sube á la aldea de Samsa, que domina la entrada del valle de Wad-Rás; avanza hasta el río Et-Xeker; atraviesa éste y llega á la orilla izquierda del Uad-El-Harria; desde aquí alcanza las ruinas de Dar-Muley-Yazid; baja á Muley-Abel-Es-Selam-Ben-Mxix; se dirige á la fuente de El-Mejasen, y en el Zoco El-Yumaa-El-Tolba se une al ferrocarril de Larache.

Ferrocarril de Larache: Larache; derecha del río Luccus; Bakada; Lixus; santuario de Mbaree; paso del río El-Mejasen, y, por la izquierda de éste, ganar el Zoco El-Yumaa-El-Tolba, donde se unirá á la línea de Tetuán.

Las dos líneas, ya unidas, constituirán el ferrocarril que baje á Alkazar-Kebir, el cual seguirá hasta Sebab; paso del río Luccus; Uassan; Karia-El-Aufia, sobre las fuentes del Bued; Seifru; paso de los ríos Rdatz y Uarga; Kalaá-Fixtala; Ksila; Tarkí, junto al Sebú; Zauia de Mohamed-Abd-Es-Selam; paso del río Hadar, y empalme en la Zauia de Mohamed-Er-Rahman del ferrocarril de Tetuán y de Larache con el Cabo de Agua.

Para darse una idea justa de la importancia de esta curva de hierro, que domina comercialmente al Garb, al Yebala y al Rif, no hay más que pensar que la línea francesa ha de pasar por aquí, por la izquierda de los ríos Sebú, Ynauen y Mel-lak, y que por ella se traficarán casi todos los productos del centro de Africa y los americanos que vengan por el Atlántico. La unión de nuestro ferrocarril por Tazza con el francés dará vigor á España entera, sin olvidar que enfrente de Cabo de Agua y de Mar Chica está Cartagena, la encrucijada de la civilización, pues en ella han de cruzarse los tres caminos grandes del mundo: el de Africa, el de América y el de Europa.

La red de ferrocarriles del Rif no estará completa hasta que se tienda la línea desde la bahía de Alhucemas á la Zania de Mohamed-Abd-Er-Rahman, es decir, un camino que divide todo el Rif central de Norte á Sur por entre los ríos Nekor y Guix, y llegue á la margen derecha del Ynauen, donde empalme con la línea Tetuán, Larache, Cabo de Agua, y aun con la francesa de Tazza. Este ferrocarril tendrá una importancia transcendentalísima, desde el punto de vista comercial y del dominio, pues, además de atravesar la parte más rica del país, convertirá la bahía de Alhucemas en el primer puerto comercial del norte africano. Esta línea férrea está sólo trazada en el esquema por medio de puntos, porque su construcción de ninguna manera debe acometerse ahora: esto es para después, para después de la victoria y de la penetración; hoy sería peligrosísimo tal intento.

¡La guerra de Melilla!... ¡La harka!... Dos sistemas militares rigen en el Moghreb la formación de los ejércitos: el de la *mehalla* y el de la *harka*. La *mehalla* es la tropa del Sultán; la *harka* está constituida por el informe conglomerado de las hordas marroquíes. En toda tribu, en cualquier kábila hay permanentemente tres poderes en continua lucha: el de la aristocracia, el del santón y el del caudillo. La aristocracia es la tradición; el santón representa á la fe; el caudillo constituye el valor y el arrojo. Estas tres fuerzas son capaces, cada una de ellas, de levantar en armas al país y formar lo que se llama una *harka*, aunque lo más frecuente es que el santón y el caudillo sean los que motiven esta manera de ejército, pues la aristocracia casi siempre no sigue otras órdenes que las del Sultán, en el cual, á su vez, manda, mientras que la fe y el valor son los dos grandes móviles populares. La que combate ahora con nosotros en Melilla es una *harka* formada por un caudillo y un santón.

El antagonismo entre estos tres poderes lo utilizan nuestros vecinos los franceses para dominar á las tribus de Argelia y Túnez. Sobre todo, se apoyan en los bravos y en los santones por aquello de que «matar la tradición de un pueblo es matar un pueblo». Y lo hacen tan bien, con tanta maestría y habilidad, empleando una tan fina política, que hoy sus berberiscos y árabes adictos, cuando rezan, dicen: «Teme á Dios y ama á Francia, porque Francia da la vida.»

Es preciso que nosotros imitemos la conducta de los franceses. Hay que hacer que la política juegue en nuestra zona marroquí de influencia, de manera sabia y previsora. No basta sólo con la victoria de las armas. Es preciso saber que estos tres poderes de la kábila pueden ser explotables, legítima-

mente explotables. Ahora se han unido contra nosotros dos de ellos: el marabut y el caudillo. Queda de otra parte el Sultán, el cual intervendría de buena gana, si pudiera, para deshacer la harka, no tanto por el cristiano como por él mismo. Estas harkas son siempre temidas por los Emperadores, porque las hordas guerreras llevan en su caudillo el germen del pretendiente. De una harka nació el Roghí, y véase en qué aprieto ha puesto al Xerif de Fez. En el Moghreb es peligroso todo movimiento popular, porque fácilmente degenera en guerra civil, pues desde tiempo inmemorial los idrisitas vencidos y los muhamitas ó filalis que ahora reinan vienen disputándose la posesión del Trono, y cualquier revuelta aviva fácilmente los rescoldos pasados. Mucho contribuyen á la inestabilidad de la paz en Marruecos los santones, á toda hora dispuestos á acrecentar su influencia y su interés con la contienda. Los santones engañan fácilmente al pueblo, explotando el fanatismo de la gente sencilla, y hacen de él lo que les acomoda, prometiéndole dichas inefables en el Paraíso de la eterna ventura. Como en Marruecos la genealogía lo es todo, desde el punto de vista social y político, y los descendientes de Mahoma constituyen la raza sagrada y del dominio, los morabitos y santones, para mejor fincar en la ignorancia supina de la turbamulta, se hacen casi todos emparentar con el Profeta, bien directamente, ó aunque sea sólo por rama colateral.

El éxito de nuestra campaña es evidente, está descartado: de ello responden los valientes soldados de España que van á Africa. Pero hay que pensar cómo, después de la penetración, se organice aquel país para que el Ejército no tenga que bajar á las pequeñas minucias de la policía. Este servicio ha de prestarlo la gendarmería bereber, de la cual forman ya un núcleo Maimón-Mohatar y *el Gato* con sus hombres. Los berberiscos, bien pagados y metidos en disciplina, constituyen magníficos auxiliares y leales servidores después de haber jurado la bandera. Lograda por nosotros la victoria y el dominio moral de nuestra zona de influencia en Marruecos, lo cual ha de conseguirse por la estrategia y el valor, la implantación de la gendarmería berberisca es bien sencilla. Después de la derrota de las tribus, el municionaje, hoy ya para ellas muy difícil, les será imposible, y tendrán forzosamente que capitular. Ocupados los puntos importantes, fortalezas, ciudades y pueblos por nuestro Ejército, entonces es el momento de organizar esa policía marroquí, la cual se encargue poco á poco del desarme de las kábilas y de afirmar la paz judicial.

El camino estratégico que desde el punto de vista mercantil he trazado en este esquema podrá alargarse hasta Tazza y dará vida comercial á la región, una de las más feraces y ricas de la tierra. He dicho ya en mil ocasiones, y repito ahora, que nuestro valeroso y abnegado Ejército no necesita para cumplir con su santo deber más estímulos que el amor que profesa á la bandera y á la Patria; pero bueno es que se afirme de manera clara y terminante que el suelo ganado en Marruecos á la barbarie islamita ha de ser de los soldados. Es preciso colonizarlo «á la romana»: que los que lo riegan con su sangre generosa sean dueños de él y lo posean para su vejez y para sus hijos.

El año 1856, cuando se planteó en España la construcción del primer fe-

ferrocarril, el de Mataró, el sabio Cuerpo de Ingenieros de Caminos dió un luminoso y patriótico informe para que las líneas férreas españolas fueran siempre propiedad del Estado. Los hombres públicos no quisieron seguir aquel dictamen, y los caminos de hierro de la Península están hoy casi todos, puede decirse que todos, en poder del Extranjero. Y con el fin de que tal espectáculo no se repita en nuestras posesiones de Africa, este ferrocarril ha de ser construido por ingenieros militares, sin que tenga acceso á sus concesiones ninguna Compañía ni Empresa civil. Veis que en el esquema he trazado la línea férrea con tinta roja, lo cual quiere decir que será militar, que será de la propiedad de la Nación.

En cuanto á las minas de Marruecos, de las que tanto se habla con motivo de la actual campaña, hay que declarar bien alto, para que todo el mundo lo sepa, que esas minas serán del Estado, sin que por ningún concepto pueda enajenar éste su propiedad. El Estado las podrá arrendar ó dar á partido, teniendo siempre preferencia principalísima en las concesiones los militares. No es posible que implantemos una colonización seria y estable en el Rif, en el Yebala y en el Garb, tal que haga aquel suelo consubstancial con nuestra raza y nuestra nación, si los primeros cincuenta años no vive Marruecos bajo la acción tutelar del Ejército.

El movimiento patriótico que nos arrastra á Melilla y al Moghreb es general; ya lo estáis viendo. Será calumnia y crimen decir que van sólo los pobres á la guerra. Se ha suprimido la redención á metálico. Va España entera: los pobres y los ricos; y la tradicional aristocracia nuestra, aquella de abolengo, recuerda las glorias de sus mayores, escucha la voz de su deber, y pide puesto en la fila del combate. Y es que nuestro pueblo se ha apercebido de que el porvenir y resurgimiento de la Patria está en Africa. Pero hay que disponer las cosas—lo repito y lo repetiré mil veces—de manera que esta campaña no resulte una guerra romántica, sólo orlada de los laureles del valor. Nuestra guerra del moro es guerra de raza y de terruño, guerra de conquista, y la tierra que se corte con las armas ha de ser de los soldados.

Poco me queda ya que decir. Oreo haber dado sucintamente una idea de los motivos que tengo para defender la guerra. Esta es la hora decisiva de España. Si todos no acudimos en su auxilio, España está perdida. Suponed á Francia poseedora del norte africano; entonces nuestro pueblo, sitiado por el Estrecho y el Pirineo, sería ahogado bien pronto entre los hercúleos brazos del francés. Es preciso que las mujeres españolas oigan estas palabras y las graben en su corazón: ó sus hombres van á la guerra, ó sus hijos vivirán esclavos. Yo no estoy en condiciones físicas de empuñar un fusil: mis años me hacen inútil para el combate; pero hace ya tiempo que en periódicos y en actos como éste vengo sosteniendo la conveniencia para España de esta guerra. Y el esfuerzo que realizo es para mí el cumplimiento de un sagrado deber que me une á la Patria.

Sí..., ya sé..., ya sé...: la guerra es tremenda, chorreando sangre, llena de dolores. Pero ¿qué acto de la vida no los trae consigo? La guerra, con todas sus desdichas y crueldades, es, sin embargo, símbolo de poderío, de grandeza

y de la libertad de las naciones y de las razas. Sólo son incapaces de realizarla los pueblos míseros, los pueblos estériles, los pueblos esclavos.

Voy á terminar. Después de despedirme de Cartagena, cuya carifloza hospitalidad tanto agradezco y cuya benevolencia tanto me obliga, quiero poner fin y remate á mis palabras contándoos una visión que he tenido. En estas noches de atrás, cuando, muerta la luna, toda la tierra era tinieblas, presa de febril agitación en alas de un anhelo insaciable, llevado por la pesadilla del ensueño, ha pasado mi espíritu algunas horas sobre la cumbre de Sidi-Ahmet-el-Hach. Nuestros soldados, tendidos contra los paramentos, acechan hacia las sombras con las armas preparadas. Todo el mundo vigila, y un silencio profundo reina en el campamento. Sólo se escucha el batir de una tela tremolada en la altura: es la santa bandera de la madre patria, que cobija á todos. De pronto un fulgor punteado y siniestro corre como centella, dibujando las siluetas de los montes vecinos. Estalla el fragor de la descarga. ¡Son ellos! Y una lluvia de balas cae sobre nuestra tropa... ¡Noche triste! ¡Noche horrenda! ¡Noche cruel para el soldado, que combate en las tinieblas contra un enemigo al que no ve, pero cuyos insultos oye y cuyo plomo siente! ¡¡Ah!! ¡También fué «la noche triste» aquella que Hernán Cortés pasó con su pobre ejército bajo el laurel hospitalario y piadoso; y de aquella noche ha nacido una aurora cuyo día aún no se ha apagado! ¡Aquel día se llama América!

Yo espero que de «la noche triste» del campamento de Sidi-Ahmet-el-Hach nazca también otro día refulgente y glorioso para nuestra raza. ¡El día de la victoria de España y de la civilización de Marruecos!



GUINEA ESPAÑOLA

Exploraciones y estudios de los misioneros

Exploración del Otoche

Voy á consignar algunos datos que recogí en mi último viaje al río Otoche.

Sali de Elobey el 4 de febrero de 1908, y por la tarde me hallaba ya en Alermetangha, primer pueblo del Otoche, en el cual pernocté. A la mañana siguiente me puse en marcha por tierra, visitando al paso los pueblos Asihna y Bitoma, situados en el bosque entre el Otoche y Bañe, aunque más cerca de aquél que de éste. Desde Bitoma cruzamos hacia el Otoche, con objeto de ver los bikos y pamue-yekén de Berebere. Todo esto lo tenía ya conocido en otras expediciones, y nada especial noté al paso por ellos, á no ser la variedad de preciosas maderas que divisábamos con frecuencia, y alguno que otro árbol

productor del copal, al cual llaman los pamues Okeba ó Mbeñe. Al anocheecer pasábamos los elevados montes de Makomo, y al ver que la noche se nos echaba encima, varios de los muchachos que me acompañaban se adelantaron para buscar antorchas, gracias á las cuales llegamos sin incidente alguno al citado pueblo. Era de ver el regocijo y algazara de aquellos pamues-güe al poder contemplar en medio de ellos á un blanco. Después de un ratito de saludos y descanso rezamos el santo rosario é hice la instrucción catequística acostumbrada en estos casos, entreteniéndome á continuación en tomar datos sobre lo que había por aquellas alturas. A lo que parece, tienen conocimiento de un criadero de cobre, el cual aprovechan para hacer los brazaletes y collares con que se adornan, aunque al presente usan más los que se proporcionan en las factorías, importados de Europa. De lo que no cabe dudar es de la fabricación de dichos collares hechos por ellos derritiendo trozos de latón ó cobre que han podido conseguir. Al citado metal y á los predichos collares llaman los pamues *ngós*. A causa de estar dicho lugar del criadero de cobre fuera de la ruta que me había propuesto seguir, y disponiendo de poco tiempo, me fué imposible visitar dicho lugar, y aplacé la visita para otra ocasión más oportuna, si Dios nuestro Señor así lo quiere.

Al siguiente día proseguimos animosos nuestro viaje, pues intentábamos pasar á la parte este de la sierra Paluviole. Dejando á nuestro paso los poblados Oveng y Bisúa, habitados también por pamues-güe, nos detuvimos en la falda del monte Vobo para descansar un poco y tomar alimento. La divina Providencia nos regaló un exquisito panal de miel por manos de unos pamues que se entretenían en recoger dicho producto en un elevado y corpulento árbol. En la falda del monte Vobo hay una meseta en la cual se podría emplazar una población europea con probabilidad de buen éxito. Tras rápida subida nos hallábamos en la cima del Vobo, y allí pudimos apagar nuestra sed con las cristalinas aguas de un arroyuelo que nace en una depresión de la cima del monte. Por dicha nuestra, topamos allí con un simpático pamue que hacía en aquel lugar una plantación de yuca. A una simple insinuación que le hice se ofreció á conducirnos á una prominencia desde la cual podríamos contemplar un panorama encantador. Así fué, en efecto; después de diez minutos de andar por la parte noroeste nos hallábamos en un desmonte, con lo cual pudimos espaciar libremente nuestra vista por dilatados horizontes. En verdad que al admirar por vez primera las maravillas que teníamos delante, irresistiblemente se sentía uno impulsado á entonar un himno de acción de gracias y de admiración al poder y bondad del Creador. Desde allí hacia el Sudoeste descubríamos la cuenca del Noya, Utamboni, Bañe, Otoche, Utongo, Ebobua, Simbe, Kongüe, Manyani y de otros mil riachuelos que afluyen á los principales, yendo á parar todos juntos al anchuroso Muni. También se distinguían las islas Bía, Ebongüe, Gande é Ibelo; la Misión de Punta Botika y los pintorescos cerros Angra ó Muni, más las inmensas llanuras de la parte baja de todos estos ríos. Por el Norte se divisaban los montes Mikuañon, Makoga y Ebeas, y al Noroeste la prolongación del Mitra, la cual separa las aguas que afluyen al Muni de las que corren al Benito por conducto del Laña. Al Este

nuestra vista no encontraba término, si no era la densa bruma que cubría la ilimitada placencia de nuestro territorio, porción la más rica y, por otra parte, la más desconocida.

Antes de pasar adelante, bueno será hacer constar aquí que el camino que seguimos es el más céntrico para el interior de nuestro territorio y el más concurrido, sin duda por ser también el más accesible, á causa del puerto que forma la depresión norte de la sierra Paluvióle y la del sur del monte Mikuañon y Mitra. Tanto es así, que la mayor parte de la goma y demás productos que se recogen en las factorías del Utamboni pasan por aquí, por lo cual no



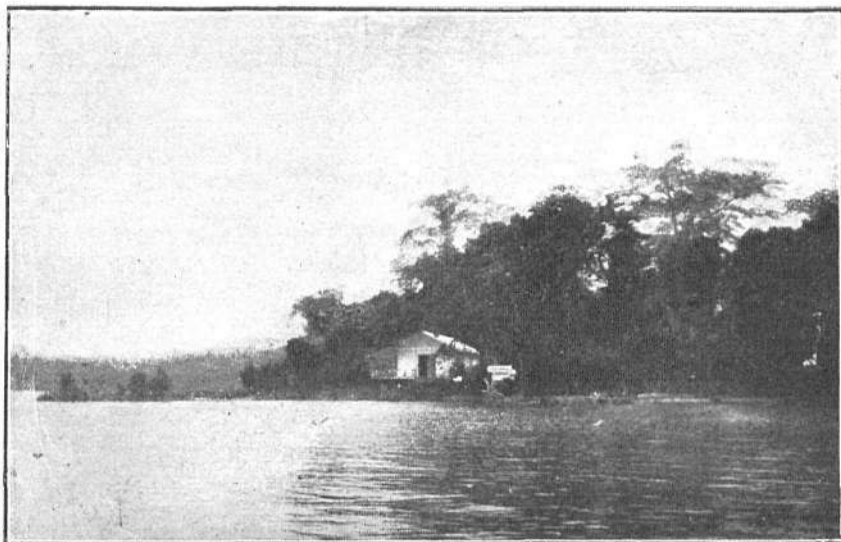
Pamues del río Otoche.

se ve la razón de por qué se haya de establecer el comercio en dicho río con preferencia al que nos ocupa, sobre todo si á esto se añaden los continuos entorpecimientos con que se topa para el curso libre por dicho río á causa de la anómala demarcación de límites.

Hecha esta digresión, continuemos nuestro viaje.

Entusiasmados por lo que acabábamos de ver, comenzamos á descender el Vobo, y á las doce descansábamos en Olón, pueblo pamue-güe, situado al pie del antedicho monte, en la parte nordeste. Después de descansar y tomar alimento, emprendimos á la cena nuestra marcha, la cual no era ya tan penosa, por caminos por terreno casi llano. A la media hora estábamos en la cumbre de un cerro, el cual conserva un recordatorio de la época de los esclavos. Está coronado dicho cerro por un árbol secular y gigantesco llamado Akoga, debajo del cual se verificaba el tráfico de negros, reunidos allí por los itemus y bikos, y allí también eran entregados á los traficantes bengas, los cuales, á su vez, los vendían á los europeos. Este lugar es conocido con el nombre de «Agüega akoga misaga», «Descanso del akoga de los esclavos».

Para entender la razón de dicho nombre, conviene advertir que en la parte montañosa es muy frecuente encontrar en las cimas de los montes un lugar de descanso para los viajeros fatigados á causa de las difíciles subidas de los montes. A estos sitios llaman los pamues *agüega* (descanso ó parada), y están de ordinario debajo de un corpulento árbol. Conservan limpio un corro alrededor, y suele haber unos troncos que sirven de asiento. En algunos vimos la armazón escueta de una casita indígena en miniatura, encima de la cual habían colocado una de esas figuras caprichosas en forma de grandes hongos que fabrica el comején. ¿Con qué objeto había sido puesto aquello? Eso no es otra



Factoría de Isla Gande.

cosa que un fetiche ó, como aquí se dice, medicina (*biang* en pamue) para obligar á los transeúntes á descansar allí y depositar un pequeño regalo para el dueño del adoratorio, pues, de lo contrario, tendría un éxito infeliz el viaje.

Después de revisar todos los accidentes de aquel memorable lugar, emprendimos de nuevo el viaje, y á las cuatro llegamos á Mésuma, habitado por pamues-güe, y aunque no estaba el jefe, sus hijos nos ofrecieron en seguida casa para alojarnos y abundante comida. Deseábamos descansar; pero la innata curiosidad en los hombres de ver novedades nos lo impidió, pues se llenó de gente nuestra pequeña choza, y no había más remedio que dejarse mirar y remirar, contestar á esta pregunta y á la otra, y hacer del que no tiene otra cosa que hacer sino ocuparse en divertir aquella pobre gente. Parecerá este tiempo perdido, y no lo es, pues de esa manera conocen á uno y se los conoce, con lo cual toman confianza y se va preparando el terreno para salir con la nuestra, habiendo entrado con la suya.

Con un día más de camino hubiéramos llegado al Utamboni en la parte alta; pero como no podía disponer de mucho tiempo, me resolví á cruzar hacia el

Norte, con objeto de averiguar los manantiales del Otoche. Afortunadamente, hallamos en Mésuma, de paseo, á un joven pamue-yenví, y como pertenecía á la familia de los pueblos pamues que teníamos hacia el Norte, nos costó poco el tomarlo de guía. A las seis nos pusimos en marcha, y pasada una hora atravesamos dos ramas del Otoche, las cuales vienen del Estenordeste y tienen el origen cerca de Mesam, no muy distante de los manantiales del Utamboni.

El viaje de este día fué bastante pesado á causa de lo escarpado de los montes que hubimos de pasar; pero así y todo á las doce apagábamos ya nuestra sed con las frescas aguas del Otoche y nos acercábamos á Ngoniki, primer pueblo pamue-yenví que deseábamos visitar. Poco antes de llegar al pueblo se oyó un disparo de fusil, y á continuación las tumbas ó tambores dieron á conocer que había una víctima: era un leopardo que no había tenido empacho en acercarse al pueblo en pleno día para hacer una presa. Como varios de los habitantes de este pueblo y de Vé, Ongan-nzok y Bolebur ya me conocen, y hay en ellos varios niños cristianos de cuando habitaban en la parte baja del Bañe, pude entrar de pronto en el ejercicio de mi sagrado ministerio, bautizando y confirmando á una cuadrilla de pequeñuelos.

Domina estos pueblos el monte Mikuañon, y en él tiene su origen el Otoche.

Buscando paso hacia el alto Utamboni

Nunca lamentaremos demasiado la pérdida que sufrió España con la última demarcación de límites al sur de nuestra Guinea continental, ó sea, en el Utamboni. De sentir era la pérdida de tan gran porción de terreno como perdimos, y que á todas luces nos pertenecía; pero mucho más sensible fué el que se consintiera quedar á merced de voluntad ajena para entrar y salir en la propia casa. No obró así, á mi modo de ver, nuestro Gobierno por ignorancia del estado de las cosas, pues claro y manifiesto se veía en el informe presentado al Consejo de ministros por el competente Sr. Pérez Caballero; pero nuestra diplomacia no supo ó no pudo vencer la terquedad de la diplomacia francesa, y nos tuvimos que contentar con lo que le plugo darnos, haciéndonos, encima de todo, saber que aún nos daba demasiado.

No ignoran nuestros lectores que, en virtud de aquella demarcación, parte del río Utamboni es todo de Francia, y ahí está nuestro principal proceso. Algunas gestiones se han hecho para interpretar ó aclarar (aunque, á nuestro modo de ver, está muy claro) el artículo 5.º del referido Tratado; pero hasta ahora nada se ha conseguido por lo que debemos felicitarnos, por lo cual conviene estudiar el modo de facilitar á nuestro comercio el libre paso para internarse en el alto Utamboni, porción la más rica de nuestro territorio continental. Y puesto que no se piensa en situar las casas comerciales más al Norte, sino que se persiste en tenerlas en dicho río, veamos el modo de ponerlas en condiciones de desenvolverse sin odiosas trabas, prescindiendo de futuros posibles arreglos diplomáticos.

Ya se sabe que el Gobierno de la colonia emprendió tiempo atrás la labor,

por todos conceptos plausible, de abrir un camino por tierra desde los poblados pamues del río Bía (el cual afluye al Utamboni antes de ser cortado éste por el paralelo 1.º) hasta Asobla, con lo cual se evitaba el paso molesto del Utamboni francés; pero después de no despreciables gastos, y faltando sólo unos dos kilómetros para acabarlo, se ha abandonado por completo y continuamos con los estorbos de antes. Pero aun abierto dicho camino, no se inclinaba el comercio á utilizarlo á causa del gasto que tenía que efectuar para trasla-



Puesto aduanero francés de N'Beto, en el río Utamboni.

dar á hombros de los indígenas las mercancías hasta Asobla. ¿Qué resta, pues? Veamos si es posible utilizar alguna vía fluvial, y para ello no nos apartemos del Bía.

Este río, según datos que últimamente he recogido, tiene un origen ó fuente común con el río Lora, el cual desemboca en el Nvung, más arriba de Asobla. Es cierto que estos dos riachuelos no son navegables actualmente en su parte alta á causa del poco caudal de agua y por los troncos que los obstruyen; mas si lográramos aumentar su caudal de agua, creemos estaba resuelto el problema. Pero ¿es eso factible?

No sería aventurado decir que las aguas del Bía y Lora, en su común rama, provienen de filtraciones de la rama norte del Bañe. Me hace sospechar eso al hallarse dichos ríos á poca distancia, con la especialidad de que el Bañe pasa por terreno más elevado; y aunque así no fuera, creo estar á nuestra disposición dicha rama del Bañe para alimentar de suficientes aguas al Lora y Bía para dar paso á pequeñas embarcaciones, lo cual sería suficiente para las exigencias del actual y probable futuro comercio.

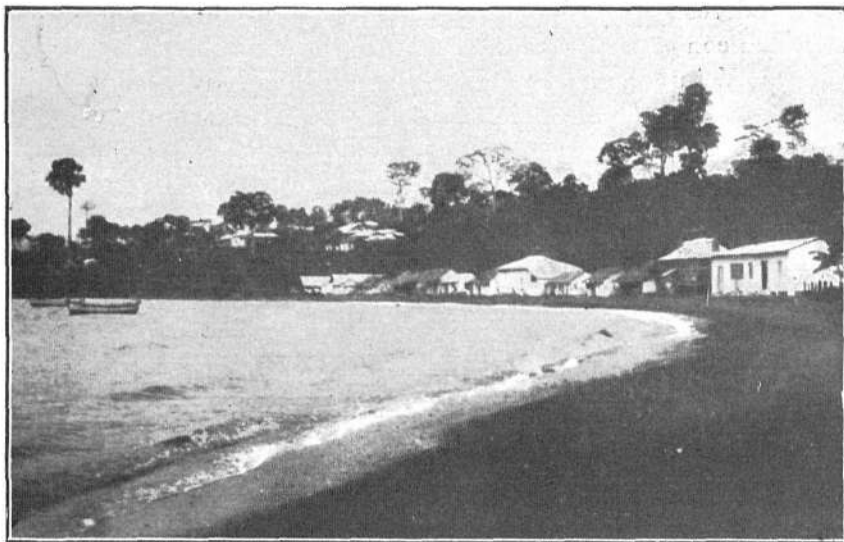
No se me oculta que lo primero que se me opondrá á dicho plan es el desembolso de dinero; con todo, creo no habría de ser tan grande como se puede

pensar sin conocer el terreno, y más aún (si en dinero nos fijamos), estoy persuadido que luego lo reembolsaríamos con creces. Estoy completamente convencido de que intentar colonizar teniendo las arcas bien guardadas y cerradas es un absurdo, pues ni aprovechará lo guardado, ni recogeremos el cien doblado que de obrar con esplendidez resultaría.

Nicolás González, C. M. F.

La bahía de San Carlos

Á cualquiera que haya visitado estos territorios españoles del golfo de Guinea no habrá podido menos de llamar su atención la grandiosidad de nuestra hermosa bahía, la más notable de Fernando Póo bajo todos conceptos. De



Playa de la bahía de San Carlos.

ella escribe el Ilmo. P. Armengol Coll en su Segunda Memoria que lleva á la de Santa Isabel muchas ventajas. Lo primero, por su mayor extensión, ya que puede contener holgadamente muchas embarcaciones, cuando en la de Santa Isabel apenas pueden maniobrar tres libremente. Lo segundo, porque ofrece á los barcos mayores garantías de seguridad contra los tornados, ora porque pueden anclar perfectamente, ora porque en las tormentas sopla el viento de tierra á mar. En tercer lugar, las playas de San Carlos son más saludables, merced á las brisas del mar, que soplan directamente. Lo cuarto, porque es más céntrica; de manera que con mucha facilidad podrían los barcos hacer rumbo á ella desde cualquier punto de la isla.

Conocedores los ingleses de estas ventajas, fueron los primeros en establecer un centro reformista y una factoría, haciendo desde entonces sus vapores

viajes periódicos hasta llegar á conocer palmo á palmo sus mejores fondeaderos. Más tarde fueron estableciéndose algunas casas españolas; y si bien en un principio hubieron de hacer frente á dificultades inmensas, hoy podemos asegurar que van ellas á la cabeza del comercio de San Carlos. Y todavía prosperarían mucho más si el vapor español hiciera sus escalas en San Carlos, como desde hace muchos años lo vienen verificando varios vapores extranjeros. Desde que éstos traen la carga á San Carlos, en vez de dejarla en Santa Isabel, los comerciantes así favorecidos han ahorrado muchos miles de pesetas, según lo hemos oído de sus mismos labios en distintas ocasiones.

Pero antes de que llegue el tan suspirado día de ver en nuestra bahía á lo menos cada dos meses el vapor español, urge sobremanera la construcción de un muelle ó, cuando menos, de un tinglado que favorezca las operaciones de carga y descarga. El sistema que actualmente se sigue para tan difíciles operaciones no puede ser más primitivo ni más costoso, ya que todo se hace, no á fuerza de poderosa grúa, sino á fuerza de hombros y sobre las cabezas de los braceros, que con el agua hasta el cuello llevan los bultos á las pequeñas embarcaciones. Veinte hombres á la vez conté en cierta ocasión metidos en el agua y con los sacos de cacao de más de sesenta kilos sobre la cabeza.

Con lo dicho, nadie extrañará que después de un día de tan ruda faena sean conducidos al hospital varios de esos desgraciados seres, quiénes con pulmonía, y algunos casi baldados completamente. Esto por lo que mira á la carga y descarga de los géneros; pero... ¿y al desembarque de los pasajeros?

Todos, desde el Kaiser, si algún día le ocurre visitarnos, hasta el último que calza zapatillas, han de saltar á tierra sobre las desnudas espaldas de un pobre bracero, el cual más de una vez deja la carga antes de llegar á tierra. Este sainete, que á los que llevamos varios años por estas playas se nos ha hecho casi connatural, hace salir los colores á la cara á cuantos por vez primera vienen á San Carlos. Lo cual es mucho más repugnante cuando se trata de señoras, por razones que no se ocultarán á mis lectores.

Y no se vaya á pensar que la construcción del tal muelle nos fuera á costar una millonada, no; reúne la bahía excelentes condiciones para hacerlo con muy poco gasto, y á pocos metros que se internara en el mar hasta podrían atracar los vaporcitos interinsulares, y aun quizá los barcos de mayor calado que visitasen nuestros territorios.

Alguna vez hemos oído indicar la conveniencia de trasladar á San Carlos el muelle viejo de Santa Isabel y construir uno nuevo en la capital. Pero, de hacerlo así, á más de uno le ocurriría preguntar como aquel otro indígena de la costa en tiempo de la fundación de Calatrava, quien, todo extrañado, decía: «¿Por qué España hace pueblo nuevo con casas viejas de Elobey?» Es que estas gentes no penetran más allá de la corteza de las cosas, y por las apariencias exteriores juzgan siempre de la grandeza ó pequeñez de las mismas. ¡A cuántos hemos oído decir que España es muy pobre y miserable! Y esto, ¿por qué?... Pues, sencillamente, porque un día vieron izada la bandera española; pero tan sucia y rota, que más bien parecía un paño de cocina ó trapo de baldeo que la enseña gloriosa de nuestra nación. Nada queremos decir con

esto contra San Carlos, en donde es costumbre tener izadas todos los domingos las banderas nacionales de Alemania, Inglaterra y España, aunque claro está que sería mucho más grato para todo buen español contemplar exclusivamente la española, como señora y dominadora que es de estos territorios.

Es, pues, necesario un muelle; pero un muelle nuevo, fuerte y solidísimo, de forma que no tengamos que arrepentirnos á la vuelta de unos pocos años, como ha sucedido en otras partes.

Cuando un excursionista llega por primera vez á San Carlos y desde á bordo contempla nuestro distrito, exclama, todo disgustado: «¡Aquí no hay nada:



Río San Carlos.

todo es un bosque!» Pero desde el momento que salta á tierra y contempla á un lado ocho mil sacos de cacao para embarcar, y al otro centenares de toneladas desembarcadas para el comercio, no puede menos de exclamar, como exclamó un excursionista inglés que en tales circunstancias llegó á nuestra bahía: «¡Oh San Carlos, San Carlos!—decía—, ¡si fueras de los ingleses!...» ¡Como si los españoles no fuéramos también amantes de lo grande y de lo bello!

Sí; también los españoles reconocen la feracidad y riqueza del suelo de San Carlos, y porque la conocen y han palpado sus ópimos frutos, varias casas españolas han aportado sus capitales con grandísimas esperanzas de aumento y de resultados los más halagüeños.

Y es así, que si nos fijamos en la producción del cacao, no puede ser más grande ni más excelente, debido, sin duda, á las grandísimas cantidades de humus que se depositan en toda la zona cacaotera. No hace mucho tiempo que un excursionista alemán visitó á San Carlos, y de sus labios oímos estas palabras: «Dan mucho mejor resultado las fincas de San Carlos que las del norte de la isla, y todas ellas presentan mucho mejor aspecto.»

Ahora mismo, mientras esto escribo, estoy contemplando la finca de mister Knox, la mejor, sin duda, no solamente de San Carlos, sino de toda la isla. Su extensión superficial alcanza á unas cincuenta hectáreas, y está situada en la parte más céntrica de la bahía. A pesar de no tener árbol alguno de sombra, rinde tan abundantes cosechas, que casi es imposible al propietario la recolección completa del cacao. El ánimo del espectador no puede menos de espaciarse agradablemente al contemplar el orden y limpieza que campean en toda ella, ya sea en sus departamentos, como en sus múltiples y bien alineadas calles. Pero, sobre todo, es una verdadera gloria contemplar sus árboles, revestidos todos, desde el suelo hasta lo más alto de sus copas, con el vistoso y hermoso traje de la abundancia, tejido por la fertilidad y riqueza incomparable del terreno. ¡Lástima grande que la escasez de braceros no permita, así en ésta como en otras fincas, recoger todo el fruto que tan generosamente rinde la Naturaleza!

Otro de los que mejor han sabido explotar el suelo feracísimo de San Carlos es, sin duda, el Sr. Maximiliano C. Jones, cuyas numerosas y extensas fincas nada dejan que desear en lo relativo á limpieza y hermosura. Más de una vez las hemos recorrido todas ellas pasando por entre enormes montones de doradas piñas próximas á ser desgranadas y llevadas á los fermentadores. Además de la belleza y el buen orden que reinan en todas ellas, lo que más llama la atención en las fincas del Sr. Maximiliano es la alegría y buen humor con que trabajan todos sus braceros, efecto, sin duda, de los buenos tratos y consideraciones que se les tienen. Los días de mayor trabajo, como son los de acarreo y embarque, son para ellos fiesta mayor, según es de ver en los cánticos y saltos con que amenizan tan rudas y pesadas faenas. ¡Cuánto vale conocer bien al bracero y la tecla que se le debe tocar!...

¿Y qué diremos de la finca de los Sres. Ríos y Torres, llamada «La Barcelonesa»?

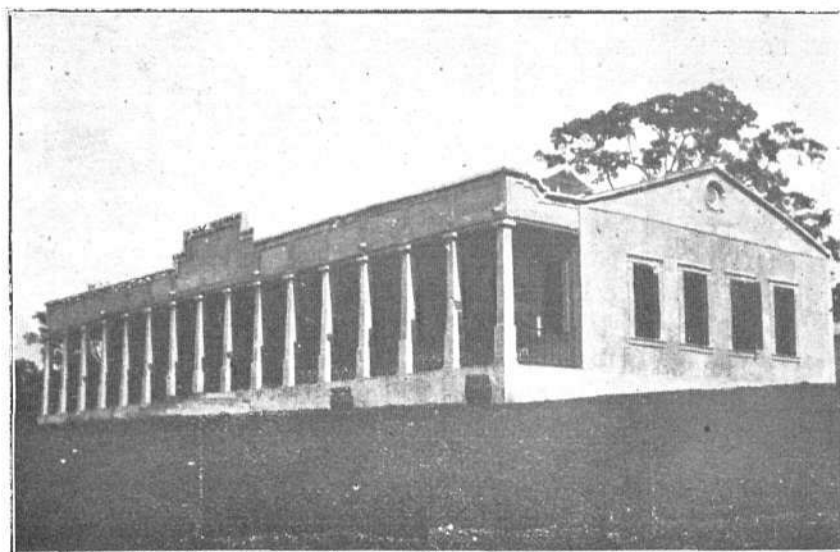
Es una hermosa hacienda cuya superficie, de más de quinientas hectáreas, se extiende en forma de abanico abierto desde la playa hasta casi el poblado protestante, por un lado, y por el otro, hasta las cercanías de María Cristina, cuyas argentinas campanas se oyen admirablemente desde sus últimos departamentos.

Hay misioneros aquí en San Carlos, como el Rdo. P. Aymemí, que pasaron por dicho terreno cuando todavía era bosque virgen, y en la actualidad tiene más de trescientas hectáreas en producción. Es una de las fincas en donde se pone mayor esmero en la elaboración del cacao, disponiendo para ello de excelentes máquinas, como la «desgranadora Coll», algunas limpiadoras y grandiosos secaderos contruidos según los más recientes adelantos. Vista la finca desde el mar, semeja una extensa viña limpia y hermosa, haciéndose uno la ilusión de que aquellos jóvenes cacaoteros son cepas llenas de frondosidad, verdor y lozanía.

Desgraciadamente, la falta de braceros y abundancia de gusanos en algunos departamentos han quitado á «La Barcelonesa» algo de su primitiva belleza; pero nada dice esto contra la fertilidad del terreno. Al contrario: fincas

ha habido, como la ya descrita de Mr. Knox, tan llenas de gusanos que daba horror sólo mirarlas; y, sin embargo de eso, sin apenas cuidado alguno, han vuelto los mismos cacaoteros á florecer y fructificar de tal modo, que hoy día se podía pagar por sólo verlos; lo cual comprueba más y más lo que venimos diciendo sobre las riquezas productivas encerradas en este terreno de San Carlos.

Al igual de estos agricultores que hemos citado, podríamos enumerar otros muchos, porque todos sin excepción se han esmerado en el cultivo y embellecimiento de sus fincas, contribuyendo valiosamente al engrandecimiento del



Hospital de San Carlos.

distrito, ya que en menos de doce años se ha logrado una total transformación en el terreno, altamente beneficiosa á la colonia y de incalculables ventajas para la metrópoli. Me parece que algo pesan los 14.000 sacos de cacao salidos de San Carlos en el último año; y de ir las cosas bien, tengo para mí que no está lejano el año en que se embarcarán para España hasta 20.000 sacos de tan codiciado fruto.

Desde P. Arjelejos hasta Basakato está ya casi todo plantado, no ya tan sólo en la parte playera, sino hasta una altura de 300 metros sobre el nivel del mar, que es la zona propia para el cultivo del cacao. Desde el momento que todas estas fincas lleguen á su apogeo, podemos esperar con sobrado fundamento para todos nuestros agricultores cosechas abundantísimas que recompensarán con creces sus múltiples desvelos y sudores.

Y el café, abacá y algodón... ¿por qué no se cultivan en mayor escala? Todos tres artículos se dan perfectamente en este bendito suelo; pero, por lo visto, trae mayores ventajas el cultivo exclusivo del cacao. Respecto del algodón, aunque se da muy bien, tiene los inconvenientes de la excesiva hume-

dad proveniente de las lluvias y abundante rocío de la noche. El algodón, sobre todo en tiempo de cosecha, necesita seca rigurosa, y en Fernando Póo no existe nunca, ya que en la época de mayor calor dura la humedad del rocío hasta mediodía.

León García, C. M. F.

Impresiones de viaje

El día 23 de marzo, á las once y treinta de la mañana, salí de Elobey con dirección al río Otoche, en la ballenera *San Joaquín*, de la Misión. Casi desde el principio del viaje viento y marea se declararon en nuestro favor; de modo que apenas experimentamos en la travesía otras molestias que la producida por el sol, que achicharraba. A la una y treinta ya doblábamos la punta Ndemba; á las dos y diez, la punta Botika, sitio de la Misión francesa; á las dos y treinta, el puesto de Kogo; y á las dos y cincuenta dejamos atrás la isla Ngande, no sin haber contemplado muy de cerca el puesto militar y demás dependencias allí establecidas. A medida que andábamos íbamos dejando á los lados grandes y caudalosos ríos, como el Kongüe á la izquierda y el Utamboni á la derecha, y una vez en el Utongo, en donde entramos á las tres y cuarenta, dejamos también á la derecha el famoso río Bañe. Con el Utongo se nos despidió la brisa; de modo que al entrar en el Otoche hubimos de bajar la vela y continuar á remo, mientras que una ligera llovizna nos iba refrescando suavemente. A las cinco pudimos ya saltar á tierra en uno de los pueblos de la orilla del Otoche, en donde los padres misioneros de Elobey tienen una residencia provisional mientras levantan una espaciosa reducción en un montecillo próximo. Al anochecer, el Rdo. P. Feliciano Pérez, que hacía más de un mes moraba allí con el fin de activar y dirigir la nueva reducción, colocándose en medio del numeroso pueblo, dirigió en pamue el santo rosario y cantó avemarías y varias coplillas en dicho idioma. Y reforzados como pudimos nuestros cuerpos, y cumplidos los deberes religiosos, nos acostamos sobre las duras camas. Claro que hubimos de despertarnos muchas veces, no por falta de sueño, sino por la dureza de la cama y por la importuna visita de molestas hormigas.

Así y todo, llegamos á descansar regularmente. Por la mañana, después de celebrar la santa misa, me dirigí al montecito en que se construye la reducción y que dista del río unos diez minutos. Tiene el sitio una preciosa vista, pues se contemplan desde él multitud de montecitos y ríos, y hasta la isla Gande. En varios de los montecitos se veía fuego producido por los pamues con el fin de desmontarlos y prepararlos para plantaciones de yuca, que es á lo que se dedican desde Navidad hasta mayo, época, por consiguiente, poco oportuna para reclutar braceros para Fernando Póo. Aproveché aquel día para mirar algunos pueblos pamues. Todos ellos son poco más ó menos iguales, y en todos se nota gran desproporción entre hombres y mujeres. El mayor número de éstas es lo que da preponderancia y autoridad al pamue, cuyo único afán

consiste en adquirir cuantas más mejor. Por eso los jefes ó principales son los que disponen de más *esclavas* ó *bestias de carga*, permitanse las palabras, ya que expresan bien el oficio de la mujer entre los pamues. Para cada una de ellas tiene el hombre diferente casita, lo cual conviene tener presente para la reflexión que después apuntaré. Por la tarde quise subir río arriba para ver los rápidos del Otoche. Así, pues, me procuré un cayuquillo, y haciendo en él ejercicios de equilibrio me llevaron allá dos muchachos. Tres cuartos de hora me costó la subida, y por el ruido de aguas conocí que estaba ya llegando á los rápidos, que consisten en grandes pedruscos esparcidos por todo el cauce del río, en los que el agua da con furia en todas direcciones, produciendo un ruido ensordecedor y blanquísima espuma é impidiendo el paso de los cayucos. Son como diminutas cascaditas, que por ser muchas semejan el ruido de una regular cascada. Llama la atención por el cambio brusco que se nota en el río al llegar allí con cayucos. Satisfecho de ver con mis ojos lo que tanto había oído decir, volví al anochecer á nuestra choza, en la que pasamos la noche lo mismo que la anterior. Un poco sobresaltados estuvieron nuestros marineros aquella noche por los rumores que habían oído de guerra. Y, realmente, nuestro pueblo tenía una *gran palabra* con otro, por cuestión de mujeres, como siempre, y estaban preparados á cualquier asalto de sus contrarios, y aun se decía que cada hombre tenía encargo de matar uno del pueblo ó familia contrarios, y que para ello estaban en el bosque á fin de atisbar bien y cumplir mejor su cometido. De modo que, con ser un pueblo por donde en estado de paz pasaba muchísima goma para las factorías, hacía muchos días que nadie pasaba por él.

En nada turbó todo esto nuestra tranquilidad, por la persuasión que tenemos de que el pamue respeta á los enviados de Dios.

Amaneció el día 25, fiesta memorable, y después de celebrar la santa misa, que oyeron los cristianos, y despedirnos de los pamues del pueblo, á eso de las seis entramos en el bote para deshacer lo andado y regresar á Elobey. Como no quería soplar la brisa, los marineros se hubieron de resignar á remar, y nosotros á tener paciencia para tirar todo el día en la ballenera, con las incomodidades consiguientes. Cerca ya de Gande izamos las velas para aprovechar el viento, aunque contrario. Con este viento adelantamos mucho, ya que la marea nos era favorable. Gracias á ello nos aproximamos tanto á Elobey, que parecía ya seguro que en media hora íbamos á llegar, ó sea, antes de las tres de la tarde; pero cuál no fué nuestro sentimiento cuando de repente cambió la marea, y nuestra ballenera comenzó á ser arrastrada hacia atrás á pesar de los esfuerzos de los remadores, que hacían los imposibles por adelantar. No hubo más remedio que fondear en las próximas playas del territorio francés, y esperar unas seis horas á que cambiase la marea. Estábamos tranquilos en nuestra embarcación, y no bien acabamos de rezar el santísimo rosario, cuando á las siete oímos que alguien nos llamaba á gritos desde la playa, en la que no se divisaba sino un farol. Era un polizonte francés que en lengua gabonesa nos daba orden de acercarnos á él. Algo expuesto era tocar en tierra en una playa tan alborotada y en la obscuridad de la noche, y así le

gritamos en francés y en inglés que se tomase él la molestia de venir á nosotros con algún cayuco y registrarnos cuanto quisiese. De nada nos valió el decir que era el bote de la Misión de Elobey, que iban en él dos padres, que estábamos esperando la marea; nada de eso convencía á aquel pedazo de... Al fin, ante las amenazas de que nos iba á pegar un par de tiros, nos acercamos á contemplar la cara de aquel valiente, que, sin saludarnos siquiera, miró



Pamues Amon, de Asobla.

y remiró cuanto quiso en nuestro bote, que por cierto iba vacío. Al ver la arrogante figura de nuestro hombre y que no llevaba más armas que el farol, nada nos hubiera costado darle un empujón, meterle en nuestra ballenera, amarrarle á una bancada, y hacerle pagar cara su petulancia y osadía; pero nos compadecimos del pobre franchute, y le dejamos en paz. Por toda despedida nos dijo el gabacho:

—Voy inmediatamente al cuartel en busca de un fusil para matar á todos ustedes.

—Muchas gracias—le dijimos—; vuelve pronto, no sea que no nos encontres aquí.

El apretó el paso, y nosotros alzamos la vela y nos pusimos en rápida

marcha; de modo que no tardamos en alcanzar las aguas españolas y ponernos á salvo de los tiros que por ventura le ocurriera echar á aquel nuestro *amigo*. Serían las diez de la noche cuando saltamos á tierra en Elobey, y á los pocos minutos descargó un gran aguacero acompañado de viento fuerte. ¡Quién sabe si la prisa con que nos despedimos de la jurisdicción francesa contribuyó á que no nos cogiera en el mar este chubasco! No hay mal que por bien no venga.

Y ahora, antes de cerrar estas desaliñadas impresiones, pláceme consignar el efecto que en mí produjeron los habitantes del Muni. Entre ellos apenas hay rastro de dominación española, ni se cuidan para nada de autoridades españolas. Si han de hacer una guerra, si han de efectuar una muerte, no se les ocurre siquiera presentarse á nuestras autoridades, que para ellos nada significan dentro del río. Tienen un concepto muy bajo de los españoles, considerándonos cobardes y miedosos, que no somos capaces de castigar sus fechorías, así como á los franceses y alemanes los tienen por valientes. Y es que quizá no hemos abusado del sistema de atracción. Bueno es dicho sistema, y muy propio de la dominadora de dos mundos; pero el extremarlo puede ocasionar, y ha ocasionado, muchos males. El sistema de atracción habría de consistir en ser justos y equitativos con ellos, y no en repartir regalos á troche y moche, aun á los que no lo merecen, que ellos lo atribuyen á cobardía y miedo. Bueno es proceder con toda prudencia en el castigo de los malhechores; pero no hasta el punto de dejar impunes los mayores crímenes. Hay muchísimos jefes del río y fuera del río que cobran del Estado español é ignoran ellos mismos por qué cobran, pues nada hacen de provecho para España. En buena hora que se gratifique á los jefes que se distinguen por su amor á España, que en sus cuestiones saben acudir á nuestras autoridades, ó que de alguna manera trabajan para engrandecer á España, ya proporcionando braceros, ya abriendo caminos y plantaciones, ya de cualquier otra manera; pero la inmensa mayoría de ellos no son en nada útiles á España, y muchos quizá perjudiciales. Tanto Francia como Alemania en sus vecinas colonias retribuyen á jefes indígenas, pero pocos y buenos, y ganan con creces lo que con ellos gastan. Entre nosotros pasa no pocas veces que un comandante de puesto ó un subgobernador llama á un jefe, y éste, si le parece bien, obedece, y si no le parece bien, se queda tan tranquilo en el bosque.

Una palabra sobre braceros: Tuve harta ocasión de ver hombres robustísimos y bastante numerosos, cuyo trabajo haría prosperar las fincas de Fernando Póo. Pues ¿cómo es que, andando tan escasos de braceros, no los aprovechamos? La mayor parte de ellos, cuando se les propone esta idea, se ríen sarcásticamente, y señalando algún miserable del pueblo, dicen: «Que vaya éste.» Y es que el sueño dorado del pamue es la adquisición de muchas mujeres, teniendo las cuales puede vivir sin trabajar y sin tener que hacer otra cosa que dormir, estirarse, rascar la panza y dar un paseo con la escopeta al hombro. Ahora bien; como estando en el río tienen más facilidad de comprar mujeres, pues con dos ó tres días de buscar goma sacan lo que ganarían en Fernando Póo en varios meses, ¿quién les hace salir del bosque? Más que más, que no se sacia su apetito de tener más mujeres: conozco jefe bien retribuido

por España que posee ya más de veinte, sin que por eso diga basta. Y una vez tienen algunas de éstas, que tanto trabajo les ahorran, ¿quién los separa de su compañía? Tengo para mí que esta afición desmesurada, aparte de llevar otros muchos inconvenientes, es un grave perjuicio para nuestra agricultura, y, por lo mismo, aunque el sistema de atracción no nos permita oponernos directamente á esta poligamia, sí que la podríamos perseguir indirectamente. Un medio para ello podría ser el imponerles contribución por todas, menos la principal, no ya directamente, sino de una manera indirecta. Como, según hemos dicho atrás, para cada una de sus mujeres hace el hombre una choza aparte, ó, por lo menos, habitación separada con tabique, que paguen un tanto por casa cada trimestre ó cada año. Así, al propio tiempo que se estorba algo ese indigno tráfico, habrá un ingreso para el Tesoro nacional y mayor probabilidad de obtener braceros. En esto de braceros, claro que podrían ayudar mucho los jefes siendo fieles y sumidos y apoyados por nuestras autoridades.

Y para no molestar más á los amables lectores, pongo punto final á mis impresiones de viaje, por más que todavía podría hablar mucho.

Marcos Ajuria, C. M. F.

Estos interesantes artículos han sido publicados en la importante revista titulada *Guinea Española*, que con tanto acierto como patriotismo vienen sosteniendo desde hace largo tiempo los padres misioneros del Sagrado Corazón de María.

Cumpliendo los sagrados deberes de su ministerio, realizan excursiones por el interior del territorio, llevando el nombre de España á regiones completamente inexploradas y desconocidas de los funcionarios de aquella colonia, y estudiando en ellas con el interés de todo buen patriota el estado de aquellos pueblos salvajes.

Sólo por ellos puede saberse si nuestras autoridades gozan en el interior del país del prestigio y respeto necesarios para gobernar, y los resultados de la política que venimos desarrollando.

La respetabilidad de los firmantes de los anteriores trabajos, su nunca desmentido cariño á la madre patria y la seriedad que preside siempre en todas sus obras dan un gran valor á las observaciones del P. Marcos Ajuria, en las cuales se revela el dolor de un buen español al ver preterido todo cuanto dimana de su nación por los habitantes de un territorio que se llama de España, y el sentimiento de que, por ignorancia ó falta de asiento, vaya de día en día perdiéndose el prestigio y respeto de los representantes de la autoridad española.

Nadie que conozca la brillante historia civil y militar del actual gobernador general de aquellos territorios puede suponer ni remotamente que en él radican los males que afligen á nuestra colonia. En otra época pudo culparse al gobernador general de errores que él no podía remediar; pero eso no es posible hoy con el que tan dignamente ocupa aquel cargo: su integridad, la rectitud de su carácter, el espíritu de justicia que como norma de su conducta impera siempre en todos los actos de su vida, su inteligencia y gran cultura son garantía más que suficientes para poder asegurar que no ha regido aquella colonia hombre de mejores condiciones, y que, al designarle para tan importante cargo los Sres. Maura y Allendesalazar, quisieron poner remedio radical á todos los horrores que por entonces se denunciaban en la prensa de gran circulación.

¿Cuál es, pues, el origen de los males observados y tan patrióticamente denunciados por los padres misioneros? ¿Se encuentra en aquellos territorios, ó dimana de la dirección que desde el Ministerio de Estado se imprime á los asuntos de aquella colonia?

Preguntas son éstas que seguramente contestarán sin vacilación alguna todos los que

conozcan, aunque sólo sea superficialmente, la organización y funcionamiento de la Sección Colonial y la forma en que desenvuelve sus planes desde que tomó á su cargo la dirección de los restos de nuestro antiguo poderío colonial.

Nosotros no queremos contestarlas hoy; reservamos nuestro juicio para más adelante, razonándole y documentándole en la forma que exigen los sagrados intereses de los que fueron á aquellos territorios exponiendo sus capitales y su salud, pero confiando en el amparo y protección de su Patria.

Hasta tanto, esperamos que el ministro de Estado fije su atención en tan importantes cuestiones, y procure remediarlas, no variando de sitio á las figuras del tablero, sino acometiendo enérgicamente las enfermedades que destruyen la raíz del árbol que aún podría ser frondoso y productivo.



NECESIDAD DE ESTABLECER UN IMPUESTO

EN NUESTRAS POSESIONES DE GUINEA

En todos los países del mundo sus habitantes están obligados á contribuir á las cargas públicas. La forma de esta contribución varía, naturalmente, según el estado social de sus habitantes. Pero esta ley, por excepción, deja de aplicarse en nuestros dominios *nominales* de Fernando Póo y del Muni, porque nuestra administración colonial no comprende que el principio de *remuneración*, adaptado á ciertas formas del impuesto, puede ser útil y fecundo, y en mano de un gobernador inteligente penetrado de su misión educadora hacerse un medio poderoso de encaminar al negro á un trabajo ordenado, comenzando así la obra de su levantamiento moral y material.

La experiencia ha comprobado que en África el negro no se muestra inclinado al trabajo. Las necesidades que siente son pocas; encuentra facilidad de satisfacer las ordinarias de la vida con la munificencia de la naturaleza del país: de aquí que mire con desprecio el trabajo; y esta tendencia, tan natural en todo ser humano, de declinar todo esfuerzo, por pequeño que sea, hace mantener en el negro ese estado de ociosidad y de inercia. Para sacarlos de él se necesita una sabia combinación de dos potencias, generatrices de todo movimiento: la impulsión y la atracción. Y es á estos factores á los que es necesario recurrir si se quiere obtener de los indígenas un cierto concurso para subvenir á las cargas públicas que imponen á los Estados las funciones de seguridad, de orden y de administración, á las cuales aquéllos deben hacer frente. Por otra parte, el deber de iniciar progresivamente á los indígenas en esa ley superior y universal del trabajo, que se impone á todo mortal, son otros tantos títulos sobre los cuales puede apoyarse el Poder público para justificar la imposición á los negros de ciertos trabajos y de ciertos impuestos.

Hay quien supone que toda prestación personal obligatoriamente exigida es opresiva y violenta al indígena. Y éstos olvidan que el empleo de la vio-

lencia en nuestra misma sociedad está considerado, no solamente como un medio auxiliar de educación, á menudo necesario, sino como sistema de asegurar la realización de numerosas obligaciones impuesto por las autoridades públicas.

En cuanto al tributo de los indígenas, Inglaterra, maestra en el arte de colonizar, nos da sus enseñanzas, y como ejemplo véase un trozo de la carta que un gobernador de las islas Fidji dirigió al ministro de las Colonias inglesas: «Existen comarcas donde los indígenas usan pocos artículos sobre los cuales se puedan imponer gravámenes; no consumen bebidas alcohólicas, no toman pólizas, ni tienen necesidad de sellos de correos. Y, sin embargo, cuando los indígenas forman las noventa y nueve centésimas partes de una colonia, y cuando ocasionan la mayor parte de los gastos para el sostenimiento de la policía, la administración y la justicia, es justo que contribuyan á subvenir á estos desembolsos, destinados á garantizar su protección.» Llegaba dicho gobernador á la conclusión de que, en tal medio, era necesario «establecer un impuesto sobre las aldeas (*house tax*) ó el distrito más bien que sobre los individuos, y que un tributo de esa naturaleza (*tax of produce*) sería fácilmente compensado con mejoras generales y una gran ventaja para estimular al indígena...»

Este sistema de impuesto lo tienen establecido Alemania, Francia, Inglaterra y Bélgica en sus inmensos dominios africanos.

Pero ese numeroso y bien pagado personal que forma la Sección Colonial del Ministerio de Estado, que es la que dirige y administra nuestros apartados territorios de Guinea, no se ha ocupado hasta el presente de cuestión que tanto habría de contribuir á obtener una remuneración de aquellas hasta hoy improductivas tierras, habitadas por tribus indolentes que agotan sus energías en luchas intestinas ó sucumben ante los destructores efectos del alcoholismo, sin que el Estado tenga la menor intervención, ya que por su misión civilizadora y educadora se obliga á ello.

Gregorio Granados.



Con este número comenzamos la publicación de la *Historia crítica de la guerra de Africa* escrita por A. Joly, de la Misión científica de Marruecos, y traducida por el joven arabista A. Huici.

El estudio de la guerra actual y la celebración del cincuentenario de la campaña de Tetuán le dan palpitante actualidad, al mismo tiempo que la insuperable maestría y talento crítico con que su autor ha agotado el asunto la hace insustituible para todo el que quiera, guiado por las lecciones de la experiencia, penetrar en la esencia del problema norteafricano. Queremos publicar la obra entera durante estos cinco meses que dure el cincuentenario de la guerra, á fin de que en marzo, al celebrar el recuerdo de la paz firmada bajo los muros de Tetuán por O'Donnell y Muley-el-Abbas, podamos editar en volumen aparte el magistral estudio de M. Joly.

HISTORIA CRÍTICA

DE LA

GUERRA DE ÁFRICA EN 1859-60

Escrita en francés por A. Joly, de la Misión científica de Marruecos,
y traducida al español por A. Huici

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

La bibliografía española de la guerra de Africa, aunque no escasa, es de carácter puramente literario: la sensación del momento impidió á nuestros cronistas apreciar en su justo valor los hechos, y el estilo un tanto épico con que daban á España cuenta diaria de la guerra hizo que los juicios críticos y las consideraciones técnicas se enmarañasen entre la vegetación retórica, nacida al calor de la victoria.

En los cincuenta años transcurridos después de la guerra nadie ha tenido vagar para estudiarla seriamente, aunque el profundo conocimiento de nuestras campañas allende el Estrecho y su comparación con las diversas fases de la conquista argelina habían de ser el camino obligado por donde llegásemos á la adopción racional de un sistema colonizador basado en los principios consagrados por la experiencia.

El trabajo que á nosotros nos incumbía lo ha acometido M. A. Joly, miembro de la Misión científica de Marruecos y profesor de árabe en Constantina, en su magistral monografía sobre Tetuán, de la que traducimos la parte concerniente á la guerra de 1859 60.

Las investigaciones geográficas y geológicas de M. Joly en la región tetuaní y su condición de arabista consumado le han permitido utilizar por vez primera las fuentes marroquíes orales y escritas acerca de la guerra. Los trabajos de nuestro Estado Mayor Central y las Memorias de los agregados militares extranjeros que acompañaron á O'Donnell han puesto en sus manos copiosos datos para juzgar técnicamente el plan de operaciones. Finalmente, su suave benevolencia, intermedia entre el entusiasmo con que la opinión francesa nos secundó entonces y la suspicacia con que nos mira ahora, le ha concedido el don, raro entre sus compatriotas, de ser imparcial, y descubrir nuestras faltas é imprevisiones, sin herir el sentimiento patrio ni escatimar elogios á nuestros aciertos y al valor de nuestros soldados.

FUENTES HISTÓRICAS

Las principales obras que para historiar la guerra hemos consultado han sido:

El trabajo de Schlagintweit *Der Spanisch-marrokkkanische Krieg in den Jahren 1859 und 1860*. Leipzig, 1863. Excelente desde todos puntos de vista.

Pedro A. de Alarcón: *Diario de un testigo de la guerra de Africa*; que, si bien es de menos precisión científica, ofrece mil pormenores interesantes.

Iriarte: *Sous la tente; récits de guerre et de voyage*. París, Morizot. Curioso porque revela el aspecto íntimo de las cosas: de la vida del soldado, por ejemplo.

Germond de Lavigne: *Les espagnols au Maroc*. París, Charles Bayle, 1889. Importante por sus observaciones acerca de la opinión pública española. Por lo demás, apasionado, hiperbólico y parcial; pero en favor de España.

El *Istigsa*, de Es-Selani. Crónica llena de fantasías y muy parcial á veces en favor de Marruecos.

El capitán Mordacq: *La guerre au Maroc*. París, Lavauzelle, hacia 1904. Interesante en cuanto á la crítica de las operaciones; pero demasiado teórico.

De otros trabajos que tratan de la misma materia citaremos los artículos del *Gibraltar Chronicle* de la época; los del *Times*, enviados á este periódico por su corresponsal en el teatro de la guerra, Hardmann; los de *La Iberia*, *El Constitucional*, *La Patrie* y *L'Independance Belge*, que tenía también corresponsales en el ejército.

La obra de Bannermann, de la cual no hemos podido procurarnos ningún ejemplar.

Las cartas é informes oficiales del cónsul de Alemania Wortmann y los del cónsul inglés Drumond Hay, generalmente bien enterados uno y otro.

El *Atlas de la guerra de Africa*; obra oficial, publicada después de la guerra por el Gobierno español.

Además de estas fuentes principales puede consultarse:

Baudoz y Osiris: *Histoire de la guerre de l'Espagne avec le Maroc*. París, Lebigre-Duquesne, 1860.

Cauchard: *Espagne et Maroc*.

Núñez de Arce: *Recuerdos de la campaña de Africa*.

Por fin, los artículos de revistas militares españolas, del *Journal des Sciences Militaires* y de periódicos ilustrados, como *El Mundo Militar*, *L'Illustration*, etc.

Los del primero son exactos, según Lavigne. No tenemos apreciaciones de testigos oculares acerca de los demás.

Los primeros partes oficiales dados á conocer al público durante la guerra contienen quizás algunos errores. He aquí lo que dice G. de Lavigne á este propósito (pág. 40):

«Los primeros partes oficiales no fueron exactos en el número de bajas, y al rectificarlos después, para justificar la importancia de las pérdidas, se ha

aumentado la cifra de enemigos. Parece probado que las bandas marroquíes que trataron de apoderarse del Serrallo el 25 de noviembre eran muy superiores al total de 4.000 hombres dado por el general Echagüe en su parte, y que las pérdidas del primer cuerpo fueron mayores de las que hemos consignado.*

CAPÍTULO PRIMERO

CAUSAS DE LA GUERRA

1. Verdaderas causas de la guerra. — 2. Causas ocasionales. — 3. Período de negociaciones diplomáticas. — 4. La opinión pública en España y en Marruecos. — 5. Fracaso de las negociaciones.

1.—Verdaderas causas de la guerra.

La guerra de Africa estalló bruscamente poco después de entrar el siglo XIX en su segunda mitad; nadie hubiera podido prever algunos meses antes que las relaciones de S. M. católica con la Corte musulmana de Fez, tirantes, sin duda, en el fondo, pero cordiales en apariencia, iban á empeorar hasta el punto de motivar un *casus belli*.

Los hechos que lo provocaron fueron en un principio de escasa importancia, y es muy probable que un poco de buena voluntad por ambas partes hubiera podido conjurar la tormenta sin menoscabo del honor de nadie; pero sería un error ver en los sucesos desarrollados en el verano de 1859 en el campo fronterizo de Ceuta la verdadera causa, y no el motivo ocasional de la guerra. El pleito databa de más larga fecha, y á pesar de la corrección exterior de las relaciones diplomáticas de las dos Cancillerías, la enemistad entre sus súbditos era manifiesta, y la hostilidad se incubaba lentamente.

La causa verdadera de la guerra fueron las prevenciones, la animosidad, el odio que dividía á cristianos y musulmanes de los dos Estados vecinos.

El marroquí detestaba al extranjero, sobre todo al europeo, y más aún al español, considerado como elemento integrante de una nación (1).

Muchos escritores ven en este odio los efectos de un rencor hereditario contra los conquistadores de los reinos árabes del Andalus, odio que ha pasado de padres á hijos hasta los marroquíes actuales desde la época en que sus antepasados sufrieron la expoliación de sus bienes y se vieron desterrados *manu militari* del país en que habían vivido durante siglos.

Pero tal explicación nos parece un tanto pueril, ya que solamente una mi-

(1) Esta sentimiento se ha modificado tanto, que no se puede juzgar del pasado por el presente. En 1860 los marroquíes no se habían aún acostumbrado, ni siquiera en Tánger, al contacto con los europeos. Schlagintweit cuenta (op. cit., pág. 55, nota) que por aquellos días un energúmeno, encontrándose en la playa con el cónsul inglés Drarnond Hay, que acompañaba á su hermana, le disparó un tiro de escopeta casi á boca de jarro. No hizo blanco, es verdad; pero también lo es que el cónsul no pudo conseguir que se castigase al culpable, cuya acción fué considerada por la plebe como meritoria. No se puede negar que la guerra hispanomarroquí sirvió para abrir los ojos, aunque fuese de un modo un poco brutal, á los marroquíes.



nima parte de la población marroquí descende de los moros andaluces; además, en la masa del pueblo son muy pocos los que saben, si no es de un modo muy vago y sin darle ninguna importancia, que hubo en otro tiempo reinos musulmanes prósperos y florecientes en el sur de España, y para los mismos que lo saben no tiene más transcendencia que una de tantas leyendas con que se mecía su niñez; es decir, que los recuerdos de la raza mora andaluza, si no se han extinguido por completo, subsisten solamente con esa indecisión flotante que les quita toda influencia sobre los corazones.

No ignoramos que esta opinión es contraria á la de muchos escritores; pero se funda en una convicción profunda, nacida del examen imparcial de los hechos.

«Las llaves de los cármenes de Granada y de Córdoba, transmitidas de padres á hijos», «los suspiros que arranca de sus pechos el pensamiento de Granada» no son más que leyendas (1) recogidas con amor por los viajeros de boca de los letrados árabes, de esos cuentistas tan diestros en el manejo de la ficción y de la hipérbole. La mayor parte de los pretendidos descendientes de los «moros de Granada» que pueblan las ciudades de Marruecos son de origen rifeño ó yebala; y si Tetuán y quizá Fez son la excepción de esta regla y cuentan con un número bastante de hijos de musulmanes andaluces, hay otras ciudades del Africa del Norte, por ejemplo, Túnez ó Argel, que pueden con ventaja competir con ellas desde este punto de vista.

Pero dejemos esta cuestión litigiosa, que nos llevaría muy lejos de nuestro asunto, y apelemos á los hechos, que por sí solos lo harán evidente á los ojos de todo el que de buena fe y con sentido crítico, más que con curiosidad de turista, haya palpado la realidad. Lo cierto es que, hijos de andaluces ó de rifeños, descendientes de los árabes que hicieron brillar la civilización hispanomusulmana bajo el hermoso cielo de Andalucía, ó de los cabreros que viven en las abruptas serranías del Rif, los marroquíes del Norte han luchado siempre contra los españoles, que son, por su posición geográfica, las avanzadas de Europa y de la cristiandad, como ellos lo eran del islam en sus tiempos de invasiones y conquistas. Esta sola razón histórica basta para explicar cumplidamente la persistencia del odio que separaba entonces á los dos pueblos, tan contrarios en religión, aunque tan afines bajo otros aspectos.

Por su parte, la opinión española era poco favorable al Estado musulmán fronterero á la Península. Si los marroquíes se consideraban todavía como los herederos de los *Muyahdin*—defensores de la fe—, que habían sostenido tan recias batallas contra los cristianos, los españoles, á su vez, no habían olvi-

(1) Budget-Meakin declara que en sus investigaciones no ha llegado ni siquiera á oír afirmar que tales reliquias existan, y nosotros creemos lo mismo. Sin embargo, el mismo autor agrega que «la familia de El-Jatib conservó la llave y los títulos de propiedad de su casa de Granada y el sable de Boabdil hasta 1860, en que vinieron á manos de los españoles». Admitamos que algunos pergaminos, algún acta de posesión haya podido conservarse; en cuanto al sable de Boabdil, nuestro escepticismo no puede ser mayor.

Hace ya mucho tiempo que las familias andaluzas se han fundido con las del país; conservan, sí, sus nombres; pero su árbol genealógico es más berebere que árabe, y están muy lejos de *pedir á Dios todos los viernes que los reinstale un día en el paraíso perdido de Gernata*. (Budget-Meakin: *The Land of the Moors*, páginas 142-148. Hugh F. M. Stutfield: *El Moghreb 1200 miles sudeste through Morocco*, pág. 29.)

dado las empresas de Isabel la Católica, ni los consejos que desde su lecho de muerte daba á su sucesor (1).

Todos miraban á Marruecos como una tierra prometida (2) que, en un plazo más ó menos cercano, había de entrar en los dominios de España.

El fanatismo religioso, casi igual por ambas partes, en las clases bajas hacía aún más infranqueable la valla que separaba á los dos pueblos (3). Por si esto no bastase, la lucha entre españoles y marroquíes puede decirse que nunca había cesado por completo, pues cuando no se exteriorizaba en combates sangrientos y expediciones guerreras, continuaba á la sordina, ya que los presidios españoles se levantaban frente á las tribus marroquíes, á las que habían sido arrebatados, como otros tantos centinelas vigilantes encargados de perpetuar entre ellas el sentimiento de un estado de paz armada que de la noche á la mañana podía convertirse en guerra efectiva.

2.—Causas ocasionales de la guerra.

Precisamente en los alrededores de una de estas posesiones españolas tuvieron lugar los hechos que fueron ocasión, ya que no causa, de la guerra.

En el siglo XVIII y principios del XIX se habían firmado varios Tratados entre el Gobierno español y el Sultán de Fez para zanjar las diferencias relativas á los presidios; pero no se había llegado á resolver definitivamente las di-

(1) «Si los había olvidado, los periódicos se encargaban de recordárselos. Se miraba como una obligación tradicional é histórica la guerra al moro.» (G. de Lavigne, pág. 87.) El mismo autor habla casi en cada página de los recuerdos históricos evocados por los periódicos. Uno de ellos reprodujo las cláusulas del testamento de Isabel la Católica referentes al África. Con esto la opinión en España era más ilustrada que en Marruecos, donde tales recuerdos eran patrimonio exclusivo de algunos eruditos, ya que la carencia absoluta de prensa y la falta de cultura hacían imposible su difusión entre el pueblo.

(2) Si se tuviese la menor duda á este propósito, bastaría leer la primera página del *Diario de Alarcón*.

«Nació—dice—al pie de Sierra Nevada, desde cuyas cimas se alcanza á ver la tierra donde la morisma duerme su muerte histórica; hijo de una ciudad que conserva clarísimos vestigios de la dominación musulmana, como que fué una de sus últimas trincheras en el siglo XV y agitó después grandemente en la rebelión de los moriscos; amantado con las tradiciones y crónicas de aquella raza que, como las aguas del diluvio, anegó á España y la abandonó luego, pero dejando en montes y llanuras señales indelebles del cataclismo; habiendo pasado mi niñez en las ruinas de alcázares, mesquitas y alcazabas, y acariciado los sueños de la adolescencia al son de los cantos de los moros, á la luz de su poesía, quizá bajo los mismos techos que cobijaron sus últimos placeres, natural era que desde mis primeros años me sintiese solicitado por la proximidad de África y anhelase cruzar el Mediterráneo para tocar, digámoslo así, en aquel misterioso continente la viva realidad de lo pasado.

«Más tarde, cuando los movimientos de mi corazón y los delirios de mi fantasía se convirtieron en ideas; cuando mi amor á la extraordinaria y maravillosa se trocó en sentimiento de la Patria, tomando ser de su ser y cifrándose en un ardiente afán de su prosperidad y de su gloria; cuando, más español y cristiano que poeta y amante de los moros, mis propensiones individuales principiaron á convertirse en aspiraciones colectivas y á dilatarse por el horizonte político, ya no fué mero deseo de cumplir una peregrinación poética lo que me llevó á andar de nuevo con la cercana Morería: fué el convencimiento de que en África estaba el camino de aquella verdadera grandeza nacional que perdimos por resultas del descubrimiento de América y del casamiento de la hija de los Reyes Católicos con un príncipe de la Casa de Austria; fué el pensar que todos los tesoros que nos llegaron de las Indias y todos los triunfos alcanzados en Italia, en Flandes y en Alemania por Carlos V y Felipe II, de nada sirvieron para impedir que España decayese de una manera espantosa el día que á la expulsión de los judíos siguió la de los moriscos y se olvidaron las empresas iniciadas con la toma de Orán; fué el ver tan claro como la luz del mediodía que la política exterior de la nación española debía propender á una constante expansión material ó moral, guerrera ó política, comercial ó religiosa, civilizadora, en una palabra, hacia aquel continente que se percibe desde nuestras costas, y en el que ya teníamos asentada la planta; fué, por último, el temor de que, en otro caso, Francia ó Inglaterra, ó las dos juntas, nos arrebatasen esa misión providencial, dejándonos bloqueados entre los mares y el Pirineo y privados de todo horizonte en que desenvolver la actividad de nuestro pueblo, que no siempre ha de estar condenado á destruirse en guerras civiles.»

(3) «El pueblo hablaba del vil marroquí rechazado por la mano de Dios al otro lado del Estrecho. Marruecos era

floultades siempre renacientes, y en el verano de 1859 renováronse las negociaciones, que habían de terminar con la Convención de 24 de agosto del mismo año. Aunque motivadas las gestiones diplomáticas por los ataques de los rifeños contra los presidios, no tuvieron por objetivo, al menos en un principio, la importante plaza de Ceuta (1). Y la razón no está, como indica Rouard de Card, en la creencia de que los yebalas y los anyeras fuesen menos salvajes que los rifeños, y, por tanto, no fuese necesario adoptar con esta plaza las medidas de protección estipuladas para los otros presidios (2); pues, como veremos luego, las agresiones de los anyeras eran tan graves, por lo menos, como las de los rifeños.

La explicación más plausible de esta preterición pudiera ser el que los españoles se creyesen con atribuciones más definidas por este lado para adoptar por su cuenta y riesgo las medidas reclamadas por la seguridad de la plaza, ó bien que aguardasen una oportunidad más propicia para arreglar los asuntos centíes, si no es que temían, pidiendo demasiado de una vez, indisponerse con el Foreign-Office, siempre celoso de que una potencia europea se estableciese sólidamente al otro lado del Estrecho.

La situación de Ceuta frente á las tribus vecinas era, por tanto, la reglamentada de un modo insuficiente por la Convención de Larache de 6 de mayo de 1845 (3). En este Tratado no se había hecho más que estipular el restablecimiento de mojones en los límites del campo fronterizo, conforme á los acuerdos anteriores de 1782 y 1829, pues la línea de demarcación había sido violada y las señales arrancadas por los anyeras en las revueltas de 1837. Además, el Sultán se hacía responsable de todos los desmanes de sus súbditos, responsabilidad eminentemente ilusoria, pues que su poder ha sido siempre nominal en toda aquella región.

En Ceuta, como en los demás presidios, las relaciones eran muy tirantes entre musulmanes y cristianos al entablarse las negociaciones de 1859, y todavía no se habían éstas terminado, contra lo que afirma Rouard de Card, cuando tuvieron lugar las agresiones que motivaron la guerra; pues los ataques á Santa Clara datan de la noche del 10 al 11 de agosto, mientras que la conclusión de las negociaciones es de 24 de agosto del mismo año.

una nación bárbara, abyección del género humano.» (G. de Lavigne: op. cit., pág. 15.) Y en otra parte: «El pueblo acostumbra en sus fiestas á burlarse del moro y á hacer pedazos un muñeco tradicional ceñido con un turbante.» (G. de Lavigne: pág. 184.)

(1) «Ceuta era entonces el presidio que más importancia tenía á los ojos de los españoles, y con razón. Su valor estratégico es muy grande para que no haya sido cedida por los ingleses. En 1811 metieron en ella una guarnición, no pretexto de defenderla contra los franceses ó los marroquíes, y fueron precisas las reclamaciones reiteradas de Fernando VII para que cesara la ocupación.» (G. de Lavigne, pág. 15.) «Inglaterra, en efecto, hubiera deseado conservar la plaza. Richard Ford decía: «Ceuta debía pertenecer, como en otros tiempos, á los poseedores de Gibraltar.» (G. de Lavigne, pág. 20.) «Pero los españoles, que lo sabían, no quisieron recibir á los 500 hombres enviados por sir Colin Campbell, gobernador de Gibraltar. Ante la negativa del comandante español, Fraser, su jefe, pronunció la célebre frase *Ceuta must be preserved*, y entró casi por fuerza en la plaza. La importancia manifiesta de Ceuta para España hizo nacer teorías que legitimasen su posesión. Había quien partía del principio que Ceuta perteneció á los godos para fundamentar los derechos históricos de España sobre la ciudad. El hecho es que fué ganada á los marroquíes por los portugueses, y que á éstos sucedieron los españoles en su posesión.» (Cf. G. de Lavigne, pág. 17.)

(2) Rouard de Card: *Les relations de l'Espagne et du Maroc*, pág. 68.

(3) *Ibidem*, pág. 50.

Sobre la tensión en que los ánimos se hallaban tenemos el testimonio explícito de Alarcón. «Así las hordas rifeñas, como las tribus de Anyera y de Benzi—dice este autor—, violaban todos los días la ley de los Tratados: insultaban la bandera española, disparaban sus espingardas y sus cañones contra los muros de nuestras plazas, y rara vez transcurría un año sin que una cabeza de cristiano fuese llevada como el más estimable presente á las gradas del trono de Abderramán. Nosotros reclamábamos; éste se excusaba; los moros fronterizos hacían falsas promesas; repetíase la agresión de orden del mismo Sultán; volvíamos á quejarnos diplomáticamente; reíanse alcaides y gobernadores de nuestras quejas; fingían castigar á los agresores, y dábanles premios secretamente.

«—No salen porque no pueden—decían los moros—. Los españoles son cobardes como gallinas. Sus centinelas se esconden cuando nos acercamos á las murallas, y huyen despavoridos cuando les hacemos fuego. Los españoles tienen guerra en su casa sobre si ha de mandarlos una mujer ó un hombre; carecen de barcos y de caballería, y son muy pocos, muy débiles y muy pequeños, mientras que los moros son muchos, muy fuertes y muy grandes... La hora se aproxima en que los echamos de nuestra tierra para siempre. Después nos meteremos en naves inglesas é iremos á desembarcar en el reino de Granada, que ha sido nuestro, y conquistaremos otra vez la Alhambra, y tomaremos á Córdoba, Sevilla y Toledo, donde duermen nuestros padres, y acabaremos con Isabel II y con los españoles, como acabamos en otro tiempo con D. Sebastián y con los portugueses» (1).

Concedámosle su parte á la exageración, muy posible en un autor conocido por su mérito literario, y demos por cierto que adornase su discurso con algunas flores retóricas y con recuerdos históricos que, probablemente, estaban más en su pensamiento que en el de los marroquíes; aun así, no se puede rechazar en conjunto su deposición y negarle todo crédito. Mas la equidad nos obliga á decir que también los marroquíes echaban en cara á los españoles actos de brutalidad del mismo género, aunque menos graves. Más tarde los veremos expuestos con gran copia de pormenores en una carta de El-Jatib, ministro de Estado del Sultán, especie de circular que redactó á raíz de la declaración de guerra para echar sobre España toda su responsabilidad; y aunque este testimonio tenga menos valor que el precedente, precisa, sin embargo, tomar nota de él. De estos datos dedúcese claramente que la animosidad reinante entre ambos pueblos había de provocar en plazo más ó menos cercano una súbita explosión; y si tal estado de cosas no justifica los desafueros que de una y otra parte pudieron cometerse, hace, al menos, ver que los españoles, estrechados en sus posesiones, sin libertad para moverse, tenían que sufrir molestias mucho mayores que los marroquíes.

La necesidad de levantar en los alrededores de Ceuta nuevas fortificaciones que impusiesen respeto á los montañeses era evidente, y como la conclusión de las negociaciones entabladas podía, según observa Schlagintweit (2),

(1) Alarcón: op. cit., II, páginas 103 y 106.

(2) Op. cit., pág. 166.

hacerse esperar largo tiempo, dados los procedimientos dilatorios característicos de la diplomacia marroquí, los españoles, sin aguardar el resultado de las gestiones oficiales, emprendieron la construcción de un nuevo *blokhau*, ó, mejor dicho, de una especie de cuerpo de guardia fortificado que llamaron Santa Clara, dentro de los límites del campo fronterizo, en el sitio conocido por Ceuta la vieja (1).

Los españoles se creían con derecho á emprender estas obras; pero su ejecución exasperó á los *anyeras* y fué la chispa que causó el incendio. «Hasta entonces—dice Es-Selani en el *Istigsa* (2)—musulmanes y cristianos guardaban respetuosamente la frontera que los separaba—nueva prueba de la tirantez existente—, sin levantar construcciones permanentes. Los españoles armaban barracas de madera, y los *anyeras*, chozas de caña y paja.»

Irritados los montañeses con este acto de la guarnición de Ceuta, que miraban como una amenaza contra ellos, se dirigieron á los soldados y trabajadores, echándoles en cara lo que ellos llamaban una infracción de los Tratados y conminándolos á demoler sin pérdida de tiempo lo edificado. Pero como sus reclamaciones no surgiesen efecto, se decidieron á pasar á vías de hecho sin más tardanza, y en la noche del 10 al 11 de agosto de 1859 demolieron las obras iniciadas, rompieron el escudo de España y lo mancillaron torpemente; para completar su fechoría, arrancaron los poyos que marcaban los límites del campo de Ceuta (3).

El gobernador de la ciudad, general D. Ramón Gómez, se dirigió al punto al caid de Anyera para informarle de lo sucedido y pedirle el castigo de los culpables; pero el caid se limitó á responderle, en términos evasivos, que los atentados de que se quejaba eran cosa de los *anyeras*, y que no podía ignorar que el Gobierno de Fez no tenía sobre ellos ninguna autoridad.

Tan vaga respuesta era insuficiente á todas luces; y como, entretanto, las agresiones contra los obreros que habían vuelto á trabajar á Santa Clara se repitieran, y varios de ellos quedasen tendidos en el campo, el gobernador puso el asunto en manos del representante de España en Tánger, el cónsul general Blanco del Valle, quien entabló una reclamación ante el representante del Sultán en esta ciudad, el encargado de relaciones extranjeras, El-Hach-Abdalla-el-Jatib (4).

3.—Negociaciones diplomáticas (septiembre-octubre de 1859).

Los representantes de los dos Estados sostuvieron con este motivo una larga correspondencia diplomática: Schlagintweit la juzga de gran importancia, tanto por su relación íntima con la guerra, como por la idea clara que nos da

(1) Schlagintweit: op. cit.

(2) *Istigsa*, IV, pág. 213.

(3) Schlagintweit: op. cit., pág. 166. J. Nécker: *España y Marruecos; sus relaciones diplomáticas durante el siglo XIX*, páginas 49-50. *Istigsa*, IV, 213.

(4) Schlagintweit, páginas 165-166, etc.

de la duplicidad—son sus palabras—con que procede la Corte de Fez en su conducta *vis á vis* con las potencias europeas.

Reproducir estas cartas *in extenso*, como lo hace Schlagintweit en su obra, sería un poco largo; sin embargo, no podemos dispensarnos de analizarlas para la cabal inteligencia de las causas iniciales de la guerra. Para que el cuadro resulte más completo, daremos después una idea más detallada de las negociaciones seguidas entre los Gobiernos de Madrid y Fez á propósito de Tetuán, para que así sea más concisa la relación de los hechos, desembarazada de consideraciones accesorias; por el momento, bástenos indicar á grandes rasgos el curso de las negociaciones entabladas: que después apreciará mejor el lector su importancia cuando conozca el cuadro general de los acontecimientos desarrollados alrededor de los presidios, y las consecuencias que tuvieron.

Mientras la escasa guarnición de Ceuta rechazaba los ataques de los anje-ras, renovados durante varios días consecutivos (1), el Gobierno de Madrid pedía reparación inmediata de la ofensa hecha al escudo español, reforzaba la guarnición de Ceuta, y reunía en Algeciras las fuerzas navales necesarias para estar preparado á todo evento. La satisfacción exigida por el cónsul general de España estaba redactada con arreglo á las siguientes bases:

«1.ª Que las armas españolas sean repuestas y saludadas por las tropas del Sultán en el mismo sitio donde fueron echadas por tierra.

«2.ª Que los principales agresores sean conducidos al campo de Ceuta para que, á presencia de su guarnición y vecindario, sean severamente castigados.

«3.ª La declaración oficial del derecho perfecto que asiste al Gobierno de la Reina para levantar en el campo de dicha plaza las fortificaciones que juzgue necesarias para la seguridad de ella.

«4.ª La adopción de las medidas que os indiqué en nuestra última conferencia, á fin de evitar la repetición de los desmanes que han venido á turbar la paz y buena armonía que entre ambas naciones reinaba.»

La muerte del Sultán reinante, Muley Abderramán, acaecida antes que expirase el plazo de diez días concedido por Blanco del Valle, dió lugar á una prórroga de veinte días más, y luego á otra de diez, con lo cual se llegó al 15 de octubre.

La guarnición de Ceuta repetía en tanto sus salidas para rechazar los ataques de los indígenas, cada vez más agresivos, y en una de ellas los cazadores de Madrid llegaron hasta una mezquita levantada en territorio moro y desalojaron á los montañeses que la ocupaban, mandados por un hermano del bajá de Tetuán (2).

La presencia de tal personaje entre los agresores prueba que si el Gobierno marroquí no incitaba abiertamente á los montañeses contra los españoles, permitía, por lo menos, á funcionarios importantes que los dirigiesen; sin embargo, como las escaramuzas diarias no podían menos de dificultar el curso de las negociaciones; el Majzen adoptó después de este encuentro una acti-

(1) J. Bóker: op. cit., páginas 49-51.

(2) Rouard de Caré: op. cit., pág. 60.

tud más correcta, y las hostilidades cesaron, gracias, en parte, á sus esfuerzos (1).

Las notas diplomáticas se cruzaban indefinidamente, como sucede siempre en Marruecos; pero su tono era cada vez más áspero y conminatorio. España juzgaba ahora las reparaciones prometidas insuficientes: preocupada con las continuas dilaciones del encargado de Negocios de Marruecos, é inquieta por la precaria situación en que los progresos del armamento moderno ponían á Centa frente á los montañeses, creyó que debía acentuar la energía de sus reclamaciones y darles al mismo tiempo más amplitud. Tal demanda no podía menos, si se tiene en cuenta las ideas de la Corte de Fez y los sentimientos de las poblaciones musulmanas del litoral, de provocar una ruptura.

Pero la ruptura era la solución realmente deseada por los dos Gobiernos, á quienes las negociaciones habían irritado por igual. El conflicto tenía inevitablemente que estallar, más pronto ó más tarde, y no había otro camino para salir de la falsa situación creada por los Tratados anteriores, insuficientes á todas luces, y factores, en gran parte, de la aguda crisis á que se había llegado.

4.—El estado de los ánimos en España y Marruecos.

En efecto; aunque El-Jatib protestó repetidas veces, en las circulares dirigidas al Cuerpo diplomático con esta ocasión, de sus esfuerzos por llegar á un arreglo y de las intenciones pacíficas de la Corte de Fez, sus aserciones fueron desmentidas por el poco empeño que los marroquíes pusieron en terminar la querella castigando á los culpables, y por el testimonio expreso de Es-Selani.

Este autor (2) reconoce las tergiversaciones de El-Jatib, al mismo tiempo que nos pinta en términos precisos el carácter más bien belicoso del nuevo Sultán.

Su relato es lo bastante interesante para que merezca ser citado *in extenso*, pues nos revela el papel desempeñado en esta ocasión por el Xerif de Uasán y por el representante de una gran potencia europea, que contribuyeron no poco, según él, á la resistencia marroquí. La responsabilidad de ambos en la declaración de la guerra sería, por consiguiente, muy grave; pero, como veremos después, por lo que toca al segundo la opinión de Es-Selani parece demasiado absoluta, y el embajador de quien se trata, sin ser favorable á la causa española, se hallaba muy lejos de desear la guerra: antes al contrario, hizo cuanto estuvo en su mano para evitarla.

El cónsul general de Inglaterra intervino, sí, en las negociaciones; pero no trabajó en el sentido indicado por el autor.

«Cuando el cónsul general de España—dice Es-Selani—puso sus reivindicaciones en conocimiento de El-Jatib, éste trató de tergiversar. Pero el cón-

(1) Schlagintweit: op. cit., pág. 281.

(2) *Intigaa*, IV, páginas 215-214.

suí no se dió por satisfecho, y exigió la presentación en Tánger de 12 anyeras citados por sus nombres, y su condenación á muerte en castigo de los atentados cometidos. » El caso pareció muy grave á El-Jatib, y lo consultó con el embajador inglés. Este le dijo: «Haz comparecer á los hombres que te son reclamados: si vienen á Tánger, yo te garantizo que, aunque se pruebe el derecho de los españoles, no les sucederá nada malo. » El-Jatib aceptó el consejo y se decidió á ponerlo por obra; pero las gentes del Anyera se enteraron de su proyecto; supieron también que iba á escribir al Sultán á propósito de los 12 hombres pedidos por el cónsul de España, y, acudiendo al Xerif Sidi el Hach Abd Essalam ben el Arbi el Uasani, le informaron de que El-Jatib no daba buenos consejos al Sultán ni á los musulmanes, sino que concedía á los cristianos todo lo que le pedían. «Venimos á ti—le dijeron—para que enteres al Sultán de la situación á que se nos ha reducido; y le aconsejes que nos haga ayudar por las tribus vecinas: con eso nosotros sabremos bastarnos contra los españoles. »

» Por aquellos días murió el Sultán Abderramán, y le sucedió su hijo Mohammed, que recibió en Meknasa el homenaje de todas las tribus marroquíes. El Xerif Sidi el Hach Abdesalam le escribió exponiéndole las reclamaciones de la tribu de Anyera, y el Sultán se aconsejó con uno de sus cortesanos, quien opinó por la guerra, como opinaba toda la Corte, pues se le hacía muy duro entregar doce musulmanes al furor de los enemigos.

» El Hach Mohammed ben el Hach el Taher ez-Zebdi er Rabati fué enviado á Tánger con instrucciones para El-Jatib, recomendándole examinar el asunto y arreglar la situación, no inclinándose á la paz sino cuando hubiese agotado todo otro expediente favorable á los musulmanes. Ez-Zebdi llegó á Tánger, se avistó con El-Jatib, y juntos estudiaron la cuestión; pero Ez-Zebdi, que veía á El-Jatib inclinado á entregar los hombres exigidos por el cónsul español, se le opuso y le enseñó las cartas del Sultán en que le hacía árbitro de la diferencia. El-Jatib con esto dejó de tomar parte en las negociaciones, y Ez-Zebdi acabó por romper con el representante de España, y, declarada la guerra (1), volvióse á la corte. »

Nada tenemos que agregar á un cuadro en que los hechos se agrupan con tanta precisión y claridad. Del otro lado del Estrecho el deseo de llegar á un rompimiento no era menor. Los sucesos de Argelia, donde la dominación francesa se afianzaba después de una serie de triunfos que parecían ya definitivos, y el brillo de las campañas de Crimea y de Italia, habían aguijoneado el pa-

(1) La opinión manifestada en estas líneas da mucho de ser la general. Mordacq escribe en *La guerre au Maroc*, página 18, «que Maley Mohammed se mostró dispuesto á dar toda clase de satisfacciones al Gobierno español, quien, decidido á ir á la guerra, rompió inconsideradamente las hostilidades». Estamos muy lejos de suscribir á juicios tan apasionados. G. de Lavigne, en *Les espagnols au Maroc*, pág. 8, dice, con más sentido crítico, hablando de la agresión de los anyeras contra Ceuta: «Este accidente, que no fué buscado, pero cuyo alcance no se trató de atenuar, fué considerado como un hecho providencial, dada la situación en que entonces se encontraba España. » Pero Schlagentweit es, á nuestro entender, el que más se acerca á la verdad, cuando—pasado—emite la opinión de que, con un Gobierno tan irregular como el de Marruecos, era imposible no llegar á la guerra. Los españoles habrían seguido indefinidamente en una situación precaria; así que, aun prescindiendo de toda consideración sobre la política interior de España, se imponía la necesidad de arreglar los cuantos pendientes. Baudou y Orlis, pág. 151, nos dicen que «Maley Abderramán, enseñado á ser prudente por la mala fortuna de sus armas—Italy—, deseaba vivamente la paz».

triotismo español y despertado en toda la nación el viejo espíritu de aventuras.

En el interior el Gobierno luchaba con grandes dificultades: frente á él se levantaban adversarios tan temibles con Olózaga y Calvo Asensio (1); un partido insignificante todavía, pero que podría crecer y llegar á ser peligroso, daba los primeros pasos—premáturos é insensatos, es verdad—en favor de la República, y lanzábase á intentonas como la de Olivenza, que costó la vida á su autor, Sixto Cámara, el verano de este mismo año 1859. Las relaciones entre los partidos turnantes se habían agriado á consecuencia de un sonado escándalo, cuyo recuerdo quedó con el nombre de *el escándalo de las cargas de piedra*, debido á una malversación de fondos destinados á la compra de 180.000 cargas de piedra para la reparación de las carreteras.

El Ejército, que en cien ocasiones había mostrado una deplorable inclinación á mezclarse en las cuestiones políticas, volvía á abrir la era de los pronunciamientos.

El capitán general O'Donnell, presidente del Consejo de ministros, conocía á fondo esta política de facciones, en la que él había tomado antes parte tan activa; pero si había sido violento, apasionado y aun bastante ambicioso é intransigente antes de llegar al Poder, dió después pruebas de mucho sentido práctico y de conocer perfectamente el temperamento español. No pudo, por tanto, menos de aprovechar, como venida del cielo, esta coyuntura de una guerra exterior, que prometía ser más gloriosa que difícil, y que le permitiría apaciguar las pasiones políticas, reconciliar á los partidos entre sí y consolidar la autoridad del Trono.

Reconozcamos, no obstante, para ser justos, que si el Gobierno español deseó esta guerra cuando la ocasión se le presentó, no se puede, con todo, decir que la hubiese premeditado, ni menos preparado de tiempo atrás.

Como veremos después, la declaración de guerra, caso de sobrevenir solamente unas semanas antes, hubiera exigido una movilización de tropas precipitada y difícil: prueba evidente de que España no se había preparado para la guerra antes del ataque de los marroquíes, y que, si aprovechó la ocasión que se le vino á las manos, no hizo nada para provocarla (2).

5.—Fracaso de las negociaciones.

En los últimos días del mes de octubre el cónsul general Blanco del Valle se retiró á bordo de un buque de guerra español anclado en la rada de Tán-ger; en él recibió el 24 del mismo mes respuesta á la última carta que dirigió

(1) Olózaga, uno de los jefes del partido progresista. Colaboró en la Constitución de 1855, tomó parte en varias intentonas contra el Gobierno, y fué célebre por su elocuencia.

Calvo Asensio, literato y publicista. Fundador de *La Iberia*, el órgano más autorizado del partido progresista, fué diputado en las Cortes Constituyentes, y ocupó hasta su muerte uno de los primeros puestos del partido liberal.

(2) «España acababa de pasar un largo período de pronunciamientos y guerras civiles, que fueron para el Ejército una verdadera escuela de indisciplina. O'Donnell, que poseía toda la confianza de la Reina y que era un verdadero soldado, se persuadió de que el mejor medio para cerrar definitivamente la era de las guerras civiles sería la creación de

á El-Jatib anunciándole que la suerte de las armas decidiría la cuestión. En efecto; ya las Cortes habían declarado la guerra el 22 de octubre, y la comunicación de El-Jatib, además de ser poco precisa, llegaba tarde.

Tetuán iba á ser durante algunos meses el objetivo de la campaña, el punto de Marruecos sobre el cual Europa entera tendría puestos los ojos. La guerra había de desarrollarse desde los muros de Ceuta hasta sus puertas, y decidirse luego en sus alrededores; las tribus de su comarca habían de desempeñar en ella el principal papel: por eso, aun hoy, cuando se oye hablar de la guerra hispanomarroquí de 1859-60, la imaginación vuela espontáneamente hacia Tetuán.

CAPÍTULO II

PRELIMINARES DE LA GUERRA

1. La declaración de guerra.—2. Entusiasmo en España.—3. La proclamación de la guerra santa en Marruecos.—4. La opinión europea y la guerra.—5. Terreno en que se desarrollaron los primeros hechos de armas.—6. Las hostilidades durante las negociaciones diplomáticas.—7. Movilización de las tropas españolas.—8. Preparativos de los marroquíes.—9. Éxodo de europeos y judíos.—10. Formación del ejército expedicionario.

1.—La declaración de guerra.

La guerra fué declarada en el Congreso de diputados el 22 de octubre de 1859. El Gobierno español decretó inmediatamente y notificó á las potencias que el bloqueo de los puertos de Tánger, Tetuán y Larache comenzaría el 28 de octubre (1).

«Apenas el cónsul general Blanco del Valle, representante de España, abandonó á Tánger, Ez-Zebdi dió cuenta de lo ocurrido al Sultán, y la Corte marroquí avisó á las ciudades de la costa que estuviesen prevenidas, é hizo declarar la guerra santa entre las tribus. Luego, deseoso de contribuir á ella más que nadie, púsose el Sultán á distribuir oro, plata, armas, vestidos y caballos entre los que más deseos mostraban de ir á tomar parte en la guerra» (2).

Tales son, en pocas palabras, los hechos que se siguieron á la ruptura de las relaciones diplomáticas entre las dos naciones. En su aparente simplicidad encierran todo un mundo de episodios secundarios, locales, íntimos á veces, que surgieron espontáneamente á impulso del entusiasmo inmenso, delirante, de españoles y marroquíes.

un Gobierno fuerte apoyado en un Ejército nacional. Urgía reformar la vida de guarnición, y nada podía contribuir á ello como una guerra popular en que todos los partidos de la víspera se uniesen, sin otra preocupación que la de sostener el viejo honor español. Y he aquí cómo, á pesar de los sinceros deseos del nuevo Sultán de Marruecos, Sidi-Mohammed, de dar toda clase de satisfacciones á España, el general O'Donnell hizo declarar la guerra, que fué una guerra nacional por excelencia, pues puso de nuevo frente á frente al español y al moro, al estandarte de Isabel la Católica y á la bandera verde del Profeta.» (Mordacq: op. cit., 46-47.)

«Otras razones entraban también en juego que no carecían de valor. Además de los motivos políticos, destruir la piratería, civilizar un país bárbaro, pareció de la parte de una nación noble un acto de grandeza.» (G. de Lavigne: op. cit., pág. 7.)

(1) Rouard de Card: op. cit., pág. 77. Jerónimo Becker: op. cit., pág. 62.

(2) *Itigies*, IV, pág. 214.

2.—Entusiasmo en España.

«Las aclamaciones con que la declaración de guerra fué recibida por los diputados, y luego por toda la nación—dice Schlagintweit (1)—, prueban que el presidente del Consejo de ministros había sabido tocar una fibra sensible. Los partidos se reconciliaron y prestaron su apoyo al Gobierno; la prensa toda no respiró más que patriotismo; una fiebre intensa y súbita se apoderó de todo el país; O'Donnell conseguía un gran triunfo.»

Nada nos dará una idea tan clara de las horas de febril entusiasmo que después de un largo período de abatimiento conoció entonces España, como las siguientes líneas, tomadas de un libro español. En una novela, en que al lado de la ficción se encuentran los recuerdos históricos más exactos expuestos con un arte émulo de la verdad, Pérez Galdós, el gran novelista español, nos ha trazado de este ardor patriótico un cuadro magnífico (2):

«Entrado noviembre, todo Madrid repetía en variedad de formas el juego de guerra de los niños. Los señores mayores, las damas de viso, hombres y mujeres de las clases inferiores procedían y hablaban poco más ó menos como los chiquillos que esgrimen espadas de caña en medio de la calle y se agrandan la estatura con morriones de papel. Guerra clamaban las verduleras; venganza y guerra, los obispos. No había español ni española que no sintiera en su alma el ultraje y en su propio rostro la bofetada que á España dió la kábila de Anyera profanando unas piedras y destruyendo nuestras garitas en el campo de Ceuta. El agravio no era de los que piden reparación de sangre. Fueron los españoles á la guerra porque necesitaban gallear un poquito ante Europa y dar al sentimiento público en el interior un alimento sano y reconstituyente. Demostró el general O'Donnell gran sagacidad política inventando aquel ingenioso saneamiento de la psicología española. Imitador de Napoleón III, buscaba en la gloria militar un medio de integración de la nacionalidad, un dogmatismo patrio que disciplinara las almas y las hiciera más dóciles á la acción política. Con las victorias de Crimea y de Italia fabricó Napoleón patriotismo más ó menos de ley, que hubo de servirle para consolidar su Imperio. Francia nos daba las modas del vestir, las modas del pensar y del sentir artístico; nos hacía los ferrocarriles; nos ponía con mano de nifera ilustrada en los andadores del progreso; de Francia trajimos también una remesa de imperialismo casero y modestito que refrescó nuestro ambiente y limpió nuestra sangre, viciada por las facciones.

«Los partidos de oposición, deslumbrados por el espejismo histórico, cayeron en el artificio. Olózaga y Calvo Asensio cantaron en el Congreso las mismas odas que en sus púlpitos entonaban los obispos... Decía Calvo Asensio que *el dedo de Dios nos marcaba el camino que debíamos seguir para aniquilar al agareno*. Estas y otras elocuentes pamplinas arrebatában al auditorio y encen-

(1) Op. cit., pág. 214.

(2) *Atta Tellausen*, páginas 45-49.

dian más la hoguera patriótica. Un representante de la nobleza, ofreciendo al Trono el concurso de sus iguales, decía, *mutatis mutandis*, lo mismo que la infima plebe en tabernas y mercados. Contra el pobre agareno iba el furor de pobres y ricos, de clero y nobleza, de niños pequeños y de niños grandes. La Reina, al despedir á O'Donnell con frases de sincera emoción, le echaba al cuello medallitas que tenía por milagrosas. Sentía Isabel no ser hombre para coger un fusil y acudir á tan santa guerra; y era verdad lo que decía, pues nadie como ella sintió el intenso amor de las aventuras españolas, mezcla de fe religiosa, de locura caballeresca y de gallarda superstición. El efecto de ecuanimidad y de embriaguez sintética estaba conseguido: gran triunfo del irlandés, de intención honda y vista penetrante.

»En cada mesa de cada café funcionaba un consejo de grandes tácticos y peritos estrategas. Eran, por lo común, empleados de mediano sueldo, retirados del Ejército ó cesantes, que llevaban su abnegación hasta el punto de alabar al Gobierno, de posponer su hambre á las altas miras de la Patria y á la gloria del Ejército. Allí se vió la grande generosidad de este pueblo, que olvidaba sus miserias, resignándose á comer entusiasmo y glorias, mal aderezadas con pan seco.

»Las madres ofrecían todos sus hijos, y los viejos querían alargar su vida para presenciar tantas victorias. Los curas tocaban el clarín y salpicaban de agua bendita los roses de los soldados, incitándoles á no volver sin dejar destruido el islamismo, arrasadas las mezquitas y clavada la cruz en todos los alcázares agarenos.

»Nunca habían visto los nacidos un movimiento de opinión tan poderoso y unánime... De este sentimiento y convicciones salían tantos planes de guerra como bocas había en cada círculo de café. Con estos desatinos fantásticos iba la gente alimentando la pasión patriótica, que á todos sostenía en una especie de iluminismo alegre. Nadie dudaba del triunfo: el esplendor de nuestras armas traería después bienes sin cuento, que cada cual se imaginaba conforme á sus gustos y necesidades. Probablemente, después de la campaña de Africa vendrían otras marimorenas con diferentes naciones europeas ó asiáticas, y de este continuo pelear resultaría mucha, muchísima gloria y poco dinero, porque los brazos abandonaban la cosecha de trigo por la de laureles. Pero ¿qué importaba? Con tal de ver á España tosiendo fuerte, escupiendo por el colmillo en el ruedo de las naciones europeas, nos alfanaríamos á sustentarnos de piruétanos y tagarninas.

Este delirio prueba, como lo hace notar Schlagintweit (1), hasta qué punto España es capaz de entusiasmarse por una gran empresa. No hubo ciudad, ni casi particular, que no hiciese donativos de importancia, y esto sin presión alguna por parte del Gobierno. La Reina dió el magnífico ejemplo de ofrecer todas sus joyas (2). Los empleados y el clero renunciaron durante todo el tiempo de la guerra á una parte de sus sueldos. El clero de Palencia dió por

(1) Op. cit., pág. 214.

(2) Ibid., páginas 214-216.

sí solo 180.000 reales, y el de todo el reino, el 10 por 100 de sus rentas. Para dar una idea de la grandeza de los donativos hechos por las corporaciones, las ciudades y los simples particulares, cita Schlagintweit los ejemplos siguientes:

	Reales.
Las Provincias Vascongadas.....	4.000.000
La ciudad de Eoija.....	70.000
La Cámara de Comercio de Sevilla.....	200.000

La nobleza de Sevilla dió la cantidad necesaria para comprar 24 piezas de artillería de montaña, con sus cureñas, arreos y municiones, que se evaluaron en 500.000 reales. La magistratura de Madrid instituyó rentas vitalicias para recompensas y pensiones en esta forma:

	Reales.
1.º Para 20 sargentos.....	4.000
2.º Para cierto número de cabos.....	4.000
3.º Para soldados.....	540.000

Un particular, Juan Manzanedo, entregó la suma necesaria para el sostenimiento de una compañía durante la guerra.

Utrera dió 22 mulos. Zaragoza y otras ciudades dieron también gran número de mulos para formar las brigadas de la impedimenta.

Formáronse Ligas para crear pensiones á los inválidos y á las familias de los muertos en campaña, y las poblaciones importantes, como Barcelona, Málaga y Cádiz, instalaron grandes ambulancias y contribuyeron á la compra de víveres y medicinas (1).

A pesar de este entusiasmo del pueblo (2), el Gobierno no se creyó dispensado de tomar medidas serias contra todo desorden interior posible. A ejemplo de Napoleón III cuando la campaña de Italia, dividió la Península en cinco regiones militares, y confirió á los capitanes generales que las mandaban poderes extraordinarios. La intentona del general Ortega en favor del conde de Montemolin (Carlos VI) demostró que el Gobierno tenía motivos para no fiarse ciegamente de los azares políticos.

(1) Schlagintweit: op. cit., páginas 214-216.

(2) G. de Lavigne decía al mismo tiempo: «Las señoras envían hilas y vendas á quintales para los heridos; la Facultad de Medicina de Cádiz ha ofrecido servir gratuitamente á los hospitales militares de la ciudad; una compañía dramática envía 3.500 reales para los nueve soldados que más se distinguen; un cónsul de España en el Extranjero da mil reales para el primer herido, hijo de Lorca; un hacendado de Extremadura, 500 duros para los heridos de Badajoz; Cádiz ha prometido abrir una suscripción para pagar á Inglaterra la deuda de 44 millones que reclama.» (Obra citada, pág. 68.)

Y en otra parte:

«Un labrador rico de Utrera se ha comprometido á sostener por su cuenta durante la campaña una compañía de cien hombres. Ochoceros, el célebre torero, ha ofrecido 100 bueyes y 300 carneros. El Banco de Sevilla ha votado un empréstito de cuatro millones de reales: la mitad de su capital social. Burgos presta un millón y vota 6.000 reales para el soldado que gane el primer cañón enemigo. Córdoba da 30 caballos y seis pensiones para heridos, etc.» (G. de Lavigne, páginas 68-69.)

3. — La proclamación de la guerra santa en Marruecos.

Si España dió en esta ocasión el maravilloso ejemplo de un ardor patriótico incomparable, del otro lado del Estrecho el entusiasmo no fué menor; pero sus efectos tuvieron menos eficacia, porque, salvo en contadas excepciones, no se veía secundado por la admirable abnegación, por el vivo espíritu de solidaridad que movía á los españoles á hacer tantos sacrificios pecuniarios, cuando no los llevaba á alistarse voluntariamente en el ejército de Africa.

En Marruecos eran muchos, es verdad, los musulmanes que iban alegres á la guerra santa; pero en el conjunto del Imperio el egoísmo y las preocupaciones materiales anejas á todo país anárquico entorpecían el movimiento que comenzaba á señalarse.

Las querellas y rivalidades políticas subsistían, y una confianza absurda en que la victoria no abandonaría al estandarte del Profeta impedía á los corazones sentir la grandeza del peligro y la necesidad de adoptar contra él toda clase de precauciones. La indolencia natural y el desacuerdo de las tribus (1) no permitían que la unión se hiciese y fecundase los efectos del entusiasmo, que en algunos sitios llegó á ser tan ferviente como en España.

Tetuán, sobre todo, menos acostumbrada que Tánger al trato con europeos, no se sintió herida en sus intereses vitales á raíz del bloqueo; y como, por otra parte, se creía más directamente amenazada que ninguna otra ciudad del Imperio, y conservaba mejor el recuerdo de sus antiguas piraterías contra los cristianos, vió desarrollarse en sus muros las escenas más características.

En Tetuán se esperaba, se deseaba la guerra mucho antes de que fuese declarada. Al día siguiente del atentado de los anyeras contra el fuerte de Santa Clara comenzaron los preparativos.

«Un día—dice Alarcón (2)—presentáronse en Tetuán como unos veinte moros, pertenecientes á la grande y belicosa kábila de Anyera, y participaron al gobernador, Ben-el-Hach, que *se preparase*, pues iba á haber guerra con los españoles.

«—¿Quién os ha dicho eso?—les preguntó Ben-el-Hach, lleno á la vez de susto y de alegría.

—Nosotros, *que la hemos buscado* derribando la piedra divisoria del Otero y pisando las armas españolas. El cristiano se ha empeñado en edificar un cuerpo de guardia en terreno que no es suyo y contra lo escrito en el Tratado. Nosotros hemos derribado dos ó tres veces la obra comenzada, sin lograr atraer á un campo neutral á nuestros enemigos, á fin de que las armas decidiesen quién tenía razón, hasta que, cansados de esperarlos y de ver que no acuden á nuestro desafío, hemos echado á rodar aquella piedra aborrecida.

«Así diciendo, saludaron al gobernador y esparciéronse por la ciudad, que

(1) «Los rifteños de Melilla siguieron en buenas relaciones con los españoles al principio de la campaña. En general, los habitantes de las ciudades preferían la paz, á causa de sus intereses comerciales; en cambio, los campesinos estaban muy excitados.» (Lavigne, pág. 80.)

(2) Op. cit., II, páginas 104-107.

empezaba á agitarse sordamente... Fueron, pues, de casa en casa; arengaron á los tímidos; comprometieron á los prudentes; arrebataron en pos suyo á los audaces; atrajeron fácilmente á los santones y derviches; dirigieron á las mezquitas; hablaron largamente sobre el particular; leyeron con tremebundo acento los versículos del Corán que hablan de la bienaventuranza de los que mueren en guerra con los infieles; y cuando, ya de noche, abandonaron á Tetuán, la fiebre patriótica y el fanatismo religioso enloquecían á las tres cuartas partes de sus moradores...

• Ni los anyeras se contentaron con esto, sino que se desparramaron por las montañas y llegaron hasta el Rif, comprometiendo en su empresa á todas las kábilas que encontraron, y haciéndolas jurar que si el Emperador no hacía la guerra, la harían ellos *contra los cristianos y contra el Emperador*. Después de estos sucesos transcurrieron algunas semanas durante las cuales no se supo en Tetuán nada de fijo. Por una parte se hablaba de que el Sultán daba satisfacciones; pero por otra se hacían grandes armamentos. La gente del Gobierno hablaba mucho de paz; pero las kábilas seguían creyendo en la guerra, y los santos y santones la daban como irremediable.

• En esto se recibió la noticia de la muerte del Emperador Abderramán y de la subida al Trono de su hijo primogénito Sidi-Mohammed, *el de la mala estrella*. Nadie dudó ya entonces de que la guerra se llevaría á cabo. Sidi-Mohammed era el más tremendo enemigo que tenían los cristianos en el Imperio. Cuando perdió la batalla de Isly, su padre le prohibió montar á caballo por espacio de tres años, penitencia que soportó sin murmurar el príncipe vencido; pero jurando por su parte no cortarse la barba ni el cabello hasta que recobrase su crédito de general ganando una gran batalla á los infieles.

• Un año antes de la guerra, la barba, negra como las alas del cuervo, le llegaba á la cintura, y la cabellera, crespa y erizada como la melena de un león, le caía sobre la espalda en broncos rizados. Su padre le trataba todavía con desdén, y él hablaba á todas horas de tomar á Ceuta y de lavar con sangre española la mancha que los franceses echaron sobre su honor quince años antes.

• Cuando llegó á Tetuán la orden de destituir al administrador de la Aduana de Río Martín por haber hablado contra la guerra, todo el mundo empezó á comprar armas; éstas subieron á un precio fabuloso; los jóvenes se ejercitaban mañana y tarde en el manejo de la guma y en tirar al blanco con las espingardas; las mujeres cosían y bordaban bolsas para la pólvora; hacíanse provisiones en grande escala; celebrábanse juntas en casa del gobernador; iban y venían correos de aquí á Sierra Bullones; exhortaban los santones á los *creyentes* siempre que se reunían en las mezquitas; construíanse baterías de tierra y ramaje en la playa de Río Martín; guarnecíanse de cañones... Sin embargo, había órdenes terminantes del Emperador de no disparar ni un solo tiro, ni intentar cosa alguna contra los cristianos, hasta que él avisara oficialmente.

• Al fin, un domingo á mediados de octubre, y como á cosa de las tres de la tarde, salió un moro de casa del gobernador, acompañado de algunas tropas

de rey, y dió un pregón en medio de la plaza diciendo, de orden del Sultán, que *había guerra con el cristiano*; que todo el mundo se pusiese sobre las armas; que el que no tuviese espingarda la adquiriese inmediatamente, y que á los pobres se la daría el Gobierno. Imposible es describir el entusiasmo con que se recibió esta noticia. Aquella tarde hubo salvas, carreras de caballos y grandes fiestas en las mezquitas; ayunóse al día siguiente; los santones declararon que la guerra era *santa*, y ya en adelante todas las mañanas, á eso de las doce, se daba un largo pregón en medio del zoco contando al pueblo los preparativos que se hacían, las órdenes y consejos del Sultán, la manera cómo se había de pelear, lo que se sabía de España, el punto en que se reuniría su ejército, y los lugares en que se creía que había de desembarcar.

» Las últimas noticias eran siempre contrarias á las del día anterior. Tan pronto se hablaba de que los españoles iban á empezar por atacar á Tánger, como de que se dirigían contra Tetuán; unas veces se los esperaba por Ceuta, otras por la bahía de Jeremías, y hasta se dijo que pensaban desembarcar en Mogador, para encaminarse desde allí á Mequínez en busca del tesoro.

» Los tetuanes oían todas estas nuevas con grandes risotadas, lisonjeábanse con la esperanza de exterminar al enemigo al primer choque, y ridiculizaban su modo de pelear.»

4.— La opinión europea y la guerra.

Los intereses de las potencias europeas en este pleito eran muy distintos, y aun opuestos.

Inglaterra tenía muchos motivos para desear la paz: temía que la influencia francesa se hiciese preponderante á consecuencia del triunfo de los españoles, y que los progresos de la conquista argelina en las fronteras de Marruecos amenazasen la independencia de este país. La guerra, además, había de entorpecer seriamente el indispensable comercio de Gibraltar con Tánger. Los españoles, si vencían, podrían monopolizar el comercio de esta ciudad y comprometer de un modo grave el que se hacía en grande escala con Inglaterra (1).

Por otra parte, los intereses ingleses, como los de toda Europa, se veían en peligro caso de que los marroquíes salieran vencedores, pues la situación del ejército español, si se veía obligado á retroceder, sería difícilísima, y entonces el fanatismo marroquí, que durante la guerra apenas podía tolerar la presencia de cristianos en Tánger, se desbordaría de tal modo, que haría imposible la permanencia de ningún europeo en Marruecos. En esta hipótesis, Tánger dejaría de ser el depósito de provisiones de Gibraltar. Finalmente, á nadie se le ocultará que Inglaterra quería á todo trance evitar que una potencia euro-

(1) «La Convención de 1856, debida á los esfuerzos de Drumond Hay, daba á Inglaterra grandes ventajas comerciales, regularizaba para ella solamente los derechos de Aduanas, y asimilaba el pabellón inglés al marroquí.» (Filius: op. cit., páginas x y xi.)

pea se instalase al otro lado del Estrecho en una plaza capaz de hacer sombra á Gibraltar (1).

Esta es, en puridad, la razón esencial que movió á Inglaterra, primero á impedir la ruptura de las hostilidades, y más tarde, cuando esto fué imposible, á procurar la más rápida terminación de la guerra. Tal consideración hace de todo punto inverosímil la hipótesis de que Inglaterra prestase su apoyo material á Marruecos. Si los marroquíes adquirieron cañones y pólvora ingleses, fué solamente, según Schlagintweit, porque la Gran Bretaña no quiso dejar la ocasión de ganarse las simpatías de los marroquíes para afianzar más y más su influencia política.

La contrariedad que para Inglaterra suponía un conflicto hispanomarroquí fué la que guió su conducta en esta ocasión. Primero, el cónsul inglés Drumond Hay trató de intervenir amigablemente; pero como sus esfuerzos fuesen infructuosos, el Foreign-Office recurrió á la vía diplomática (2).

Desde principios de septiembre el embajador inglés en Madrid anunció al ministro de Estado español que el Gabinete de Londres había decidido el envío de fuerzas navales de consideración á Gibraltar para proteger á sus súbditos contra la anarquía reinante en Marruecos.

Pocos días después, el 12 de septiembre, el Foreign-Office ofrecía su mediación para arreglar las diferencias surgidas entre España y Marruecos. El ministro de Estado, A. Collantes, respondió que á nadie más que á España tocaba lavar la ofensa hecha á su bandera (3).

El 22 de septiembre de 1859 lord Russel, ministro de Negocios extranjeros, en una carta á Buchanan, su embajador en Madrid, indicaba la idea de que quizá los desmanes de los marroquíes se debían á las provocaciones de los españoles, autorizados por el gobernador de la plaza (4).

Luego el embajador inglés declaró que su Gobierno consideraba como *una cuestión grave todo ataque por parte de España contra los puertos marroquíes, y sobre todo contra Tánger*.

Lord Buchanan tenía orden de pedir al Gobierno una declaración escrita en que se comprometiera, caso de que las tropas españolas ocupasen á Tánger en el curso de la guerra, á no prolongar la ocupación más que hasta la ratificación de la paz. El ministro español, Calderón Collantes, lo prometió; pero declarando muy alto que España haría lo que su honor le dictase (6 de octubre de 1859) (5).

El embajador inglés pretendió entonces impedir á España que extendiese su territorio alrededor de Ceuta, so pretexto de que la ocupación permanente

(1) G. de Lavigne, pág. 16, cita un texto del *Morning Herald* de entonces: «Inglaterra no permitirá jamás que ninguna potencia europea se establezca de un modo permanente en la costa norte de África.»

(2) «Inglaterra aconsejó á Marruecos que cediese.» (Fillas, pág. 34.) «El *Morning Chronicle* de 7 de octubre de 1859 indica que Inglaterra debía impedir la guerra. El *Times* apoyó con su autoridad esta idea. El *Herald*, órgano del último ministro de Negocios extranjeros, declaró que Tánger en manos de una potencia extranjera sería una amenaza para Gibraltar y, consecuentemente, para Malta.» (Fillas, páginas 136-137.)

(3) Mordacq: op. cit., pág. 49.

(4) Baudou y Osiris: op. cit., pág. 155.

(5) Arthur de Ganniers: op. cit., pág. 169.

de esta plaza por España le permitiría cerrar el Estrecho á los buques que se dirigiesen al Mediterráneo. Y recurrió también á una nota confidencial del ministro de Negocios extranjeros del Gabinete Saint-James, según la cual *si la Marina española rompía las hostilidades contra Tánger, el Gobierno de la Gran Bretaña daría orden á su escuadra de proteger esta plaza.*

Calderón Collantes pidió copia de la famosa nota, para apelar de ella ante Europa; pero el embajador inglés se negó á dársela. Con todo, Calderón Collantes respondió el 3 de octubre de 1859 que *el Gobierno de la Reina no ocuparía ningún puerto del Estrecho que pudiese dar á España una superioridad peligrosa para la navegación;* y en la nota á las potencias de 29 del mismo mes declaró que España no perseguía fines ambiciosos al hacer la guerra.

Pero la Gran Bretaña, en su afán de impedir el conflicto armado, no se contentó con escribir notas y prodigar consejos, sino que trató de herir á España en la parte más vulnerable, es decir, en su Hacienda, harto comprometida, exigiéndole de pronto el pago de una deuda vieja. No había medio más práctico de provocar en el país una crisis financiera y de hacer al Gobierno imposible el sostenimiento de la campaña.

A pesar de las protestas del Gobierno de la Gran Bretaña, y aunque la prensa inglesa se esforzó en presentar la concomitancia de esta reclamación con la guerra como puramente fortuita, tal conducta justifica las prevenciones de España contra Inglaterra. La deuda databa de la época de las guerras civiles. Inglaterra había entonces suministrado á España municiones, armas y provisiones de todas clases, por valor de 440.000 libras esterlinas. El Gobierno inglés no se mostró acreedor riguroso, y declaró que no era ni político ni digno reclamar sus derechos con demasiada insistencia cuando el tesoro del deudor estaba casi exhausto. «Pero ¿no es en extremo chocante—dice Schlagintweit (1)—el ver que estas consideraciones generosas pierden toda su eficacia precisamente en el momento en que el deudor tiene que hacer frente á todas las necesidades de una guerra?»

Pero el admirable espíritu de sacrificio de que dió pruebas la nación española en estas circunstancias permitió al Gobierno, á principios de 1860, pagar toda su deuda, que subía á 49 millones de reales.

Inglaterra no conseguía el logro de sus propósitos por el momento; pero no se daba por vencida: más tarde la veremos trabajar para impedir á los españoles establecerse definitivamente en Tetuán, y, por fin, conseguirlo.

Durante toda la campaña el mal humor inglés se reveló en la parcialidad con que sus periódicos daban cuenta de la guerra (2). Schlagintweit cita en particular la ciega animosidad del *Gibraltar Chronicle*.

Por su parte los españoles exageraban los efectos de la mala voluntad in-

(1) Op. cit., pág. 218.

(2) «El *Gibraltar Chronicle* decía al maravillarse el ejército español que la caballería marroquí contaba con 44.000 caballos, y que los españoles no podrían resistirlos.» (G. de Lavigne, pág. 30.) En enero el *Herald* afirmaba que el ejército español había sido derrotado por los moros.

glesa, y creían ver —algo gratuitamente— su mano misteriosa en todos los obstáculos con que tropezaban (1).

«Los intereses de Francia en el conflicto hispanomarroquí eran diametralmente opuestos —dice Schlagintweit (2), cuyas son casi todas las reflexiones anteriores—. Los franceses —según él— no podían menos de ver con buenos ojos una guerra de esta naturaleza, que debilitaría la influencia inglesa en el Mediterráneo, y en la hipótesis muy plausible del triunfo de los españoles, podría servirles de pretexto para rectificar en su favor las fronteras un poco vagas entre el Oranesado y Marruecos.»

Schlagintweit tiene por cierto que la expedición francesa contra los benisnassen en la segunda quincena de octubre fué, en parte al menos, combinada con la campaña española, y no efecto de una pura coincidencia. La opinión española vió en ello una prueba de amistad por parte de Francia, y se lo agradeció vivamente (3).

No sucedió lo mismo en Inglaterra: los periódicos el *Daily News* y el *Times* denunciaban una especie de alianza francoespañola contra Marruecos, y decían que Francia había puesto á la disposición de España un considerable material de guerra; aserción que fué desmentida por el Gobierno francés en el *Moniteur Officiel* (4).

En Alemania la opinión era más bien favorable á España: un artículo de la *Gaceta de Colonia* de 31 de octubre decía que Inglaterra había hecho perfectamente en intervenir para evitar el derramamiento de sangre; pero que había ido demasiado lejos al querer privar á España del ejercicio de su derecho por medio de intimidaciones diplomáticas (5).

(1) «Los periódicos anunciaron que después de la toma del Serralló —diciembre de 1859— se encontraron en él 700 bombas: eran proyectiles nuevos que los moros no habían podido, por falta de tiempo, transportar al interior; el ejército esperaba encontrar en las montañas otros depósitos no menos importantes de armas recientemente desembarcadas.» (G. de Lavigne, pág. 39.) «Los hechos probaron que la inmigración había abultado la importancia de la artillería marroquí y de sus adquisiciones en Europa, pues no llegó á contar con una sola pieza de montaña.» (G. de Lavigne: op. cit., pág. 15.)

«La prensa hablaba de 10.000 fusiles capturados en un barco inglés por un crucero español el 16 de octubre; de oficiales ingleses que desembarcaron cerca de Ceuta, en compañía de dos personajes marroquíes, para trazar sobre el terreno los planes de ataque y de defensa. Los negociantes de Gibraltar ayudaban eficazmente á los africanos. En diciembre decían los periódicos que por los puertos del Oeste se hacía mucho contrabando de armas, y que oficiales europeos instruían á un ejército de 116.000 marroquíes.» (Lavigne, pág. 57.) No hay para qué hacer notar las exageraciones de tales informes.

(2) Op. cit., pág. 249.

(3) Los periódicos de Madrid anunciaban que Mac-Mahón trataba con O'Donnell del modo de emprender una acción común, y que la concentración de tropas se haría en Nemours. Los intereses aparentes de Francia en el Imperio echaban á perder esta medida. Francia quería extenderse hasta el Muluja y ocupar el sur de Marruecos para llegar así á su colonia del Senegal. España se quedaría con el norte y se encargaría de asegurar la neutralidad del Estrecho en *dién del comercio y de la paz universal*. La opinión en Francia era muy favorable á España. Basta leer á Iriarte, á Lavigne, á cualquier periódico de la época, para convencerse.

Fillas dice (pág. xi): «Se esperaba que la acción de España en Marruecos sería análoga á la de Francia en Argelia, y abriría el país al comercio universal.

«Duraba todavía en Francia la influencia del renacimiento literario, nacido treinta años antes con el romanticismo de Víctor Hugo, que, educado en parte en la Península, cantaba á España en sus *Orientales*, en su teatro, etcétera.»

(4) Fillas: op. cit., páginas 140-141.

(5) Ibidem, pág. 134. En el mismo artículo se consideraba la conquista de Argelia por los franceses como un gran servicio prestado á Europa, y en particular á la marina mercante alemana, que la escuadra prusiana, en formación entonces, no podía defender contra los corsarios de Argel.

Finalmente, hasta los Estados Unidos se mezclaron incidentalmente en el asunto, pidiendo á España explicaciones sobre el carácter de sus aprestos guerreros. Pero su interpelación no tuvo consecuencias.

5.—Terreno en que tuvieron lugar las primeras hostilidades.

Después del atentado de los anyeras contra Ceuta, y mientras que se continuaban las negociaciones, que al cabo de dos meses habían de fracasar completamente, la guarnición de la plaza sostenía frecuentes escaramuzas con los montañeses.

Estos reencuentros, poco importantes en sí mismos, influyeron grandemente en la opinión pública española y la predispusieron á la guerra, pues hicieron que nadie creyese en la sinceridad de Marruecos ni en sus promesas de reprimir todo abuso de parte de sus súbditos y de dar plena satisfacción de los desmanes pasados.

Aunque, propiamente hablando, estos hechos no forman parte de la campaña de Africa por haber precedido á la declaración de guerra, sin embargo, como son su natural preámbulo, no podemos dispensarnos de reseñarlos, siquiera sea someramente.

La ciudad de Ceuta se asienta en una estrecha lengua de tierra que se interna en el mar en dirección Oeste-Este, y que termina en la punta de la Almina. Ocupa el centro de la pequeña península el monte Hacho, que se eleva unos doscientos metros sobre el nivel del mar, y á su pie se extendía entonces la ciudad, que contaba ocho mil habitantes y se dividía en dos partes: la *Almina*, ó la ciudad nueva, y la *Ciudad Vieja*.

Al norte de la península se abre una espaciosa bahía, que se está transformando en puerto, pero que en 1859 defendía mal á los buques contra los temporales gruesos; al Sur, una ensenada más pequeña sirve de abrigo contra los vientos del Norte y del Noroeste. Estos dos fondeaderos tienen la ventaja de facilitar un rápido embarque y desembarque de tropas y municiones.

La costa, bruscamente accidentada desde la playa, se yergue hacia la sierra de Anyera por el Oeste; mientras que por el lado del mar remata en un largo acantilado. En estas primeras alturas se forma, inclinada hacia el Este, la meseta del Serrallo.

Saliendo de la ciudad camino del Serrallo, se llega primero á un recinto irregular precedido de trincheras y sepulcros; se continúa subiendo entre Ceuta la Vieja y el Otero, y se desemboca á la meseta que domina la ciudad por el Oeste y sirve de escalón á los primeros contrafuertes de Anyera. Ceuta la Vieja es una ruina que data probablemente de la época romana; junto á ella, pero dentro todavía de los límites del territorio de entonces, debió elevarse el cuerpo de guardia de Santa Clara. Pasados los límites del campo se desconocía casi por completo la topografía de los alrededores.

La meseta del Serrallo debe su nombre á las ruinas que se elevan en medio de ella. Son las de un rico palacio construido por los marroquíes, que en lo

exterior no ofrecía más que las líneas generales de la arquitectura morisca, pero que conservaba en su interior restos de columnatas con un patio de mármol, en el que se veían trazos de cierta magnificencia y elegancia. Iriarte (1) creyó reconocer en su estilo dos épocas distintas, y pudo distinguir todavía en varias de sus bóvedas algunas decoraciones en oro y colores. Un alminar franjeado de rojo y verde dominaba el edificio.

Pero lo que avaloraba al Serrallo, al mismo tiempo que probaba su pasada importancia, era una inmensa y bien conservada cisterna que prestó incalculables servicios á los españoles. Este monumento podría muy bien ser el palacio que el bajá Ahmed-er-Rifi construyó durante los diez años que tuvo cercada á Ceuta. Al norte de la meseta se encuentra la *Casa del Renegado*, á la que una cúpula semiesférica da el aspecto de esas capillas levantadas sobre las tumbas de los morabitos. La tradición asegura que en ella descansan los restos de un español muerto en olor de santidad después de haberse convertido al islamismo. Más cerca del Serrallo, en el camino de la ciudad, se encuentra otra construcción análoga, llamada la Mezquita.

La meseta, cortada por torrenteras que en rápida pendiente descienden hasta el mar, se divide en altozanos cubiertos de maleza casi impenetrable, en la que abundan los espinos, retamas y palmeras enanas. Las laderas del Serrallo caen bruscamente por el Norte hacia la bahía de Benzá y el barranco que en ella termina; al Sur dominan, en escarpado declive, el Uad Aniat, llamado por los españoles río Colmena, que corre por un estrecho y profundo valle entre las praderas y marismas situadas al pie de la sierra.

Por el Oeste, en fin, se adosa en parte á las montañas que los españoles llaman Sierra Bullones, y los marroquíes, Bel-Yunes ó Bel-Yuneh. Las grandes cimas que domina la meseta, con sus flancos cubiertos de alcornoques y cruzados por profundas cañadas, ofrecían á los marroquíes un refugio seguro. Una pequeña angostura que desemboca junto al Serrallo—el Boquete de Anyera—fué el sitio en que los marroquíes se reconcentraban, y desde donde, en la mayoría de los casos, iniciaban sus ataques. Era el camino naturalmente indicado para salir al Serrallo y llegar en seguida á la plaza, y la retirada más fácil hacia los aduare colgados en lo alto de la sierra (2).

6. — Las hostilidades durante las negociaciones (3) (agosto-noviembre de 1859).

Las paredes del cuerpo de guardia demolidas por los anyeras en la noche del 10 al 11 de agosto, fueron reedificadas en la noche del 20 al 21, para ser de nuevo destruidas por los marroquíes á la mañana siguiente.

Comenzaron entonces los encuentros, á diario repetidos, que tuvieron por

(1) Op. cit., pág. 10.

(2) Schlagentweit, pág. 21.

(3) Ibidem, páginas 229 y siguientes.

teatro casi exclusivo el Otero. Los españoles, al principio, á causa de sus pocas fuerzas, tuvieron que mantenerse á la defensiva, pues la guarnición no se componía más que de un regimiento de infantería (el fijo de Ceuta), una sección de artillería y algunos caballos, y hubo momentos en que fué preciso armar á los presidiarios.

Del 21 al 23 de agosto los ayyeras hicieron una demostración armada contra las obras empezadas. El 24, á las seis de la mañana, después que se dispó una espesa niebla, 200 ó 300 marroquíes se acercaron al puesto de caballería del Otero y lo tirotearon. La sección, siguiendo las instrucciones recibidas, se retiró á la plaza; el enemigo la persiguió ávidamente y se atrincheró en unos reductos abandonados junto á Ceuta la Vieja, de donde fué desalojado á las once por los cazadores del fijo de Ceuta; pero sin que se pudiese apagar su fuego, que duró hasta las nueve de la noche.

Los españoles hicieron mucho uso de la artillería, y notaron ya desde entonces el gran efecto moral que á los marroquíes causaba. La guarnición tuvo cinco heridos.

Durante la noche la plaza continuó el fuego, para impedir, al menos, la completa demolición del puesto de guardia, que no podía defender; pero no llegó á conseguirlo, y el 26 por la mañana un barracón de madera fué incendiado con gran algazara por el enemigo.

El 26, á las diez de la mañana, llegó el hijo del bajá de Tetuán: venía para conferenciar con el gobernador sobre las reclamaciones formuladas por el cónsul general en Tánger, y convino con él en que los marroquíes se retirarían y los españoles suspenderían las obras hasta que se recibiesen órdenes más explícitas de ambos Gobiernos.

Con todo, el 27 por la mañana el vigía del monte Hacho avisó que unos dos mil marroquíes se acercaban por el camino de Tetuán. El gobernador de Ceuta, para asegurarse de que no traían intenciones hostiles, mandó que la caballería ocupase algunos puestos avanzados en aquella dirección. Esta orden precipitó la ruptura de las hostilidades.

Los marroquíes se creyeron provocados: hicieron fuego sobre la caballería, obligándola á retirarse precipitadamente, y á grandes penas fueron mantenidos á distancia por las baterías de la plaza, secundada por el buque de guerra *Piles*, que había llegado la víspera con instrucciones para el gobernador, y por un cañonero. Por fortuna, el *Piles* había traído cuatro compañías de Albura, y el 30 de agosto se recibieron además los batallones de cazadores de Barbastro y de Madrid. Pero los marroquíes, aunque pocos en número, habían conseguido hacerse fuertes en las trincheras de Ceuta la Vieja, desde donde, con disparos sueltos y bien aprovechados, imposibilitaban el trabajo á los obreros españoles y les obligaban á encerrarse en la plaza.

El 9 de septiembre llegó el transporte *San Quintín* con el resto de los batallones de cazadores de Barbastro y de Madrid y treinta ingenieros.

La guarnición, con esto, sintióse bastante fuerte para enviar un destacamento á proteger los trabajos de los obreros: el 10, á las siete de la mañana, los cazadores de Madrid, mandados por el duque de Gor, rompieron el fuego

contra los marroquíes, y dos compañías, en una carga á la bayoneta, los desalojaron de sus posiciones, haciéndoles dejar seis muertos sobre el terreno.

El 11 los marroquíes sostuvieron un fuego continuo desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, hora en que fueron desalojados por algunas compañías del fijo de Ceuta y ciento cincuenta cazadores de Madrid. La infantería volvió á ocupar después de esta salida el fuerte de Santa Clara. El 12 se sostuvo un ligero tiroteo en el Otero. El 13 por la mañana una patrulla de caballería recorrió las inmediaciones del Otero, sin encontrar al enemigo; avanzó entonces el duque de Gor con los cazadores de Madrid para ocupar la Colina y Ceuta la Vieja; los marroquíes rompieron el fuego, pero sin poder detener el ímpetu del enemigo, y fueron desalojados á la bayoneta de la mezquita del Otero, en que se habían atrincherado. El gobernador, general Ramón Gómez, llegó entretanto con el batallón de Barbastro, algunas compañías del fijo y dos piezas de artillería, é hizo cañonear el Serrallo. El fuego enemigo cesó á las cinco, y los españoles se retiraron á la plaza. Los cazadores de Madrid tuvieron catorce heridos, uno de los cuales murió en el hospital poco después. Esta vigorosa salida permitió descansar por bastante tiempo á la guarnición, pues en adelante los marroquíes permanecieron tranquilos, limitándose á disparar tiros sueltos sobre las avanzadas ó las patrullas de caballería. La Corte de Fez procuraba calmarlos, según Schlagintweit, para no dificultar las negociaciones; sin embargo, no es cosa fácil descubrir los motivos que dirigían su conducta, pues la presencia del hermano del bajá de Tetuán en el Serrallo demuestra que si el Majzen no fomentaba las hostilidades, por lo menos, sus funcionarios no hacían lo que debían para atajarlas.

7.—Movilización de las tropas españolas (1) (septiembre-noviembre de 1859).

El Gobierno español aprovechó de esta especie de armisticio para movilizar las tropas que habían de formar el ejército expedicionario.

Ya desde principios de septiembre, al ver que las negociaciones se alargaban indefinidamente, estableció un campo cerca de Gibraltar, envió cuatro mil hombres á Ceuta y activó sus armamentos. La Reina, que estaba de viaje, se apresuró á volver á Madrid, y convocó las Cortes para el 1.º de octubre (2). Los batallones provinciales estaban en armas, el ministro de Marina visitaba los arsenales, en los que se trabajaba con ardor, y el general Echagüe tomaba el mando del cuerpo reunido en Algeciras. La opinión pública clamaba por la guerra (3); el infante D. Enrique y el duque de Montpensier ofrecían sus servicios y pedían los puestos de mayor peligro.

En la sesión de apertura el Gobierno presentó á las Cortes un proyecto de

(1) Schlagintweit, páginas 231-236. Mordacq. pág. 55.

(2) Filas, pág. 131.

(3) Ibidem, pág. 146.

ley que elevaba el contingente del Ejército para 1860 á cien mil hombres, con autorización de aumentarlo hasta ciento sesenta mil. El reclutamiento que debía verificarse en la primavera de 1860 fué anticipado á octubre de 1859, y aunque se hizo en buenas condiciones gracias al favor de que gozaba la guerra entre el pueblo, la incorporación de los reclutas fué muy lenta, y las nuevas unidades tardaron mucho en constituirse, porque el Ejército español de entonces, como el francés en 1870, no estaba en tiempo de paz puesto en pie de guerra (1).

A fines de octubre, en el momento de declararse la guerra, el cuerpo de observación de Algeciras contaba con 15 batallones, dos escuadrones, tres baterías de montaña y una compañía de ingenieros.

El resto de las tropas se encaminaba hacia los puertos del Sur: Alicante, Málaga, Algeciras, Sevilla y Cádiz (2). En este último se encontraba ya una división de reserva, dependiente del cuerpo de observación y mandada por el general Orozco. Componíase de ocho batallones, dos escuadrones de lanceros y dos baterías de montaña.

En Ceuta se trabajaba activamente en las fortificaciones; se instalaban ambulancias, almacenes de víveres y municiones; se organizaba un servicio ambulante de correos, y se cuidaba de esos mil pormenores en que estriba el éxito de la guerra y la facilidad de las operaciones.

El 24 de octubre O'Donnell, designado ya desde principios de mes por la opinión popular, recibió el nombramiento de general en jefe de las tropas expedicionarias.

El 28 dos batallones de cazadores y uno de artillería salían de Madrid con la escolta de O'Donnell. Al comenzar noviembre la movilización se llevaba á buen término, y las primeras tropas estaban ya dispuestas á pasar á Africa.

Se esperaba un cable telegráfico, suministrado por una casa inglesa, para unir Algeciras con Ceuta, pero que tardó mucho en colocarse. No fué éste el único contratiempo: otros más serios habían de sobrevenir en la travesía de las tropas á Ceuta y en la instalación del material de guerra (3).

(1) En los últimos años se habían introducido importantes reformas en el Ejército español, que lo habían mejorado mucho; pero, aun así, al estallar la guerra se notaron muchas deficiencias, que se procuraron remediar, aunque no siempre con el debido acierto. «Con ocasión de la guerra—decía León Vidal—se han creado nuevos regimientos de caballería, formados en su mayor parte de voluntarios.» Después veremos que el ejército de O'Donnell tenía demasiada caballería. En cambio, le faltaba artillería, y hubo que crearla. «Dos regimientos de artillería montada fueron organizados según el modelo francés.» El material escaseaba al mismo tiempo; y «los talleres de fundición de Sevilla transformaban en cañones rayados el cobre de las minas de Río Tinto». (G. de Lavigne, pág. 12.)

(2) Los medios rápidos de transporte para la concentración de tropas eran todavía insuficientes, pues la red de ferrocarriles españoles era aún muy limitada. En 31 de diciembre de 1858 había 1.223 kilómetros en explotación, y 1.506 en 31 de diciembre de 1860. Las principales líneas eran Zaragoza-Madrid, Madrid-Almansa, Almansa-Alicante, Castillejo-Toledo. Las secciones Madrid-Almansa-Alicante (483 kilómetros) ponían en comunicación la capital y el centro de España con el Mediterráneo. Almansa-Valencia (138 kilómetros) contribuía al mismo fin. Córdoba-Sevilla (131 kilómetros), Sevilla-Cádiz (138 kilómetros, inacabada), facilitaban el acceso al corazón de Andalucía y al Atlántico. Zaragoza-Barcelona (308 kilómetros) estaba en construcción. No citamos las líneas del Norte que van de la cuenca del Ebro á los Pirineos y á la frontera francesa por carecer de interés para la guerra.

(3) Dice G. de Lavigne, á propósito de los arsenales: «No puede uno hacerse idea de su estado. El arsenal de Cartagena, vasta necrópolis en la que se pasaron infinitas penas para completar el armamento de una fragata en 1858, no era más que un montón de ruinas desde que el incendio había devorado la mitad de sus instalaciones. La Carraca no

8.—Preparativos de los marroquíes.

Los aprestos de los marroquíes nos son menos conocidos. Schlagintweit pudo reunir muy pocos datos con los informes que recogió en Tánger después de la guerra. Es-Selani, en su *Istigsa*, apenas da pormenores, y Alarcón no habla más que de paso en su *Diario* sobre este particular. Cotejando todos sus testimonios deducimos que el 2 de noviembre Muley-el-Abbas, hermano del nuevo Sultán, vino á Tánger, inspeccionó la ciudad y sus fortificaciones, é hizo pregonar un bando por el que prohibía, bajo las más severas penas, el robo y el pillaje, y mandaba respetar los bienes de los extranjeros y de los judíos. Reconoció luego el camino de Tánger á Tetuán, y á cuatro leguas de Tánger, en dirección al Fondak, emplazó su campo de tropas regulares é irregulares. Tendría consigo unos doce mil hombres, según Alarcón (1), y permaneció en este punto á la expectativa hasta que los españoles emprendieron su marcha hacia Tetuán.

El *Istigsa* no agrega más sino que el sitio en que Muley-el-Abbas acampó se llamaba Ain-el-Dalia (2).

La elección no podía ser más acertada, pues en aquel punto confluyen los caminos de Tetuán, Tánger y Fez; de modo que Muley-el-Abbas podía acudir rápidamente al punto más amenazado del litoral, y recibir refuerzos y noticias del interior sin abandonar la región montañosa del Anyera, verdadera fortaleza natural y foco entonces de la agitación antiespañola. El gobernador de Tetuán disponía de las bandas de Anyera y de tropas venidas de distintos puntos del Imperio, mientras que el Xerif de Uasán asumía el mando de los primeros refuerzos enviados por el Sultán (3).

Finalmente, el caid El-Mamun-Ex-Zerari se estableció cerca de Tetuán, entre esta ciudad y Ceuta, con 100 caballos y 500 infantes, hasta conocer los planes del enemigo.

El ejército marroquí contaría, entre fuerzas regulares é irregulares, unos quince mil hombres; pero no disponía de un solo cañón (4). La caballería de Muley-el-Abbas no pasaría de 500 hombres, que, con los caballos de Al-Mamun y los que podía haber en Tetuán, no llegarían á un millar; es decir, menos de la mitad de las fuerzas de caballería con que contaba el ejército español al comenzar la guerra. Después recibió la caballería marroquí grandes refuerzos; y si sus efectivos fueron al principio tan pequeños, hay que atribuirlo á la naturaleza del terreno, sumamente accidentado, en que se desarrollaban las operaciones, y en el que, por lo general, los contingentes de á pie son los úni-

contaba más que con un puñado de inválidos para guardar sus almacenes vacíos. El Ferrel, la inexpugnable fortaleza de que Pitt hubiera querido despojar á España para rodearla con un muro de plata (*with a strong wall of silver*), estaba casi abandonado. El autor afirma que el estado de los arsenales españoles era casi peor que el de los franceses en 1840, cuando los sucesos de Siria y Egipto amenazaron romper la paz entre Inglaterra y Francia.

(1) Alarcón, II, páginas 210-212.

(2) *Istigsa*, IV, pág. 214.

(3) Alarcón, II, páginas 107-109.

(4) *Ibidem*.

cos que pueden maniobrar. No hay que olvidar además que la mayor parte de combatientes durante la primera parte de la campaña eran los montañeses de las inmediaciones.

El mando supremo de todas estas fuerzas había sido confiado á Muley-el-Abbas; pero su jurisdicción sólo alcanzaba á las tropas regulares: los contingentes auxiliares, que eran, probablemente, los más numerosos, tenían libertad para obrar á su antojo, y hasta en contradicción absoluta con las ideas del general en jefe. Ni aun por lo que á las tropas regulares toca descendía Muley-el-Abbas á dar órdenes demasiado concretas: su misión se reducía á dirigir el conjunto de las operaciones.

9.—Éxodo de europeos y judíos (1).

A pesar de la proclama de Muley-el-Abbas, europeos y judíos desconfiaron de su seguridad en Marruecos, y se refugiaron en masa en los puertos del sur de España y en Gibraltar. En esta última ciudad el gobernador tuvo que dar tiendas y asignar un campo en la zona neutral á varios miles de judíos, que permanecieron allí mientras duró la guerra, agrupados por familias, cada una en su tienda. Los Rothschild, de París, se encargaron de pagar los servicios médicos de aquella pequeña ciudad temporal, y de proveerla de los remedios necesarios (2).

Fueron también muchos los judíos, sobre todo tetuaníes, que se refugiaron en España, Portugal y Argelia. El mismo Cuerpo diplomático no se creyó completamente seguro en Marruecos: todos los cónsules y encargados de negocios, excepto el representante de Inglaterra, Drumond Hay, abandonaron á Tánger y fueron á establecerse en Gibraltar; sólo el cónsul francés pasó en Cádiz ó en Málaga los meses que duró la guerra.

10.—Fuerzas del ejército expedicionario.

El ejército destinado á operar en Marruecos estaba dividido en tres cuerpos, una división de reserva y otra de caballería.

El primer cuerpo, estacionado en Algeciras, estaba mandado por el general Echagüe.

El segundo cuerpo, en Cádiz, mandado por el general Zabala, conde de Paredes.

El tercero, en Málaga, mandado por el general Ros de Olano, conde de Almina.

La división de reserva, en Antequera, mandada por el general Prim, conde de Reus.

(1) Schlagintweit, pág. 236.

(2) Iriarte: op. cit., pág. 31.

La división de caballería, en el Puerto de Santa María, mandada por el mariscal de campo Alcalá Galiano, marqués de San Juan.

Las fuerzas marítimas se habían reconcentrado en la bahía de Algeciras, á las órdenes del almirante Díaz de Herrera. El buque almirante era el *Isabel II*, sobre el cual fué izada la enseña-almirante con gran solemnidad el 21 de octubre, en presencia de una escuadra francesa compuesta de siete unidades y de otra inglesa que contaba siete.

El capitán general Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena, nombrado general en jefe del cuerpo de operaciones por decreto de 2 de noviembre, tenía su cuartel general en Cádiz (1).

CAPÍTULO III

CONCENTRACIÓN EN EL CAMPO DE CEUTA

1. Carácter general y división de la campaña.—2. Paso del ejército á Africa.—3. Formación del campamento atrincherado de Ceuta.—4. Combates en el Serrallo.—5. Trabajos y combates en el camino de Tetuán.—6. Bombardeo de Fuerte-Martín.

1. — Carácter general y división de la campaña.

Por fin, en noviembre comenzaba la campaña, con gran contento del pueblo español. La naturaleza del terreno en que se desarrollaron las operaciones da á cada fase de la guerra una fisonomía especial, y caracteriza los períodos de la campaña en la siguiente forma:

1.º *Defensiva*.—Concentración de tropas y trabajos de defensa en el campo de Ceuta. Incesantes reencuentros en condiciones muy duras, á causa del mal tiempo y de la proximidad de la sierra, en que se guarece el enemigo. Entretanto terminase la movilización en España, y la Marina transporta tropas y material con grandes dificultades.

2.º *Ofensiva*.—Marcha de flanco á lo largo de la costa, frente al enemigo, que se apoya en las montañas. Frecuentes escaramuzas, combates importantes y á veces encarnizados. Penalidades de todas clases, á causa del mal tiempo y de la naturaleza del terreno, cubierto de marismas. La marcha es muy lenta; la escuadra la apoya cuando puede.

3.º *Defensiva*.—Organización del campamento de la aduana de Río Martín. El ejército completa su material de guerra y recibe refuerzos. Algunos combates preliminares.

4.º *Avance por el valle de Tetuán*.—Una sola gran batalla decide la suerte de la primera parte de la campaña. Ocupación de la ciudad, que los montañeses y las fuerzas auxiliares marroquíes han entregado antes al saqueo.

(1) Para el cuadro completo de las tropas enviadas á Africa véase el *Atlas histórico y topográfico de la guerra de Africa*, publicado por el Depósito de la Guerra, pág. 5.

5.º *Estancia en Tetuán.* — Tentativa de organización urbana. Negociaciones fracasadas. Escaramuzas en los alrededores de Tetuán. Los marroquíes reorganizan sus fuerzas.

6.º *Marcha hacia Tánger.* — Puede decirse que toda ella es una batalla sangrienta, que comienza apenas el ejército sale de Tetuán. Los marroquíes, derrotados, se convencen de su impotencia y piden la paz después de este último esfuerzo por defender su independencia. Tratado de paz de Tetuán (26 de abril de 1860).

2. — Las tropas expedicionarias pasan el Estrecho (noviembre-diciembre de 1859).

Mientras que la movilización continuaba en España con más ó menos contratiempos y dificultades, la Marina embarcaba las primeras tropas. La escasez de barcos y la falta de rápidas vías de comunicación fué causa de que los tres cuerpos no pudieran formarse y pasar á Africa al mismo tiempo (1). El cuerpo de reserva reunióse bajo los muros de Ceuta y recibió el bautismo de sangre mucho antes que el segundo cuerpo saliese de Málaga, lo cual no dejó de producir cierta sorpresa en Madrid (2).

Ignorábanse todavía los planes del general en jefe, pues antes de dar al ejército la orden de embarque pasó revista á las tropas acantonadas en Algeciras, reconoció someramente á bordo del *Vulcano* la costa africana desde el Estrecho hasta Tetuán, detúvose algunas horas en Ceuta y volvió á Cádiz, donde el 19 de noviembre revistó á las tropas del segundo cuerpo (3).

El embarque había ya comenzado para este día, sin que ni soldados ni oficiales, excepto los del Estado Mayor, supiesen hacia qué punto de Marruecos se los enviaba.

El 16 el primer cuerpo comenzaba á embarcarse en Algeciras; el 18 desembarcaba en Ceuta. La travesía del Estrecho fué muy penosa. El *Cid* tuvo que volverse al puerto de Cádiz, de donde había salido, y el 22 obligó el temporal á suspender todo envío de tropas. El 26 llegó la primera división del segundo cuerpo. El 27, la división de reserva, procedente de Algeciras. El 28 saltaba á tierra el general en jefe y se dirigía inmediatamente á inspeccionar las fortificaciones del Serrallo.

Nueve días se emplearon en transportar dos tercios del ejército de un lado al otro del Estrecho, siendo así que la travesía se hace, en tiempo ordinario, en unas horas. Pero la falta de muelles y diques entorpecía enormemente las operaciones de embarque y desembarque en Algeciras y en Ceuta (4). La es-

(1) Mordacq: op. cit., pág. 50.

(2) Lavigne, pág. 41.

(3) Bando y Ostris, pág. 239.

(4) «El puerto de Ceuta carecía de bastante fondo para los barcos de guerra; mas su división en dos bahías y el gran desarrollo de sus costas hacían que fuese fácil el acondicionarlo debidamente.» (Of. Frich: *Le Maroc*, pág. 293.) «La bahía de Algeciras, favorecida por la Naturaleza, bien resguardada contra el viento, con buenas canteras en las inme-

cuadra, como ya hemos indicado antes, carecía de medios; y para colmo de males, el temporal se desencadenó con una violencia desconocida, y su furia había de tardar en calmarse muchos días.

Los contratiempos se sucedían unos sobre otros sin interrupción. Apenas desembarcadas las tropas de Echagüe, que fueron las primeras en llegar, tuvieron que entrar en fuego y permanecer dos días sin víveres, gastando casi todas sus provisiones y municiones, porque el estado del mar impedía á los buques comunicar con España. ¿Qué hubiese sucedido si el temporal dura más tiempo? En diciembre la impedimenta, con gran número de caballos y bestias de carga, esperaba pasaje en los puertos del sur de la Península, sobre todo en Málaga. Hasta el 5 de este mes no salió el tercer cuerpo, mandado por Ros de Olano (1), y el 30 aún estaba el parque de sitio en Cádiz y se hablaba de contratar cinco vapores ingleses para subvenir á las necesidades más urgentes. El cable submarino que debía asegurar la comunicación continua entre Algeciras y Ceuta, y que había sido suministrado por una casa de Londres, aguardaba á que el buen tiempo permitiera ponerlo; para mayor desdicha, los aparatos transmisores se encontraban á bordo del *Génova* cuando éste se quemó á la entrada del puerto de Málaga.

Finalmente, el segundo cuerpo empleó dos días en desembarcar: 12-14 de diciembre. ¿Debiase esto á imprevisión de parte del general en jefe y del comandante de las fuerzas navales, ó á la insuficiencia de medios de la Marina española? Esta última hipótesis es la más verosímil. Ello es que O'Donnell se quejaba de tanta lentitud al almirante Herrera, quien, en el curso de una discusión bastante viva, llegó á hacerle notar secamente: *Su señoría no debiera ignorar lo que nos hace falta y lo que deberíamos tener.*

Pero el público no se daba cuenta de estas primeras dificultades, y las escenas de entusiasmo desarrolladas el día de la declaración de la guerra se repetían aún, más imponentes, si cabe, á cada salida de tropas con destino á Ceuta.

La muchedumbre invadió la estación de Madrid y sus inmediaciones el día en que salieron los primeros regimientos, interrumpiendo la circulación; tanto, que el mismo O'Donnell á duras penas pudo hacer pasar su coche al ir á tomar el tren. En los puertos la aglomeración no era menor: mientras que las tropas se reunían sobre cubierta, el pueblo se desbordaba por los muelles, innumerables embarcaciones rodeaban á los barcos que se hacían á la vela, echábanse al vuelo las campanas, las músicas militares tocaban la *Marcha Real*, y los obispos bendecían á los expedicionarios en medio de una muchedumbre arrodillada.

dilaciones y una línea de arcos sobre los cuales echar los clientes, hubiera sido un excelente puerto. Con todo, no se había emprendido en ella ningún trabajo. Algunos periódicos ponían el grito en el cielo contra este abandono, y hacían notar que ni siquiera había donde amarrar una barca; tanto, que una vez que el gobernador de Gibraltar fué á visitar la ciudad, hubo que construir una estacada provisoria para que pudiese saltar á tierra con alguna comodidad.» (G. de Lavigne: op. cit., pág. 22.)

(1) «La salida de este cuerpo fué retardada por el mal tiempo; además, la entrada del puerto, obstruida ya por un buque holandés naufragado en 1867, estaba casi interceptada por el casco del *Génova*, incendiado poco antes.» (G. de Lavigne, pág. 48.)

Diríase que España se despertaba al día siguiente de la toma de Granada, como si los siglos transcurridos hubiesen durado tan sólo una noche y se tratase de terminar una empresa interrumpida la víspera en las torres de la Alhambra.

3.—Formación de un campamento atrincherado en el Serrallo (noviembre-diciembre de 1859).

Todavía se desconocía el objetivo de la campaña, aunque el hecho de desembarcar en Ceuta no dejaba lugar más que á dos hipótesis plausibles: dirigirse á Tánger ó á Tetuán. El macizo de montañas que había que cruzar para ir á Tánger hacía que la empresa pareciese desatentada; por otra parte, la marcha hacia Tetuán no ofrecía menores dificultades: sin embargo, ya desde entonces parecía esto lo más probable, y muchos opinaban que el desembarco debía haberse hecho en la desembocadura de Río Martín.

El general en jefe se había, en efecto, decidido á ir sobre Tetuán; pero la marcha no se emprendería hasta primeros de enero, ó sea, algo más de tres semanas después del desembarco de las últimas tropas, cuando todos habían creído que á la llegada del tercer cuerpo se tomaría la ofensiva. Rápida fué la desilusión, pues en los primeros días de diciembre, mientras en Madrid se esperaba la noticia de que las tropas habían salido para Tetuán, O'Donnell, luchando con dificultades imprevistas é indeciso en ultimar su plan, anunciaba que se retardaría la ofensiva hasta que la Marina hubiese terminado sus preparativos. «Pero la cooperación de los barcos—dice un cronista de la época—no podía activarse mucho, pues varios de ellos, como el *Cid* y el *Balear*, eran vapores mercantes, que al mismo tiempo servían las líneas del litoral de la Península y maniobraban con *excesiva* lentitud» (1).

Por otra parte, el general en jefe no podía prever el plan que adoptaría el enemigo, y temía que, al operar el movimiento de avance hacia Tetuán, no desembocase á su retaguardia, por el Boquete de Anyera, Muley-el-Abbas con los 4.000 infantes y 6.000 caballos que la opinión pública le atribuía; además de que juzgaba empresa muy arriesgada avanzar con solos 36 ó 38.000 hombres, conservando la comunicación con Ceuta y haciendo que los montañeses se mantuviesen á respetuosa distancia.

Decidióse, pues, á aguardar la llegada de todas sus fuerzas y el desembarco de todo el material de guerra, ocupándose entretanto en acabar y defender el campo atrincherado del Serrallo, comenzado por el general Echagüe.

En el capítulo II hemos descrito el terreno de los alrededores de Ceuta y hemos indicado las ventajas que ofrecían á los montañeses los primeros contrafuertes de Sierra Bullones para tener en constante alarma á la guarnición de la plaza.

Por eso el primer cuidado de los españoles, conforme al plan provisional

(1) G. de Lavigne: op. cit., pág. 41.

de O'Donnell, fué completar las obras emprendidas por las tropas de Echagüe, rodeando el Serrallo con una cadena de reducidos (1) que, partiendo del norte de la bahía de Benzú, venían á terminar casi en la playa del mar, al sudoeste del Serrallo. La ejecución de estos trabajos duró casi tres semanas y dió lugar á una serie de combates contra los montañeses, empeñados á todo trance en estorbarnos.

El Boquete de Anyera se hizo célebre por los encuentros encarnizados de que fué teatro; sus alcornoques quedaron acribillados á balazos, y cada piedra, cada mata fué regada con sangre, ganada, perdida y recuperada.

4.—Combates en el Serrallo (noviembre-diciembre de 1859).

Los ataques, momentáneamente interrumpidos, se renovaron con más furia desde el día en que las primeras tropas del ejército expedicionario pusieron el pie en territorio marroquí. El 19 de noviembre, cumpleaños de la Reina Isabel, el general Echagüe desembarcó en Ceuta y quiso señalar la fiesta con el primer triunfo de sus armas. Al amanecer las tropas se formaron en la Puerta del Angulo, y en columna cerrada emprendieron la subida del Otero y el Serrallo. A las nueve de la mañana la brigada Lassausaye se establecía en la meseta y arbolaba en la torre del ruinoso palacio la bandera española, mientras que las músicas tocaban la *Marcha Real* y los gritos de ¡Viva la Reina! despertaban el eco de las montañas.

Llegó luego el resto de las tropas, y comenzaron por el mediodía los trabajos de atrincheramiento; dióse al campamento la forma de un rectángulo, en el que iba incluido el Serrallo. Para proteger los trabajos, el batallón de cazadores de Cataluña se destacó hacia Sierra Bullones, con orden de volver al campamento para la una de la tarde; mas apenas inició la retirada fué acosado tan de cerca por 50 ó 60 montañeses ocultos en la maleza, que, después de tener seis heridos, se vió obligado á ocupar de nuevo las posiciones que acababa de abandonar, y sólo al atardecer pudo entrar en el campamento.

Entretanto O'Donnell, que todavía estaba en Cádiz, dirigía á las tropas la siguiente alocución, que les fué leída el día 19:

«Soldados: Vamos á cumplir una noble y gloriosa misión. El pabellón español ha sido ultrajado por los marroquíes, y la Reina y la Patria confían á vuestro valor el hacer conocer á ese pueblo semibárbaro que no se ofende impunemente á la nación española.

«La campaña que vamos á emprender será dura y penosa; el enemigo contra quien vamos á combatir es valiente y fanático; pero vosotros sois tan valientes como él, y tenéis la ventaja que os dan la disciplina y la instrucción sobre masas desorganizadas, que son tanto más fáciles de vencer cuanto más numerosas se presenten sobre el campo de batalla.

«Que vuestro valor é impetuosidad no os lleven nunca más allá del puesto

(1) Eran seis: reducto O'Donnell, Isabel II, Rey Francisco, Pinlés, Cisneros y Príncipe Alfonso.

que se os señale por vuestros jefes. Esto os evitará el caer en las emboscadas que pueda prepararos un enemigo conocedor del terreno. En las alarmas, tan comunes en la guerra que vamos á hacer, particularmente de noche, tened seguridad y completa confianza en vuestros jefes y oficiales. La confusión, el desorden es el único enemigo á quien podéis temer.

»Soldados: Mostraos dignos de la confianza de la Reina y de la Patria, haciendo ver á la Europa que nos mira que el soldado español es hoy lo que ha sido siempre, cuando ha tenido que defender el Trono de sus Reyes, la independencia de su Patria, ó vengar las injurias hechas á la honra nacional.

»Nuestra causa es la de la justicia y la civilización contra la barbarie. El Dios de los ejércitos bendecirá nuestros esfuerzos y nos dará la victoria.—*Leopoldo O'Donnell*.—Cuartel general de Cádiz, 18 de noviembre de 1859.»

Echagüe se dió con ardor á fortificar el Serrallo, para asegurar así á las tropas que llegasen luego la facilidad de los desembarcos y el espacio necesario para acampar. Estableció su cuartel general en las ruinas mismas del Serrallo, hizo ocupar la Mezquita por una compañía, practicó varios reconocimientos para elegir los puntos en que debían formarse los redutos, y desde el mismo día 20 comenzaron los trabajos á pesar de las lluvias. Ante la puerta principal del Serrallo levantóse una empalizada protegida con cañones, y se emprendieron acto continuo las obras de los redutos de Isabel II y del Príncipe Alfonso, que formaban, con el palacio del Serrallo, la principal línea de defensa. Cuatro compañías de Granada protegían á los trabajadores, sosteniendo un continuo fuego de guerrillas, en el que tuvieron catorce bajas (20 de noviembre).

El 21 la brigada Lassaús se estableció en las alturas inmediatas al Serrallo, después de haberlas limpiado de enemigos. En la mañana del 22 varios grupos numerosos de marroquíes se corrieron entre la *Casa del Renegado* y las colinas inmediatas, y, ocultos en la maleza, rompieron de súbito el fuego contra los cazadores de Talavera, ocupados en el atrincheramiento del reduto de Isabel II. Interrumpióse el trabajo, generalizóse el tiroteo, y se logró contener el ímpetu del enemigo; pero como era muy numeroso y ocupaba una extensa línea, molestaba mucho á los cazadores; el batallón de Simancas, llegado entretanto, hizo inútiles esfuerzos para desalojarlo, y sólo lo consiguió la brigada Lassaús en una carga á la bayoneta, protegida por el fuego de una batería.

Los marroquíes dieron este día pruebas de gran tenacidad; los españoles tuvieron siete muertos y 39 heridos.

El 24 de noviembre, á las dos de la tarde, después de una mañana tranquila, desembocó el enemigo por el Boquete de Anyera en dirección al reduto de Isabel II. Las avanzadas de la división Gasset, que protegía este día los trabajos, sostuvieron un largo tiroteo que les costó treinta bajas, hasta que, al fin, las tropas todas dieron una carga á la bayoneta y ahuyentaron á los marroquíes sin necesidad de que la artillería interviniese.

Entretanto el tiempo no mejoraba: el levante era continuo; la lluvia daba de lleno en la cara á los soldados y los molestaba mucho, sobre todo á los co-

mienzos; el estado del mar interrumpía á cada paso las comunicaciones, y ya una vez el primer cuerpo había casi agotado sus provisiones (1).

Los marroquíes aprovecharon la noche del 24 al 25 para reorganizarse en la montaña. La mañana del 25 los batallones de Cataluña y Madrid guarnecían el reducto de Isabel II, y un poco más á la izquierda, en las primeras alturas, estaban apostadas cuatro compañías de Madrid. Hacia las diez de la mañana el enemigo comenzó á moverse, y al mismo tiempo el vigía del monte Hacho anunció que por el camino de Tetuán avanzaban unos dos mil hombres, que, como se supo después por los informes marroquíes llegados á Gibraltar, eran los refuerzos traídos por el Xerif de Uasán, El-Hach Abderramán.

En este intervalo cuatrocientos ó quinientos marroquíes avanzaron contra las cuatro compañías de Madrid. Trabóse el combate hacia el mediodía. Las dos compañías restantes del mismo batallón acudieron á sostener á sus camaradas, poniéndolos en contacto con los cazadores de Cataluña, que continuaban en el reducto de Isabel II. A la una el enemigo se extendía en una línea de cinco kilómetros. El batallón de Alcántara reforzó la izquierda de Madrid, que se veía amenazada, y dos compañías de Borbón, con otras dos de artillería al mando del brigadier Sandoval, ocuparon la derecha del reducto. Borbón destacó dos compañías de tiradores, y logró, á través de un terreno escabroso, que el enemigo defendía con tesón, llegar hasta las alturas cubiertas de árboles que se extienden frente á la *Casa del Renegado*.

El enemigo había sido desalojado á la bayoneta; pero, gracias á las ventajas que el terreno le daba, pudo correrse contra el flanco izquierdo de los españoles y molestar duramente á Madrid y Alcántara; sólo la llegada de Talavera y Mérida permitió rechazarlo, aunque á costa de grandes esfuerzos y teniendo que cargar á la bayoneta repetidas veces las compañías avanzadas. El general Gasset, con el segundo batallón de Granada, dejando en reserva á los cazadores de Barbastro, protegió la retirada de las unidades que habían iniciado el combate, persiguió al enemigo, que huía, y con ayuda de una batería establecida en el flanco derecho consiguió hacerle numerosas bajas, retirándose al atardecer á su campamento. El combate había sido encarnizado: los españoles tuvieron 399 muertos y heridos; el general Echagüe recibió una herida en una mano y tuvo que ceder el mando al general Gasset; sólo los batallones de Madrid y Alcántara tuvieron más de 250 hombres fuera de combate. Es difícil apreciar con exactitud el número de marroquíes que tomaron parte en el combate, porque mientras ellos afirman no haber sido más que 300—cifra evidentemente inferior á la verdadera—, los españoles, por el contrario, los calculan en 8.000, y agregan que entre ellos había buen número de moros de rey. Las pocas fuentes marroquíes que hemos podido utilizar dicen que los habitantes de las montañas de Tetuán y Wad-Rás huyeron apenas comenzado el combate; pero que los *anyeras* y 300 hombres de Tánger—moros de rey, según

(1) «No puede uno formarse idea de lo penosos que fueron los primeros combates, por la inclemencia del tiempo y las faltas de una administración que carecía de experiencia y de medios.» (G. de Lavigne: op. cit., pág. 62.) Y en otra parte: «Los periódicos no emplean todavía más que frases épicas; la realidad del Serrallo es más vulgar de lo que se supone. Llueve sin cesar; acampamos en un lodazal. Hemos sufrido un temporal de treinta horas.»

Schlagintweit—siguieron luchando hasta que su escaso número les obligó á retirarse.

En estos dos combates del 24 y del 25 los marroquíes lucharon con más orden y mucho más encarnizamiento que en los días anteriores. Echáronse de improviso sobre los cañones, trabando una terrible lucha cuerpo á cuerpo con los artilleros, quienes, para rechazarlos, tuvieron que valerse de sus sables y hasta de las escobillas y palancas de las piezas, después de haber intentado contener el ataque con más de sesenta disparos de metralla. Este mismo día el almirante francés Desfossés bombardeó los fuertes de río Martín.

El 26 y 27 de noviembre, á pesar del mal tiempo, el ejército continuó fortificando el Serrallo sin ser inquietado. El 28 desembarcó O'Donnell con la segunda división del segundo cuerpo, que acampó entre el Otero y el Serrallo; el mismo día por la tarde O'Donnell reconoció las obras del camino de Tetuán.

El 29 se hizo un pequeño reconocimiento hacia las alturas del Anyera sin incidente alguno. El 30 el enemigo renovó sus acometidas. La segunda brigada de la división del primer cuerpo hacía este día el servicio de avanzadas. Delante del Boquete estaban apostados los cazadores de Simancas; en contacto con ellos quedaba, algo más atrás, el batallón de Las Navas, y defendían el reduto de Isabel II los dos batallones del Rey y una compañía de artillería de montaña; los cazadores de Barbastro formaban la reserva, y el resto de la división ocupaba el Serrallo, excepto Alcántara, que guarnecía el reduto del Príncipe Alfonso.

Hacia la una de la tarde aparecieron los primeros grupos enemigos por el frente y los dos flancos, desde las alturas de Anyera hasta las que dominan la bahía de Benzú. Todo el primer cuerpo tomó las armas. El brigadier Sandoval avanzó por la derecha, con los batallones de Borbón y Talavera. Lassausaye ocupó el flanco izquierdo, en las inmediaciones del Boquete, con Madrid y Cataluña, y el resto del cuerpo, con la artillería, quedó de reserva á las órdenes del general Gasset.

Una vez tomadas estas medidas, el general en jefe hizo avanzar al segundo cuerpo á mitad del camino, entre el Serrallo é Isabel II.

El enemigo dirigió todas sus fuerzas contra el flanco izquierdo; pero, encontrando en él mucha resistencia, se desvió hacia el flanco derecho y trató de rodearlo, tomando por base la *Casa del Renegado*. El fuego fué muy vivo en toda la línea y duró largo rato, aunque sin gran eficacia, hasta que un ataque general del flanco izquierdo y del centro, sostenido por tres batallones del segundo cuerpo, decidió el resultado de la acción. O'Donnell envió al mismo tiempo á los dos batallones de Borbón en socorro del ala derecha; sin ser vistos llegaron éstos hasta las líneas enemigas, las aislaron del resto de sus fuerzas, y se precipitaron sobre ellas con tal ímpetu, que las hicieron caer atropelladas en los barrancos que por aquella parte bordean el mar. Muchos marroquíes, antes que rendirse, se arrojaron á las olas. Rechazado así el enemigo en toda la línea, volvieron las tropas á sus posiciones primeras. Habían entrado en fuego nueve batallones del primer cuerpo, y sus bajas llegaron á 326; calculase que los marroquíes perdieron 300 hombres.

La pericia de que dió pruebas este día el general en jefe llenó de gozo á los españoles y sirvió mucho para confirmar entre el Ejército y en España la confianza en él depositada.

Los marroquíes, después de esta derrota, retiráronse á sus montañas, sin repetir los ataques hasta el día 9 de diciembre. Los españoles aprovecharon la tregua y, favorecidos por un tiempo menos malo, acabaron de fortificar los reductos; el 3 de diciembre el general Zabala, con cuatro batallones del segundo cuerpo, reconoció la costa camino de Tetuán, y en los días siguientes hasta el 11 llegó el tercer cuerpo con parte del material.

O'Donnell aprovechó esta ocasión para felicitar á las tropas que habían obtenido los primeros triunfos, y distribuyó las condecoraciones y ascensos concedidos por la Reina; pero, como hace muy bien notar Schlagintweit, «la verdadera campaña todavía no había comenzado; no bastaba imponer respeto á un enemigo demasiado audaz: había que apoderarse de un punto que pudiese servir de base segura de operaciones, y la empresa que se iba á acometer exigiría esfuerzos harto más grandes que los hechos hasta entonces. Sin embargo, las ventajas conseguidas permitían augurar un éxito feliz; las tropas se habían aguerrido con estas primeras escaramuzas, y habían adquirido confianza en sí mismas y en sus jefes. Por estos mismos días dirigió O'Donnell un manifiesto á los marroquíes encaminado á tranquilizar al pueblo y evitar en lo posible que tomase parte en la guerra, pero que no produjo el menor resultado (1).

Al amanecer del día 9 de diciembre las avanzadas de los reductos de Isabel II y del Rey Francisco notaron, poco después del toque de diana, que varios grupos de enemigos se acercaban á las trincheras. El reducto de Isabel II se hallaba defendido por tres compañías de Castilla (2), mandadas por el segundo comandante Rafael Bermúdez de Castro, y una de artillería de montaña, á las órdenes del capitán Gaspar Goñi. El del Rey Francisco contaba con tres compañías de Córdoba, al mando del comandante José Fernández. Estas escasas fuerzas tuvieron que sostener el choque del enemigo, que se precipitó sobre ellas en grandes masas, y no pudieron impedir que, favorecido por el terreno, rebasase los reductos hasta encontrarse con el resto de los regimientos de Castilla, Córdoba y Figueras, mandados por el brigadier Angulo; un fuerte levante impedía á las tropas acampadas más lejos oír el tiroteo, y hubo que enarbolar la bandera roja en el reducto de Isabel II. Zabala no tardó en acudir con el resto de la primera división de su cuerpo y toda la segunda. Los cazadores de Arapiles apoyaron el ataque á la bayoneta del segundo batallón de Castilla, y desalojaron al enemigo, que se defendía tenazmente, del bosque situado frente á dicho reducto. En tanto el general O'Donnell, que ya dirigía la acción, apostó entre el Serrallo y los reductos todo el primer cuerpo, mandado por Gasset, y la división de reserva de Prim, y confió

(1) Lo reproducimos más adelante (cap. XI), con los demás documentos oficiales.

(2) Las tropas del segundo cuerpo, mandadas por Zabala, habían relevado á las del primero en las posiciones avanzadas.

al general García, jefe del Estado Mayor, el cuidado de reforzar con la brigada Hedíger el flanco izquierdo, muy amenazado por el enemigo.

Los marroquíes se pronunciaban ya en retirada, cuando de pronto volvieron de frente con energía y á través de la maleza avanzaron contra el centro y el ala derecha, mientras otros grupos amenazaban desde las alturas el ala izquierda. Los cazadores de Figueras se lanzaron sobre el enemigo por el centro, y el general García los secundó por la izquierda con los cazadores de Alba de Tormes y algunas compañías de Córdoba, seguidas del primer batallón de León. Dos batallones de la Princesa quedaban de reserva. Los generales García y Hedíger cargaron con tanto arrojo, que limpiaron de enemigos el bosque frontero á los reductos.

Pero el general en jefe temía, y con razón, que los marroquíes volviesen todas sus fuerzas sobre el ala derecha, y mandó al general Zabala estar apercebido, dirigiéndose luego él mismo hacia los puntos amenazados. El enemigo no tardó en aparecer á corta distancia y en grandes masas, arrollando á los cazadores de Chiclana, que habían tomado posiciones frente á la *Casa del Renegado*. O'Donnell los reforzó con el primer batallón de Navarra y el segundo de Toledo, mandados por el general Rubín y el brigadier conde de la Cima. Rehízose el batallón de Chiclana, y avanzando de nuevo, briosamente impulsado por el brigadier Mac-Kenna y el coronel Ceballos, primer ayudante del general en jefe, recobró las posiciones perdidas.

Hacia las dos de la tarde el enemigo pareció ceder; pero dispuesto á atacar de nuevo si las tropas iniciaban la retirada hacia el campamento. Conserváronse durante una hora las posiciones ocupadas, se reforzó la retaguardia, y cuando se vió al enemigo internarse en la montaña, volvieron los españoles á su campo.

Los partes oficiales calculan en 10.000 infantes y 200 caballos el número de marroquíes que entraron en acción, y añaden que debían de estar mandados por un alto dignatario del Imperio. Vióse, en efecto, un jefe que, montado en un caballo ricamente enjaezado, y precedido de portaestandartes, transmitía órdenes por medio de ordenanzas á caballo que iban y venían á su alrededor. Algunos llegaron hasta afirmar que era Muley-el-Abbas y que había traído consigo 3.000 hombres de refuerzo.

Las pérdidas de los españoles llegaron á 372, entre muertos y heridos. «En este combate—dice Mordacq—intentaron los marroquíes por vez primera realizar una maniobra. En vez de querer forzar las líneas españolas arrojándose en masa sobre ellas, se dirigieron al bosque que había junto al centro de las posiciones enemigas, y, apoyándose en él, procuraron cortarlas. Hubo un momento en que un cuerpo de 400 marroquíes se lanzó sobre la derecha española, con intento de rodearla. Finalmente, numerosos jinetes evolucionaban rápidamente en el campo de batalla y parecían llevar órdenes á las diferentes fracciones marroquíes.»

Los dos días siguientes, en que el enemigo no apareció, se aprovecharon para comenzar los trabajos del reducto de Cisneros y para modificar la distribución de las tropas. El primer cuerpo pasó al campamento del Serrallo; el se-

gundo, á Ceuta la Vieja, como retaguardia; y el tercero avanzó hasta el reduto del Príncipe.

La división de reserva—Prim—quedó junto á la playa y sobre los acantilados.

5. — Trabajos y combates en el camino de Tetuán (12-31 de diciembre de 1859).

El 12 por la mañana la división Prim salió con orden de proteger los trabajos empezados en el camino de Tetuán á orilla del mar. La brigada Elío, del primer cuerpo, debía mantener á Prim en contacto con el campamento. El conde de Reus escalonó á su división, reforzada con el regimiento de Granada, del siguiente modo: á la extrema derecha los dos batallones de Granada, en contacto con la brigada Elío, y por medio de ella con el campamento; en el centro un batallón del Príncipe y cuatro compañías de Almansa, á las órdenes del coronel Pieltaín; el ala izquierda la formaban los cazadores de Vergara, mandados por el coronel Salazar, y quedaban en reserva dos compañías de Almansa, dos de Cuenca y un batallón de Luchana. Distribuidas así las fuerzas y ocupadas las posiciones, el primer batallón de ingenieros y el primero del tercer regimiento y el segundo del quinto de artillería comenzaron los trabajos, bajo la dirección del coronel de Ingenieros D. Julián Angulo y del teniente coronel de Artillería D. Ignacio Berroeta.

Al ver maniobrar así á la división de reserva, el enemigo, por su parte, se dispuso á impedir la ejecución de los trabajos. Al mediodía inició el ataque, cayendo primero sobre los cazadores de Vergara, establecidos en el puesto más avanzado; pero el coronel Estremera vino con sus tropas á socorrerlos, sin interrumpir el contacto con los trabajadores, que habían ya tomado las armas, y logró rechazar al enemigo por aquel lado. Al acercarse las tropas de Prim á las ruinas de los Castillejos los ataques se renovaron, y el enemigo, á través de un bosquecillo muy espeso y poco elevado, llegó hasta un tiro de pistola de las líneas españolas. Prim recurrió entonces á una estratagema que le desembarazó de enemigos para el momento de la retirada. Vergara, tres compañías de Luchana y una de Cuenca, divididas en dos columnas, se ocultaron tras unas rocas. El coronel Cruz, del Príncipe, debía avisar al general Prim la llegada del enemigo y dar la señal de ataque. Mientras que las tropas ocupaban con el mayor secreto las posiciones indicadas, el coronel Coig llegó con 40 caballos y fué apostado á la izquierda para apoyar el ataque.

El éxito de la combinación fué completo. El enemigo avanzó por entre los dos grupos de rocas sin la menor sospecha, y, sorprendido y atacado de improviso con vigor, dióse á la fuga. Prim lo persiguió hasta desalojarlo de las ruinas de los Castillejos, y sus tropas ocuparon durante una hora las posiciones conquistadas, sin que cesase del todo el fuego enemigo. La retirada se hizo por escalones, y, aunque un poco molestada la división, ganó el campamento ocupado antes por el primer cuerpo.

O'Donnell, al ver que el enemigo, cuyo número aumentaba sin cesar, mo-

estaba á Prim en su retirada, envió la brigada Elío, que estaba de reserva, en socorro de las dos alas, y dió orden al general Gasset de sostener á Prim por la derecha con tres batallones, mientras hacía colocar en una prominencia delante del reduto del Príncipe Alfonso una batería de montaña. El general Gasset avanzó rápidamente y reforzó con su fuego el de Granada, la artillería intervino, y una carga á la bayoneta de Granada y Almansa decidió el combate; sin embargo, hasta hora muy avanzada de la noche el enemigo continuó tiroteando de lejos el campamento.

Los españoles tuvieron 96 bajas; el coronel de Artillería D. Juan Molins murió de un balazo en la cabeza, y el capitán Coy, ayudante de O'Donnell, recibió otro en un muslo.

Las fuerzas enemigas fueron evaluadas en 4.000 hombres, de los cuales unos cuatrocientos quedarían fuera de combate; pero los marroquíes, como no se vieron arrollados por completo y pudieron continuar tiroteando el campamento, se atribuyeron la victoria y todo el honor de la jornada: así lo anunció el *Gibraltar Chronicle* (1).

El 15 de diciembre por la mañana dióse orden á todos los cuerpos de formar mirando al campamento del general en jefe, donde iba á celebrarse una misa de *Requiem* en sufragio de los muertos en los combates precedentes; la ceremonia fué turbada hacia el ala izquierda por el enemigo, que desde la madrugada se había reunido en Sierra Bullones para salir por el Boquete y los alrededores de Benzá.

El cuerpo de Ros de Olano, que ocupaba las alturas del reduto del Príncipe Alfonso, recibió la orden de ponerse en armas, y el segundo cuerpo y la reserva, de estar preparados. Una compañía del 3.º montado dispuso sus cañones en batería en el ala izquierda, y la vanguardia se distribuyó en esta forma: en el punto más avanzado, frente al Boquete, un batallón del Rey y los cazadores de Simancas; entre los redutos de Isabel II y del Rey Francisco, los cazadores de Barbastro; en el del Rey Francisco, dos batallones de Borbón. Un poco más lejos, los cazadores de Alba de Tormes y Las Navas, con un batallón del Rey, protegían á los obreros que trabajaban en las trincheras del reduto de Cisneros.

El general Gasset, comandante interino del primer cuerpo, al ver su derecha amenazada, hizo avanzar al segundo batallón de Granada entre el reduto del Príncipe Alfonso y el de Cisneros; los cazadores de Talavera fueron enviados al de Cisneros para activar los trabajos que en él se hacían, mientras Gasset en persona, con los primeros batallones de Borbón y Granada y una compañía de artillería de montaña, se mantenía cerca del del Rey Francisco en segundo plan. El general Lassausaye formaba la derecha con los cazadores de Cataluña y Madrid entre el de Isabel II y la *Casa del Renegado*.

Abrió el fuego el enemigo avanzando contra el ala izquierda; pero la arti-

(1) «Durante todo este período de combates alrededor del Serrallo, los marroquíes, al ver á los españoles retirarse todas las tardes á su campamento, se creían, y no sin algún fundamento, dada su ignorancia, siempre vencedores, y se hacían cada vez más audaces.» (Mordaugh, pág. 140.)

llería del reduto del Príncipe Alfonso le rechazó hacia el centro, donde fué recibido por el fuego de los batallones del Rey y Simancas, apoyados por el primero de Granada. O'Donnell, que se había instalado en el reduto del Príncipe Alfonso, vió que el fuego del enemigo barría el camino intermedio desde un bosque de encinas, y dió orden al general García de desalojarlo. El primero de Granada avanzó en columna cerrada, con su coronel Trillo á la cabeza, y apoyado por el Rey y Simancas, dió una carga á la bayoneta que hizo retirarse á los marroquíes hasta las alturas vecinas, desde donde no podían causar daño alguno. Este ataque decidió el resultado de la acción.

En tanto el general Zabala, siguiendo las instrucciones de O'Donnell, reforzó con el segundo cuerpo las posiciones avanzadas del primero, y dejando una brigada para apoyar á las tropas que habían atacado el bosque de encinas, colocóse con el resto de las suyas entre los redutos de Isabel II y del Rey Francisco para poder acudir rápidamente al punto de peligro; pero ni él ni la división de reserva, concentrada en el Serrallo, tuvieron ya que intervenir, pues los marroquíes se corrieron en gran número para atacar, aunque sin provecho, á las avanzadas de Ros de Olano, que les hicieron sufrir sensibles pérdidas con un certero fuego de cañón y de fusil. Para dar fin al combate mandó O'Donnell á Ros de Olano atacar la derecha del enemigo, que se retiraba haciendo fuego. Las tres baterías del 3.º montado, establecidas en los redutos de Isabel II, del Rey Francisco y del Príncipe Alfonso, rompieron un fuego vivísimo contra los grupos enemigos; los cohetes sembraron el espanto entre su caballería, y pronto no quedaron más que algunos tiradores en el ala derecha, que cedieron tras una ligera escaramuza, y O'Donnell, convencido de la retirada general de los marroquíes, ordenó á las tropas volver á sus campamentos. El enemigo contó este día con más caballería de la que hasta entonces había tenido, y los españoles notaron que en sus filas aumentaban los moros de rey.

El informe oficial del *Atlas* no dice nada acerca de las fuerzas marroquíes: los corresponsales españoles las evaluaron en 15.000 infantes y 1.000 caballos; cifra muy elevada con relación á la que en Gibraltar y Tánger se dió en los informes consulares é indígenas. Es probable que Muley-el-Abbas asistiese á este combate. Tomaron parte en él los anyeras, wad-rás, beni-gorfet y algunos contingentes rifeños llegados con el caid Abbas-Kichat (?), y díjose que el caid Ben-Auda, gobernador del Garb, dirigió la acción con un fuerte destacamento de caballería. Súpose por informes locales que los marroquíes tuvieron 23 muertos y 38 heridos, y que calcularon las bajas de los españoles en 30 muertos y 126 heridos. Los españoles, por su parte, creyeron que habían dejado fuera de combate 1.500 enemigos, y publicaron que sus bajas habían sido de 200 hombres. Las contradicciones entre los datos oficiales y los informes marroquíes prueban el poco caso que hay que hacer de los cálculos del vulgo en estas materias; con todo, no deja de llamar la atención que los marroquíes se quedasen cortos en calcular las pérdidas de sus enemigos.

Al día siguiente, 16 de diciembre, Muley-Ibrahim, sobrino del Sultán, llegó al campo marroquí con refuerzos importantes: la noticia la da el *Gibraltar*

Chronicle; sin embargo, en la relación del combate sostenido el día 17 sólo se habla de Ben-Auda y su gente, que serían unos 1.500 infantes y 500 caballos.

La segunda brigada de la división de reserva fué designada el 16 de diciembre para proteger los trabajos del camino de Tetuán, en combinación con la primera brigada, un escuadrón de Albuera y una compañía de penados. El general en persona indicó á las tropas sus posiciones é hizo un reconocimiento más allá de los Castillejos, hasta cerca de Monte Negrón, sin ser molestado por el enemigo.

Dejóse éste ver á las dos de la tarde en el valle que desemboca en los Castillejos y sobre las alturas vecinas. Los batallones de Vergara y Ouenca avanzaron tras una compañía de Vergara que, desplegada en guerrillas, llegó á la *Casa del Morabito*, y, en unión con un destacamento de penados, cargó tan briosamente á la bayoneta sobre los marroquíes, que el ala izquierda quedó desembarazada de enemigos hasta el fin de la acción. Los batallones de Almanza y del Príncipe sostuvieron el ataque de los marroquíes en el centro, luchando á veces cuerpo á cuerpo. La primera brigada continuó trabajando hasta la caída de la noche, y se retiró al campamento protegida por los batallones del Príncipe y Zamora. Las tropas del tercer cuerpo, que protegían las obras del ala derecha del campo, se vieron ligeramente inquietadas; pero el general Turón, con el regimiento de Albuera, un batallón de Zamora y los cazadores de Baza y Ciudad Rodrigo, rechazó al enemigo.

Durante el combate las goletas *Buenaventura* y *Ceres* recorrieron la costa, dispuestas á unir su fuego al de las tropas. Los españoles tuvieron dos muertos y 28 heridos; según sus cálculos, el enemigo debió de tener 200 hombres y muchos caballos fuera de combate.

Al anochecer desencadenóse un huracán furioso, acompañado de trombas de agua: el suelo transformóse en un lodazal, el viento arrancó muchas tiendas, y el agua impidió encender fuego; pero el ejército, lejos de abatirse, dió pruebas de gran energía (1).

Apenas se calmó el cielo reapareció el enemigo. El 17 al mediodía el vigía del monte Hacho señaló un cuerpo enemigo de hasta siete ú ocho mil hombres, que avanzaban contra el ala derecha de los reducos de Isabel II y del Rey Francisco. Defendíalos la primera brigada del primer cuerpo, mandada por el brigadier Sandoval; el segundo batallón de Borbón ocupaba Isabel II, y había destacado hacia la derecha una compañía para cubrir á los cazadores de Chiclana, que talaban el bosque inmediato. El del Rey Francisco tenía tres compañías del fijo de Ceuta, y un batallón de Mérida ocupaba el intervalo entre los dos reducos. Las otras tres compañías del fijo debían ocupar las cercanías del Boquete, y á su entrada se encontraban tres compañías de cazadores de Talavera, que protegían las obras del reducto de Piniers.

El general Gasset, avisado de la proximidad del enemigo, reforzó el Rey Francisco con una compañía de artillería de montaña y la segunda brigada. Lassausaye, con la brigada de vanguardia, se estableció en el Boquete. Los

(1) *Schlachtweit*: op. cit., pág. 256.

cazadores de Llerena y el primer batallón de la Reina, mandados por el brigadier Otero, ocuparon las alturas que separaban al reducto Cisneros del campamento de la primera división del tercer cuerpo. El general Quesada se dirigió hacia el nuevo camino de Tetuán, y, apoyando su izquierda en el mar, se estableció en las alturas fronterizas á su campo, con el primer batallón de San Fernando, el segundo del Infante y los cazadores de Barcelona. La primera brigada de la primera división, los dos batallones de Zamora y los cazadores de Segorbe se mantenían escalonados detrás de las primeras líneas y en contacto con los cazadores de Baza.

El enemigo avanzó en gran número por los caminos de Tetuán y de Anyera contra los reductos de Isabel II y del Rey Francisco; pero el general en jefe hizo jugar 12 piezas de artillería, cuyos proyectiles, sobre todo las granadas, espantaron tanto á los marroquíes, que les hicieron abandonar la maleza que se extendía delante de los reductos. La llegada de los cazadores de Mérida y de los carabineros que formaban la escolta del general en jefe completó el efecto de la artillería.

Desembarazada así la derecha del reducto de Isabel II, lanzó el general Gasset por la izquierda sobre el enemigo á los cazadores de Barbastro, que, seguidos de los de Las Navas, limpiaron á la bayoneta los alrededores de las trincheras.

El enemigo se retiró á la desbandada por entre las rocas, y continuó haciendo desde lejos algunos disparos inofensivos.

Al mismo tiempo unos dos mil infantes y mil caballos aparecieron ante el tercer cuerpo; pero no pudieron hacer daño alguno, y tuvieron pronto que retirarse ante el fuego de cuatro piezas de montaña, que hicieron blancos muy certeros.

A las cuatro de la tarde O'Donnell mandó tocar retirada. El tercer cuerpo se replegó sin ser molestado. Para cubrir la retirada del primer cuerpo, el general Gasset colocó á los cazadores de Simancas y al primer batallón del Rey en el barranco que separa el reducto de Isabel II de la *Casa del Renegado*. El resto de las tropas continuó replegándose, acosado vivamente por el enemigo hasta las cercanías del reducto; pero de pronto los dos batallones emboscados salieron del barranco y se precipitaron sobre el flanco derecho de los marroquíes, con tal ímpetu, que los hicieron huir desordenadamente, dejando en el campo sus muertos, armas y efectos de todas clases.

Durante el combate el segundo cuerpo mantuvo las comunicaciones entre el Serrallo y los reductos de Cisneros, del Príncipe y de Isabel II. La división de reserva ocupó las alturas inmediatas á la Mezquita. Los españoles tuvieron seis muertos y 80 heridos, y evaluaron en 600 las bajas del enemigo.

El 22 de diciembre, á las ocho de la mañana, salió el general Prim con su división para continuar los trabajos del camino de Tetuán; dividió sus fuerzas en dos partes: una ocupada en los desmontes y terraplenes de la obra, y la otra dispuesta en orden de batalla, según el plan de los días 12 y 15. El general Quesada tomó posiciones con la segunda división del tercer cuerpo á la derecha de Prim, paralelamente al camino de Tetuán. El enemigo descendió en

pelotones por las laderas de Monte Negrón y Sierra Bullones, y cubriéndose en los barrancos y angosturas, como de costumbre, se extendió frente á toda la línea española. Su caballería apareció al pie de Monte Negrón, fuera del alcance de los cañones.

A la una el ataque se generalizó en todos los puestos avanzados; pero el esfuerzo principal del enemigo se dirigió contra la *Casa del Morabito*, situada *vis á vis* de las ruinas de los Castillejos, más por el deseo de recuperar aquel sitio sagrado de manos de los infieles que lo profanaban, que en atención á su importancia estratégica (1).

Pero una batería de montaña y el fuego de los barcos anclados en la desembocadura del río Castillejos, que barrían todo el valle, desbarató sus planes y le obligó á retirarse, perseguido de cerca por una compañía de penados, que le causó muchas bajas.

A las tres y media dió orden O'Donnell de interrumpir los trabajos, y á las cuatro comenzó la retirada. Los marroquíes, deslizándose cautelosos, ocupaban instantáneamente las posiciones abandonadas por las tropas, y aprovechando un momento favorable se precipitaron en masa sobre los cazadores de Llerena, que cubrían la derecha de la división de reserva y que comenzaban á replegarse. Los cazadores, volviendo á la ofensiva, desalojaron al enemigo y reocuparon las alturas; pero recibieron orden de retirarse de nuevo, y fueron de nuevo atacados por los marroquíes. El coronel Estremera acudió en su socorro con los batallones de Vergara y Cuenca; echóse sobre la derecha del enemigo, mientras una compañía de Almansa tomaba posiciones en una altura y, combinando su fuego con el de dos piezas de montaña, ahuyentaba definitivamente al enemigo.

Los españoles tuvieron tres muertos y 34 heridos, y estimaron en 400 las bajas del enemigo; cifra exagerada, según Schlagintweit (2).

La noche del 24 al 25 de diciembre el ejército celebró con hogueras, cantos y danzas la Nochebuena, y el enemigo, que se apercibió de ello, preparó para el amanecer del día siguiente una sorpresa al campamento. Un grupo de marroquíes, á pesar de que los españoles estaban preparados y habían redoblado las guardias avanzadas, logró á favor de la obscuridad acercarse al campo del tercer cuerpo sin ser sentido, y apenas amaneció arrojóse sobre la izquierda del campo fortificado con impetuosa rapidez. El general Turón hizo frente tan pronto como pudo á este ataque imprevisto; envió á la brigada Cervino por la izquierda, mientras él en persona acudía por la derecha con la brigada Mogrovejo, y, cogiéndolos entre dos fuegos, desalojaba á los asaltantes de sus posiciones.

El general Ros de Olano, al oír los primeros disparos, hizo tomar las armas á la segunda división de su cuerpo y la envió por la extrema izquierda hacia la vía militar comenzada. La división, mandada por el general Quesada, tropezó con 400 marroquíes que se corrían hacia el campamento abrigán-

(1) Schlagintweit: op. cit., pág. 269.

(2) Ibídem, pág. 271.

dose en las colinas que por el lado del mar bordean la playa. Los cazadores de Barcelona y dos compañías de Africa cargaron á la bayoneta y dispersaron á los merodeadores, obligándoles á dejar en el campo 40 muertos y muchas armas. Los cazadores de Zamora (primera división) rechazaron también al enemigo en las posiciones de la derecha.

El fuego se había generalizado en casi toda la línea, y los otros dos cuerpos tuvieron que resistir varios ataques, aunque menos graves, gracias á la intervención de la artillería. El general en jefe hizo montar una batería en la extrema izquierda, y luego cuatro piezas más junto á ella; otra batería de montaña á la derecha del reduto de España, y entre él y el reduto de Cisneros cuatro cañones de artillería montada. Mandó, además, proteger el ángulo saliente del campamento con dos piezas, y apostó dos escuadrones de lanceros y otros dos de húsares al borde del mar, para dar una carga por aquel lado si se ofrecía la ocasión. El enemigo tuvo un momento la veleidad de acometer á Rey Francisco; pero pronto dirigió todas sus fuerzas contra el tercer cuerpo. El fuego graneado de la artillería y la infantería le obligó á retirarse, tras corta resistencia. A las tres de la tarde los españoles volvían á su campamento. Sus bajas fueron ocho muertos y 72 soldados y ocho oficiales heridos; las de los marroquíes se calcularon de 700 á 800.

Después de cuatro días de calma, el 29 de diciembre el tercer cuerpo tuvo que sostener un ataque que comenzó al mediodía é iba dirigido principalmente contra los cazadores de Vergara—división de reserva—, que protegían las obras del camino de Tetuán. Al sonar el primer disparo el general Ros de Olano hizo tocar alarma en su campo, que era el más próximo al sitio del combate; mandó en seguida avanzar por la derecha á los primeros batallones de Albuerca y Zamora, con los cazadores de Baza, y mientras que el general Quesada, con cinco batallones de su división, apoyaba á Vergara por la izquierda, él quedóse de reserva con el resto del tercer cuerpo hasta conocer las fuerzas del enemigo, ocultas en la maleza.

Vergara se sostuvo firme en sus posiciones hasta que fué reforzado por Llerena; entonces los marroquíes, descubriéndose, se arrojaron dando alaridos sobre el primer batallón de Albuerca, que los recibió á la bayoneta; desviaron algo más á la derecha, sobre Zamora y Baza, y, rechazados también, acabaron por concentrarse en una colina próxima, desde la que podían molestar mucho á los españoles. Para evitarlo, Ros de Olano mandó á los cazadores de Baza tomar la posición; pero tres veces se lanzaron sobre ella, y tres veces tuvieron que ceder á la lluvia de balas enemigas. Entonces el brigadier Cervino púsose á su cabeza, y al grito de ¡Viva la Reina! se arrojó sobre los marroquíes, con tal ímpetu, que los desbarató. Albuerca y Zamora, con los cazadores de Llerena y Barcelona, reforzaron el ataque, y durante largo rato se vió al enemigo que se retiraba en tres grupos camino de Tetuán.

Al anochecer las tropas se replegaron hacia el campamento, protegidas por los batallones de la Reina y Africa y los cazadores de Ciudad Rodrigo. Sus bajas fueron ocho soldados muertos, un coronel, siete oficiales y 89 soldados heridos. No se sabe qué pérdidas tuvo el enemigo.

El día siguiente, 30 de diciembre, á las tres de la tarde, fué atacada la primera división del tercer cuerpo. El general Ros de Olano reforzó con tres baterías, mandadas por el general Turón, la línea de avanzadas, y quedóse á la expectativa con el resto de sus fuerzas. El fuego bien dirigido de la infantería y el de dos baterías de montaña obligaron al enemigo á alejarse antes de la noche, después de haber causado á las tropas del tercer cuerpo nueve muertos y 36 heridos. Los informes españoles no especifican las pérdidas del enemigo; los marroquíes dijeron que habían entrado en fuego 7.500 y que tuvieron 10 muertos y 35 heridos: según esto, el número de bajas fué exactamente el mismo por ambas partes.

6.—Bombardeo de los fuertes de río Martín (1).

El 29 de diciembre de 1859 la escuadra española bombardeó la torre y la batería costera de la desembocadura de río Martín. El almirante Herrera había formado su flota en dos divisiones.

En la primera iban los vapores de ruedas *Vasco Núñez*—buque almirante—é *Isabel II*, y los de hélice *Princesa de Asturias* (2) y *Blanca*, con el velero *Reina*. La segunda se componía de los barcos *León*, *Colón*, *Vulcano* y *Santa Isabel*, vapores de ruedas, y de la corbeta *Villa de Bilbao*, remolcada por el *Santa Isabel*.

A la una y cuarenta y cinco minutos el *Vasco Núñez* rompió el fuego, que sostuvieron alternativamente todas las unidades que habían tomado posiciones; las baterías de tierra apenas respondieron, y sus artilleros las abandonaron á los pocos minutos. Quedaba la bandera marroquí izada en el fuerte; pero el almirante Herrera prohibió arriarla á cañonazos, *por no querer ensañarse en un enemigo que no respondía al fuego de sus buques*. A las cuatro de la tarde la escuadra se hizo á la mar con rumbo á Algeciras, sin haber sufrido más que ligeras averías. Sólo el *Princesa de Asturias* recibió una granada, que hirió á tres ó cuatro hombres.

Los españoles celebraron esta operación como un triunfo de su Marina; pero un informe marroquí, traducido y publicado por el *Gibraltar Chronicle*, aseguró que los defensores del fuerte no tuvieron ni un herido, y que como la escuadra española había fondeado demasiado lejos, no se dignaron siquiera responder á su saludo: sólo una batería desde una trinchera avanzada disparó algunos cañonazos. Schlagintweit considera por esta vez la versión marroquí más exacta que la española; con todo, hay que notar que pocos días después Iriarte encontró en muy mal estado el fuerte de río Martín, «efecto de los dos bombardeos consecutivos del almirante francés Desfossés y del español Herrera» (3).

(1) Schlagintweit: op. cit., pág. 276.

(2) «Uno de los últimos botados al agua en el Trocadero.» (G. de Lavigne: op. cit., pág. 34.)

(3) Iriarte: *Sous la tente*, pág. 153.

El período de la defensiva ha terminado. Largo y penoso para las tropas, monótono para el que lo estudia, contrasta con las vigorosas acciones que van á seguir; causa, sin embargo, en el alma una fuerte impresión, pues es imposible dejar de admirar las pruebas de tenacidad extrema que prodigaron los marroquíes en estos combates, tenacidad sólo comparable con la magnífica *paciencia* de los españoles, tomada esta palabra en su significación más amplia, en su significación latina.

(Se continuará.)



Los asuntos de Africa en las Cámaras españolas

Interpelación del Sr. Villanueva en el Congreso sobre la política del Gobierno de S. M. en Marruecos.

(Continuación.)

Sesión del 24 de marzo

El Sr. CERVERA: Señores diputados, al intervenir en este debate, promovido por la interpelación del Sr. Villanueva, he de hacer una declaración precisa, y es que quien ahora tiene el honor de dirigirse á la Cámara no es el diputado radical, no es el diputado republicano, hostil á la política de los señores que se sientan en el banco azul; que hoy este diputado es un ciudadano que, elevado á la representación nacional por la voluntad de sus electores, se propone, como se ha propuesto ya en otras ocasiones fuera del Parlamento, llevar un grano de arena á la obra de la regeneración política de España en Marruecos, á eso que se ha dado en llamar penetración pacífica en el Imperio marroquí. Después del discurso elocuente del Sr. Villanueva, perfectamente razonado, expuesto con su autoridad indiscutible, con su conocimiento de los asuntos de Marruecos, con su prestigio en el Parlamento, yo nada tendría que decir, y me había propuesto ser muy breve y limitarme á llenar algunos claros del discurso del Sr. Villanueva con manifestaciones de hechos en los que personalmente he intervenido. Pero ayer tarde el señor ministro de Estado, al reanudar su discurso interrumpido en la tarde anterior, hizo aquí lo que, á mi juicio, es una acusación á los diputados que expresen sus ideas en conformidad con lo dicho por el Sr. Villanueva. El señor ministro de Estado, revistiendo sus palabras con las formas diplomáticas y con la cultura propia de su lenguaje, dijo, ó quiso decir si no empleó la misma palabra, que consideraba antipatriótico el traer á la Cámara nuestras relaciones con una potencia amiga, y poner frente á frente los intereses españoles á los franceses; y como yo he de tratar de la política de Francia en Marruecos, completamente opuesta á la seguida por nuestro Gobierno en aquel país, he de recabar para mí el honor de ser tan patriota como los demás señores diputados.

Entiendo que en estos asuntos de Marruecos debiéramos todos, no sólo los partidos dinásticos, sino todos los que integran la política en España, seguir una misma línea de conducta y obrar en Marruecos con arreglo á un acuerdo preciso, el acuerdo más conveniente á los intereses de España en aquel país.

Me proponía ser brevísimo, como siempre procuro serlo, para no molestar á los señores diputados con mis palabras; pero las manifestaciones del señor ministro de Estado harán que me extienda algo más, aunque de todas maneras seré muy breve. Y he de empezar por donde comenzó también el Sr. Villanueva: por referirme á la actual Embajada enviada por el Gobierno del Rey á saludar al Sultán de Marruecos.

Sentó aquí el Sr. Villanueva que esa Embajada es únicamente clerical, desde el momento en que al frente de ella va el hermano del secretario de Estado del Papa, y le acompaña una representación de las Misiones franciscanas en Marruecos. Yo he de rectificar este concepto del Sr. Villanueva; y he de rectificarlo en un sentido tal vez muy atrevido, pero que explicaré después de haberlo expresado. En concepto mío, el verdadero representante de España para el Sultán, aquel á quien atenderá más será ese representante de las Misiones franciscanas de Marruecos (*Muy bien, en la minoría tradicionalista.*), y no irá más que para dar prestigio á esa figura, para darle relieve, nuestro representante diplomático en Tánger. Voy á explicar estas palabras.

Yo he asistido á esas Embajadas del Sultán; sé cómo se considera á los distintos personajes que forman parte de ellas, porque en algunas he tenido el honor de ser la primera figura, y eso consta en el Ministerio de Estado. El Sultán no atiende más que á los que hablan con él, á los que con él se entienden; y como nosotros tenemos la desgracia de que entre nuestros representantes diplomáticos no hay ni siquiera uno que conozca el idioma árabe, porque en el Ministerio de Estado se ha tenido muy poco cuidado en procurar que nuestros representantes y agregados de Embajada aprendan ese idioma, tenemos que valernos de intérpretes, y en esta ocasión el intérprete que va á Marruecos es el representante del obispo que hay en Tánger, y que conoce el árabe perfectamente. (*El Sr. Villanueva, dirigiéndose á la minoría tradicionalista: Y eso, ¿también está bien?*)

Yo ya sé que el señor ministro de Estado me dirá que con esa Embajada va un intérprete oficial; el de la Legación; pero ese intérprete, á quien conozco personalmente, conoce el árabe mucho menos que yo, y yo no me atrevería á actuar de intérprete en una Embajada que fuera á saludar al Sultán. El verdadero intérprete es el fraile franciscano que acompaña al Sr. Merry del Val.

Es necesario, antes de salir esas Embajadas de Tánger, que el representante nuestro informe al intérprete de todo cuanto tiene que hacerse en Fez, de todo cuanto tiene que decir al Sultán; ha de informarle perfectamente de cuándo ha de mostrarse enérgico, de hasta dónde debe llegar en sus manifestaciones y exigencias, cuándo debe ceder á las del Sultán, etc. Es decir, que antes de salir de Tánger el verdadero representante, el que sabe cómo y cuándo deben tratarse los asuntos diplomáticos que se llevan á la Corte del Sultán, es el intérprete, y este intérprete, en esta ocasión, es un reverendo fraile franciscano de la Misión que hay en Tánger. Esa es la verdadera Embajada que va á saludar al Sultán. Al llegar la Embajada á Fez se la recibe con todo el aparato que hoy se acostumbra, desde que Francia, esa potencia que es la que verdaderamente domina en Marruecos, impuso lo que debe hacerse con las Embajadas cuando van á Tánger; porque antes á nosotros se nos recibía de una manera muy depresiva, y la nación francesa, que envía siempre en las Embajadas á Fez representantes suyos que conocen el árabe—en eso nos lleva mucha ventaja—, se ha impuesto para que la recepción de las Embajadas sea decorosa para esos mismos embajadores. Se les recibe en una solemne

sesión á la que asiste toda la Corte del Sultán; se leen los discursos de rúbrica, y el embajador no vuelve á parecer por el palacio del Sultán: es el intérprete el que celebra conferencias reservadas con los ministros del Sultán, el que entra después en palacio á resolver todos los asuntos, el que se los da resueltos al representante de la Embajada que envía el Gobierno español.

Sucede que, terminada la Embajada, el Sultán, al despedirla, le hace regalos de cortesía que no significan nada. Al embajador, el ministro plenipotenciario el Sultán suele regalarle un caballo con una montura árabe, un sable y una espingarda; al secretario, un caballo; á los demás empleados, espingardas ó sables; y al intérprete, si es un representante de la Misión de San Francisco, le regala, ó una hermosa finca en Tánger, ó una hermosa parcela en el monte, ó una huerta de mucho valor; y ése es, Sr. Villanueva, el origen de las fincas que poseen los frailes en Tánger: los regalos que les ha hecho el Sultán á esos intérpretes que han prestado sus servicios en el transcurso de las negociaciones á las Embajadas.

Una de esas hermosas fincas, esa finca del monte á que se refería el Sr. Villanueva, es la que me movió á pedir la palabra. ¿Qué quiere decir el carácter clerical de esta Embajada? No es exclusivo de esta Embajada: es el carácter de nuestra representación constante en Marruecos, que ha sido eminentemente clerical siempre, desde que vivió en Marruecos y fué superior de aquellas Órdenes franciscanas el Rvdo. P. Lerchundi. El P. Lerchundi, el otro día hizo de él su elogio el Sr. Maura, era verdaderamente un hombre eminente, de gran talento, de grandes virtudes, de gran valer, de gran ilustración; conocía perfectamente la literatura árabe, era un verdadero orientalista, y al mismo tiempo era expansivo, franco, de un carácter alegre y decidor, y no sólo se honraban con su amistad los que participaban de sus mismas ideas, sino los que éramos adversarios suyos; yo me he honrado muchísimo con la amistad íntima del reverendo padre Lerchundi.

Tenía una gran huerta, y en esa huerta había días de expansión, días de recreo, en que á los que eran aragoneses les obsequiaba con la jota ó con lo que les era agradable, y á los que éramos valencianos nos obsequiaba con succulentas paellas, paellas en que se bebían ricos vinos y en que á los postres se saboreaba el *champagne*; los frailes franciscanos de Tánger no son á la antigua: son á la moderna, y más en la época del padre Lerchundi. El P. Lerchundi, que, empiezo por declararlo, era un hombre virtuoso, verdaderamente virtuoso y de buenas costumbres, tenía la debilidad que tienen todos los hombres; la materia no puede resistirse á los efectos de la materia, y á los postres, después del *champagne*, era más decidor, más locuaz, más expansivo que de costumbre, y ésos eran los momentos que aprovechábamos los que nos interesábamos por España para saber cómo pensaba el P. Lerchundi. (*Rumores.*)

Una elevadísima persona oficial residente en Madrid, á un funcionario público de la Legación de Tánger le pidió informes reservados particulares de muchas cosas que interesaban al país, y entre ellas le pidió su opinión particular respecto al P. Lerchundi, que allí era una figura que influía muchísimo en la política española en Marruecos.

Yo voy á leer un párrafo de ese informe, cuya copia tengo aquí. Es fácil que el señor ministro de Estado no le encuentre en el archivo de su departamento; pero le podré indicar reservadamente, porque reserva requiere, dónde encontrará el original de ese informe oficial, uno de cuyos párrafos dice así:

«Mi opinión personal respecto al P. José es la propia suya, expresada ayer precisamente en la finca del Monte después de una paella. Decía el P. Lerchundi: «Los franciscanos no podemos reconocer más que á un superior y una patria: nuestro rey y señor es San Francisco; y nuestra patria, Roma: así nos lo imponen nuestros votos.»

Eso hacía el P. Lerchundi en Tánger, y eso han seguido haciendo: servir á San Francisco y á Roma; pero no servir al Rey y á la Patria española. Esa es la influencia de los frailes franciscanos en aquel país.

Decía el Sr. Maura que los misioneros de San Francisco no habían ido á Marruecos á evangelizar. Indudablemente. ¿A qué han ido? Si no han ido á evangelizar, han ido á hacer política; y si han ido á hacer política, ¿es que el Ministerio de Estado no dispone de personal suficientemente apto para que pueda desarrollarse la política de España en Marruecos sin necesidad de la intervención de este elemento contrario á la diplomacia y que se inmiscuye en nuestros asuntos allí, no contando con el Ministerio de Estado, sino contando con Roma y con San Francisco?

Respecto de la evangelización, que ha sido el motivo de que vayan los frailes á Marruecos, he de hacer una declaración que he hecho en otras ocasiones fuera del Parlamento. Mientras han estado las Misiones franciscanas en Marruecos, ni un solo moro, ni un solo musulmán se ha convertido al cristianismo; en cambio, un reverendo franciscano de las Misiones de Tánger, enamorado de los ojos negros de una hermosa marroquí, cogió los hábitos y se fué con ella al interior, haciéndose musulmán. Esos han sido los triunfos evangélicos de nuestras Misiones franciscanas en Marruecos. (*Risas y rumores.*)

Pero los triunfos políticos han sido grandes, y voy á señalar uno, que es sabido de todos y puede confirmarse. En el *Diario de las Sesiones* del Congreso de aquella época aparecen las consecuencias de aquel triunfo político de los reverendos padres franciscanos á costa de los intereses de España.

En tiempo de Muley-Hassán, padre del actual Emperador y de Muley-Abd-el-Aziz, se envió una Embajada á Rabat. La formaban D. José Diosdado, entonces ministro plenipotenciario de España en Tánger, y el intérprete oficial D. Aníbal Reinaldos, verdadero arabista; pero les acompañaba también, porque siempre los frailes se han agregado á estas Embajadas, el P. Lerchundi. Llegados á Fez, después de la recepción oficial y aparatosa, se celebró una conferencia reservada, secreta, á la que asistieron, por parte de España, D. José Diosdado y el P. Lerchundi como intérprete; por parte de Marruecos, el Sultán, y dos pasos detrás del Sultán asistía á aquella conferencia Buajén, el ministro favorito de Muley Hassán desde que era pequeño, y al lado de Muley-Hassán, un árabe, del que precisamente, para hablar de otro asunto de que después he de tratar, he recibido hace tres días una carta, fecha 18 de este mes.

Este árabe conoce admirablemente el francés, conoce perfectamente el español, en español escribe, es muy inteligente, y él y el favorito Buajén estaban detrás del Sultán como dos postes, sin manifestar que entendían nada de lo que en aquella entrevista se trataba; pero, en realidad, como verdaderos consejeros. Voy á referir la conferencia del P. Lerchundi con el Sultán.

Llevaba aquella Misión el asunto más importante á resolver, la toma de posesión de Santa Cruz de Mar Pequeña, asunto que ha llevado también el Sr. Llabería y que han llevado todos nuestros representantes que han ido á Marruecos después de la guerra de Africa hasta la actualidad, sin que nunca haya podido resolverse asunto tan sencillo como tomar posesión de un punto del litoral á que tenemos perfecto derecho por el Tratado del año 1880.

Los franceses, sólo por la muerte de un médico en el interior, han tomado posesión, sin que constase en sus Tratados, de Uxda, la plaza más importante de la frontera de Argelia; y nosotros, que recientemente hemos tenido que deplorar el asesinato de una ciudadana española, de una mujer, hecho más grave que la muerte de ese francés, aunque fuese médico y doctor, no hemos sabido aprovechar esta circunstancia para im-

nermos al Sultán y tomar posesión de Santa Cruz de Mar Pequeña, que está donde á nosotros nos dé la gana, que está donde nosotros queramos, porque siempre el problema estriba en que no se encuentra. Claro; se destruyó aquella factoría, que era únicamente un torreón, y ellos han cuidado de hacer desaparecer los restos de él; pero nosotros somos bastante fuertes para tomar posesión de un punto de la costa cerca de Canarias, donde nos convenga que estuviese entonces Santa Cruz de Mar Pequeña, como han hecho los franceses.

Pues bien; aquella Embajada llevó la misión de exigir al Sultán la toma de posesión de Santa Cruz de Mar Pequeña, y el P. Lerchundi se dirigió al Sultán en la siguiente forma:

«A ti no te conviene que España tome posesión de Santa Cruz de Mar Pequeña. Tú opones como argumento poderoso que aquel país no lo dominas militarmente, que aquellas tribus se opondrán á esa toma de posesión, que te procurarán constantemente conflictos con España, y que necesitas tratar con aquellas tribus antes de que España tome posesión de ese punto, perfectamente determinado, marcado y señalado en el artículo 8.º de nuestro Tratado en Tetuán. Pues bien; aquí tienes un pretexto: yo diré esos mismos argumentos al Gobierno español; pero es preciso que me ayude á reforzar estos argumentos un Soberano que hay en Europa muy poderoso, que no tiene soldados ni barcos, que no puede hacerte daño alguno, que no puede ser enemigo terrible para ti, y que, por el contrario, puede ser un amigo muy poderoso. Ese Soberano es el Papa, es el jefe de la cristiandad, es nuestro *Cherif* religioso. Está bien con el Papa, ten la seguridad de que cuanto el Papa pida á muchos Soberanos cristianos de Europa se lo concederán, y tú tendrás un aliado muy poderoso sin que te cueste nada y sin peligro para la estabilidad y la tranquilidad de tu territorio.»

El P. Lerchundi gestionó entonces que fuese una Embajada marroquí á Roma con motivo del jubileo de Pío IX, triunfo colosal para el P. Lerchundi, que consiguió que así como todas las potencias cristianas del mundo enviaban embajadores á aquel jubileo, lo enviase hasta una potencia que se podría considerar como que es hereje para los cristianos, lo enviase nada menos que Marruecos, y se prestara á rendir homenaje al Soberano de la Humanidad. Este fué un triunfo del P. Lerchundi, suyo, personal, que le sirvió para adquirir gran preponderancia en Roma, y fué á costa de España, que pretendía en aquella ocasión tomar posesión de Santa Cruz de Mar Pequeña. Recordarán los señores diputados que aquel jubileo fué un barco nuestro de guerra que llevó un representante del Sultán, Mohamed Torres, acompañado del P. Lerchundi, á saludar al Papa, y que aquella manera de inmiscuirse en nuestra política de Marruecos costó entonces la pérdida de Santa Cruz de Mar Pequeña. Pues esto prueba lo que decía el P. Lerchundi: que él era representante de San Francisco, que su nación era Roma, que España no le importaba nada.

De aquí lo perjudicial de esa política de los reverendos frailes franciscanos para los intereses de España: que mientras vivió el P. Lerchundi consiguió tener metidos á nuestros representantes, como vulgarmente se dice, en el capuchón de su hábito, á tal punto, que él era el verdadero representante de España, pues ni un solo documento diplomático pasaba por mano de nuestros representantes, al menos mientras yo estuve allí, sin que antes pasase por manos del P. Lerchundi.

Y es más: allí donde hay ocasión de que esos frailes franciscanos se inmiscuyan en nuestra política, allí están ellos; y tenemos la prueba en lo que pasó cuando ocurrieron los sucesos de Melilla, pues apenas embarcaron los primeros batallones y regimientos, cuando en el acto se presentaron dos frailes franciscanos de las Misiones de Tánger, representantes del P. Lerchundi. ¿A qué? Aquél era un caso de guerra; allí no hacían

falta para nada los frailes franciscanos; ¿á qué fueron á Melilla? Todos los regimientos llevaban sus capellanes castrenses para el servicio religioso; allí fué la Cruz Roja con todo su material para prestar auxilio á los heridos y enfermos en campaña; ¿qué hacían allí los frailes? Yo lo sé; pero como la palabra es demasiado dura, y como esas cosas no puedo probarlas, sólo digo que podría decir que estaban allí como representantes nada más que del P. Lerchundi, ó como representantes del Sultán que iban á dar cuenta al Sultán de todo lo que ocurría en nuestras plazas. (*Rumores. El Sr. Díaz Aguado: Eso es muy grave para que se pueda decir sin prueba.*) Ya he dicho que no tengo pruebas de ello. (*El Sr. Díaz Aguado: Acusa S. S. á dos españoles de traición, sin pruebas.*) No, señor; doy mi opinión particular. (*El Sr. Díaz Aguado: Yo creo que no se puede dar opinión de un ausente diciendo que es un traidor.*) Yo tengo motivos para creerlo, y la prueba es que la Misión que fué á Rabat dió por resultado la venta de Santa Cruz de Mar Pequeña por la Embajada que fué á Roma, y eso era mucho más grave, y, por consiguiente, tengo motivos para suponer á qué fueron esos frailes franciscanos á Melilla; porque si no, ¿á qué fueron? (*El Sr. Díaz Aguado: ¿Puede negar S. S. los servicios del P. Sabater en la guerra del año 60? ¿A qué fué el P. Sabater? ¿A qué fué sino á ser un consuelo desde el capitán general hasta el último soldado de los que se batían por España?*) Eso fué en otra expedición. (*El Sr. Díaz Aguado: Pues á eso podían ir esos dos frailes á Melilla.*) Eso fué en otra expedición, no en Melilla; y continúo.

Es opinión que tengo formada de ellos con perfectísimos documentos que pueden comprobarla. (*El Sr. Díaz Aguado: Pues á comprobarlo.*) Voy á continuar.

Lo sucedido en aquella Embajada que fué á Marruecos como consecuencia de los acontecimientos de Melilla fué que el embajador era el general Martínez Campos, un hombre de carácter, de grandes corazonadas, de gran inteligencia, verdadero español, noble y leal, que hizo caso omiso del P. Lerchundi y de cuantos le acompañaron en la Embajada marroquí, y aquella fué la única Embajada de España que consiguió triunfos positivos para nuestra política en el Imperio de Marruecos en todo el siglo pasado.

Viene esto á comprobar que la conducta de los elementos diplomáticos en Marruecos no es provechosa á los intereses de España, y que cuando intervienen en esa política elementos militares es cuando se obtiene algo positivo, como lo está demostrando actualmente la conducta del general Marina en Melilla: á su iniciativa, á su talento, á su tacto, á su diplomacia con las tribus que rodean á Melilla se debe el que se haya extendido nuestra influencia hasta el Cabo de Agua y que se haya ocupado la Restinga y este mismo Cabo de Agua. ¿Por qué? Porque Melilla está lejos de la esfera de acción de Tánger, porque en Melilla no influye para nada la política de las Misiones franciscanas. En cambio, en Ceuta, yo, con permiso del señor ministro de Estado, porque tal vez en este punto vaya más allá de lo que él quiera, tengo que decir que no hemos logrado que la zona de acción de nuestra influencia se extienda más allá de la plaza, á pesar de los trabajos, de los buenos deseos del dignísimo general que tiene aquel mando; y es porque allí influye Tetuán, que está muy cerca, donde hay una Misión franciscana; allí influye Tánger, que está por el otro lado, y, además, allí está la influencia francesa, de la que después, y no sé si hacerlo ahora, debo ocuparme, no para indisponernos con Francia, no para poner los trabajos que la nación francesa lleva allí á cabo enfrente de los que realizamos nosotros, sino para probar que Francia sigue una política diametralmente opuesta á la nuestra, política que me parece que hace bien en seguir, y que lamento que no sea por nosotros imitada.

En nuestras plazas fuertes, sobre todo en Ceuta, hay una compañía de moros tiradores del Rif. Nosotros no hemos procurado atraernos á los árabes; esa compañía existe allí desde tiempo inmemorial, y ya debía haberse convertido, como lo han hecho los fran-

casas en la Argelia, en uno ó dos regimientos. Nosotros podíamos tener regimientos de árabes que nos serían perfectamente leales si con ellos se siguiese otra conducta y otra política que la que se sigue. Lo que sucede es que á los soldados que forman esta compañía que hay en Ceuta no se les reconoce la nacionalidad española hasta que llevan veinte años de servicios; de manera que un soldado que entra en esa compañía á los veinte ó veinticinco años y á los quince de servicio se cansa y le abandona, tiene que irse á buscar su vida fuera de la frontera, á Marruecos, y este soldado que ha servido á España, que ha sido súbdito nuestro, que muchas veces ha castigado á los árabes que han faltado á sus deberes dentro de nuestra frontera, se encuentra completamente abandonado por nosotros, no puede estar bajo la bandera española, y los moros que se hallan en ese caso son vejados, castigados, perseguidos por las autoridades marroquíes al otro lado de nuestra frontera. Los franceses, por el contrario, desde el momento en que un árabe se alista en sus banderas, le consideran como súbdito francés y queda bajo la protección de Francia.

Si nosotros siguiéramos este ejemplo, podríamos tener á nuestro servicio un núcleo de soldados árabes que nos serían muy útiles, porque la compañía que hay en Ceuta ha prestado grandes servicios á España. Yo he tenido á uno de aquellos moros de asistente, y me ha prestado inmejorables servicios. Si llegase la guerra, que yo no la deseo, ni la quiere hoy el elemento militar, pero muchas veces la guerra es inevitable por mil causas independientes de la voluntad de los pueblos y de los Gobiernos, si llegase la guerra, tendríamos un núcleo de soldados que nos podía prestar el mismo servicio que están prestando á Francia sus tropas irregulares, como se ha visto en los acontecimientos de Casablanca.

Todos recordaréis que en los combates sostenidos recientemente en Marruecos por las tropas francesas todo el ataque de los marroquíes, todo el furor del combate le han sufrido los árabes, que iban en vanguardia, ahorrando así muchas vidas de oficiales y soldados del Ejército regular francés. Y no es ésta la sola ventaja que esas tropas proporcionan á Francia, sino que, además, cuando los marroquíes ven luchar enfrente de ellos á un ejército en que figuran soldados que tienen la religión mahometana, aquella nación se engrandece más á sus ojos, y esto contribuye á que se presten á ser súbditos franceses, á aliarse con Francia, á respetarla, á desear su protección. Esta es la gran política que ha seguido Francia.

Los franceses constantemente están avanzando en Marruecos: yo no niego su lealtad para con nosotros; pero el hecho es ése.

Hace muchos años, siendo yo un sencillo oficial, tuve que acompañar al general Cassola en una visita que hizo al Sr. Cánovas del Castillo, y recuerdo que el Sr. Cánovas dijo entonces que si los franceses ocupaban Figui, ello sería causa del rompimiento de nuestras relaciones con Francia, porque significaría que había desaparecido el *statu quo* territorial de Marruecos. Sin embargo, hoy Francia se ha apoderado de Figui, y no ha pasado nada.

¿Cómo han avanzado hasta allí? ¿Cómo están avanzando por Uxda hasta las orillas del Muluya, y por el Sum y por el Mum? ¿Cómo han avanzado en las inmediaciones de Casablanca? Pues protegiendo á todos aquellos moros de influencia, de valer y de fortuna que hay en Marruecos, á lo cual nos hemos negado siempre nosotros; prestando protección á esos moros que poseen grandes territorios, porque en el momento en que están bajo la protección de Francia, esos terrenos se consideran franceses. De manera que cuando los franceses avanzan hacia Uxda ó el Muluya, van por terreno que es suyo, que han comprado á los árabes.

Actualmente se ha formado en Francia una Comisión que se llama Comité de Ma-

rruecos, de cuyo Comité es presidente un ex ministro de la Guerra, y vicepresidente, un general del Ejército; Comité que está formado por miembros del Instituto, miembros de la Cámara, etc. Pues bien; ese Comité ha enviado recientemente, en el año actual y en el anterior, varias Comisiones científicas y propagandistas de la influencia de Francia en Marruecos, y aunque esto no lo han hecho público, yo puedo traer los datos aquí mañana. Estas Comisiones van comprando territorios, van apoderándose del país comercialmente, con su gran influencia, concediendo protección, en nombre del Gobierno francés, á los súbditos marroquíes más poderosos, y hoy están avanzando por el sur de Mum, en esas desembocaduras donde se supone que estuvo Santa Cruz de Mar Pequeña.

Así que es muy posible que cuando nosotros, para defender á las islas Canarias, para dar expansión á su comercio, queramos posesionarnos de esa costa donde estaba Santa Cruz de Mar Pequeña, que ya debía ser nuestra, nos encontremos con que la influencia francesa, con que los particulares, súbditos franceses, son dueños de aquellos terrenos y tienen la simpatía del país, en cuyo caso nos será completamente imposible avanzar política ni comercialmente por aquellos territorios, que debieran estar ya, repito, dentro de nuestra zona de influencia.

Todo esto me consta que es cierto, y es muy posible que le conste también al señor ministro de Estado.

El gobernador militar de Ceuta no ha podido avanzar en esa zona de influencia que el Convenio de Algeciras nos concedió, porque los árabes de un caserío que llaman Cup, entre Tetuán y Ceuta, están en tratos para vender á una Comisión de súbditos franceses aquellos territorios, y al querer nuestro general intervenir en el asunto, parece ser que no se le han dado los recursos necesarios para que se deshaga la negociación que esos árabes tienen con los franceses. Parece ser que esos árabes ofrecieron los terrenos á nuestro Gobierno ó á nuestras autoridades, ó á alguna persona que tiene influencia con nuestro Gobierno y con nuestras autoridades; pero lo cierto es que aquellos terrenos, que debían ser de nuestra zona de influencia, serán de la de los franceses cuando queramos nosotros penetrar en Tetuán.

Hay también otros asuntos allí en las inmediaciones de Ceuta que, en virtud de las palabras pronunciadas ayer por el señor ministro de Estado, yo no me atrevo á tratar en la Cámara, puesto que él los conoce lo mismo que yo; pero creo que debemos procurar ya de una vez el llegar á tiempo, y no tarde, como hasta ahora, porque nuestra plaza de Ceuta no está á salvo, no está á cubierto de un ataque del interior, es decir, lo está hoy con los elementos que tienen los árabes.

Hoy los árabes no poseen artillería; pero si llegase el caso desgraciado de una guerra, es de suponer que no irían solos, que alguien les daría ejército, que alguien les daría piezas de campaña y piezas de combate, y nuestras plazas y nuestros fuertes estarían completamente al descubierto contra las posiciones inmediatas que, con arreglo al Tratado de Algeciras, debieran estar dentro de nuestra zona de influencia y debían estar ya actualmente en nuestro poder.

Yo no quiero hablar de los disturbios, de los disgustos, de lo que ha pasado en Casablanca, que esto es muy triste, y más vale que no se diga en la Cámara; pero sí he de hacer una observación, á la cual se refiere la carta que he recibido hace pocos días.

A Fex ha ido una Embajada francesa; ha estado allí antes que la nuestra. Yo no quiero entrar en discusión ni ocuparme de lo que aquí insinuó ya el Sr. Villanueva referente á este asunto; ya lo discutirá él con S. S.; pero sí he de adelantar que me consta cómo el Sultán se mostró muy sorprendido de que se hubiese celebrado el Convenio francoalemán, que la primera noticia se la dió el embajador francés, y que, lamentándose, dijo que sentía no haber recibido más tarde esa noticia para demostrar al emba-

jador francés que sin ella y sin el abandono de Alemania, el Sultán le hubiese concedido todo lo que pretendía, todas las peticiones que llevaba. Y después de esto, cuando ya el Sultán se ha encontrado casi abandonado y en brazos de Francia, se ha tratado del relevo de las guarniciones francesas que ocupan la Chaux, provincia importantísima, de las más ricas de Marruecos, en las inmediaciones de Casablanca. El Sultán pretendía que esas guarniciones fueran relevadas por soldados marroquíes, y Francia ha impuesto que esas guarniciones marroquíes estén mandadas por oficiales franceses. Esto es lo que no debe consentir el Gobierno español, porque esto es contrario al Acta de Algeciras.

Según ella, los oficiales de España y de Francia deben mandar las fuerzas de la policía en las plazas de las costas; pero de ninguna manera puede mandar Francia las fuerzas que ocupan el interior, porque esto le dará una gran preponderancia, que dentro de pocos años significará que la Chaux será francesa, como lo es el Figui, como lo es Uxda y todo el territorio de la orilla derecha del Muluya.

Podría decir mucho más; se podría estar hablando de los asuntos de Marruecos todas las sesiones que quedan hasta que acabe la legislatura, y tratar de asuntos importantísimos; pero ya he dicho que no me gusta ser extenso, porque no tengo condiciones para pronunciar discursos, ni molestar á la Cámara.

Voy á acabar, no sé si con un ruego ó con una pregunta al Sr. Villanueva, que es el que ha iniciado este debate.

El partido liberal, más tarde ó más temprano, será Poder. Es muy posible que el señor Villanueva—tiene condiciones para ello; alguna vez ha sido ministro—ocupe el banco azul. El Sr. Villanueva cree, según parece por las manifestaciones que ha hecho, que la política de las Misiones franciscanas en Tánger es perjudicial para los intereses de España, y podría hacer aquí la declaración de si cuando sea Poder y vaya al Ministerio de Estado (yo me alegraría muchísimo de ello) dispondrá algo para que salgan de Marruecos esas Misiones, que tan perjudiciales son para nuestros intereses. (*Rumores.*)

Y con esto doy por terminada mi corta intervención en este asunto.

El señor ministro de ESTADO: Yo me propongo, señores diputados, recoger ahora brevemente algunas de las indicaciones importantes del Sr. Cervera, sin perjuicio de que sabiendo que han de intervenir otros señores senadores... (*Varios señores diputados: Diputados.—Risas.*) No lo extrañéis; es la costumbre. Teniendo que intervenir varios señores diputados, seguramente me he de ver obligado á hacer un resumen, que haré con mucho gusto, y entonces recogeré lo más importante del discurso de S. S.; pero debo decirle de momento que no me entendió bien, seguramente, cuando ha pensado que el ministro de Estado había dicho que hay falta de patriotismo en tratar de la política de otros países que no sean España. No; libres son los señores diputados de examinar en la historia y en la actualidad también toda política que no sea la nuestra; lo que yo hice fué un llamamiento, que así lo denominé, para que no se buscaran suspicacias y recelos en aquello en que se trataba de contratos con otras naciones para achacar deslealtades ó falta de buena fe. Sobre este punto llamé la atención, porque creí que era mi deber hacerlo; que, por lo demás, todos los señores diputados tienen el derecho, que aquí nadie les puede negar, yo jamás se lo negué, de tratar estas cuestiones de política exterior, y compararla con la nuestra, dentro siempre de los términos de prudencia que usan los señores diputados.

No está en lo cierto el Sr. Cervera cuando, recordando Embajadas de las que su señoría formó parte como agregado militar, cree que las actuales van en las mismas condiciones; es decir, que el único intérprete que lleva el ministro de España, lo mismo en Rabat que ahora en Fez, sea un representante de la Orden franciscana. Su señoría co-

noce al intérprete oficial, aunque añade que no domina el árabe vulgar como fuera menester: ésa es la opinión de S. S.; pero sabe además que tenemos un agente en Fez, el Sr. Cortés, que conoce bien el idioma, y sabe además que forman parte de la Embajada el coronel Marengo y el Dr. Berenguer, como agregado, que hablan admirablemente el árabe vulgar, y, por tanto, constantemente el ministro de España en Tánger, embajador en Fez, tiene á su lado personas para entenderse con el Sultán y con los ministros que forman el Majzen. Creo que esto dará á S. S. garantía suficiente de que ha de haber una comunicación perfecta, como me consta por los telegramas que de allí recibo, entre nuestros encargados de los asuntos exteriores, el Sultán y sus ministros.

La pintura que ha hecho S. S. del ilustre P. José de Lerchundi ha sido bien triste, en el sentido de que, reconociendo S. S. á aquel varón tantas virtudes, tanto saber y tantas buenas condiciones, que hacían que S. S. fuera un admirador suyo, aunque de él le separaran grandes abismos, le ha pintado después en el sentido más triste que se puede hacer de una persona y de un hombre de quien tienen conocimiento muchos que le trataron y saben que no pudo ser un desleal y un traidor. Era, yo lo creo, un patriota, un español que, aunque en el orden religioso dependiese de donde dependiese, no creo que haya motivo, ni creo que sobre esto podrá aducir S. S. prueba alguna, ni ha de haberla en el informe oficial á que S. S. se refiere, y que yo veré con los antecedentes que su señoría me indique, para decir que aquel ilustre varón fuera un espía del Sultán enfrente de los intereses de España, ya en aquel momento de expansión en que S. S. lo pintaba, ya en cualquier estado de aquel hombre frugal, sereno, de aquel hombre que seguramente no se hallaba en las condiciones que S. S. indicaba. Yo estoy seguro de que S. S., en su recto juicio, habiéndole conocido y querido, no habrá tratado de dar á algunas de sus manifestaciones el alcance de pensar, porque no es posible que fuera un espía ni un traidor.

Era un verdadero español; y buena prueba es que S. S., que asistió á aquella Embajada del Sr. Diosdado, representante de España, dice que obtuvo éxito á pesar de esa ingerencia del P. Lerchundi. No sería tanta su deslealtad cuando el ministro de España consiguió entonces el éxito que S. S. mismo ha reconocido.

Santa Cruz de Mar Pequeña. No me propongo en este momento, es materia que tiene muchos antecedentes, recordar á la Cámara lo ocurrido desde el Tratado de Wad-Rás, de donde nace esta cesión del Sultán á España de la antigua fortaleza que construyeron los canarios, cesión que ha sido objeto de negociaciones tanto en la Embajada del señor Diosdado como en algunas otras, en la del Sr. Ojeda, por lo menos, que ahora recuerde, en que se llegó á fijar el punto donde había de emplazarse la factoría de Mar Pequeña, de Santa Cruz de Mar Pequeña, como entonces se denominaba.

Se llegó al acuerdo de que fuese un recinto cerrado, que no pudiera ser traspasado sino bajo pena de muerte, y España no creyó que era conveniente llevar allí la factoría si no se modificaban esas condiciones y se llegaba á una situación que después se ha intentado conseguir, reconozco que inútilmente, pero no se ha dejado de la mano la negociación en Rabat, y ahora en Fez, no diré que se ultime, pero sí que se negocia; y eso, comprenderán el Sr. Cervera y los demás señores diputados que me obliga á no seguir en este camino, porque la cuestión está pendiente de trámites, desgraciadamente, muy largos. De todas suertes, se está negociando, y, sin perjuicio de tratar este asunto en próximo día, por el momento no puedo hacer oferta ninguna á la Cámara por la razón que acabo de exponer.

Melilla y Ceuta. Su señoría ha reconocido, no podía menos de suceder, cuanto yo tuve el gusto de exponer en tardes anteriores respecto á la acción que allí se está ejercitando por España, aprovechando el Gobierno con mucho gusto las extraordinarias

condiciones de las dos autoridades militares que tenemos en aquellas plazas, que han seguido las inspiraciones del Gobierno, que han cumplido sus órdenes y que han funcionado siempre en condiciones tales, que se ha podido realizar lo que sabe el Congreso y no he de repetir en este momento.

¿Cuál era la crítica del Sr. Cervera en este punto? En cuanto á Melilla, reconocía el progreso realizado de una manera bien fácil, porque ha resultado fácil. Al empezar estas cosas no se sabe lo que puede suceder; pero en esta ocasión el plan estaba basado en el conocimiento exacto de la situación de los poblados y de las tribus fronterizas, y se ha llevado á cabo en forma tan satisfactoria, que ha transcurrido un año sin que se registren otros hechos sino aquellos que, como el de la Restinga y el de Cabo de Agua, demuestran la atracción que España ejerce sobre los indígenas. Su señoría habrá leído lo que el distinguido coronel Larrea ha dicho ante los habitantes más principales de aquella región, y cómo han respondido éstos (por algunos se dirá que en términos de sumisión; pero yo quiero llamarlos de afecto y de cariño) á los actos que ha realizado el Gobierno, en virtud de los cuales ha terminado ya la construcción del somatén ó dispensario, y se ha colocado la primera piedra sobre el terreno en que ha de ser edificada la escuela.

Echa S. S. de menos algo muy interesante de que he de ocuparme con toda la extensión que el caso merece, y es la creación de fuerzas indígenas con organización propiamente militar. Yo atribuyo mucha importancia á eso, y todos los que se ocupan de esta materia saben que el organizar las fuerzas indígenas tiene un interés muy grande, muy efectivo, porque representa una acción política que tiende á atraer una porción de familias que han de vivir al amparo y al cariño de la nación que trata de prohibirlas.

Pero no comparemos el caso de Francia con el de España en este punto. La frontera argelina y la sudoranesa, pero sobre todo la gran masa de Argelia, permite que todas las organizaciones militares que se dan allí se formen con indígenas, con gente del país; pero por la dominación completa y absoluta que Francia ejerce en aquellos extensos territorios, hay una población que puede considerarse francesa, entre la cual se puede reclutar con toda seguridad elementos para formar Cuerpos militares. En esto está la diferencia, que S. S. reconocerá, porque es evidente.

Sabe el Sr. Cervera que en Cabo de Agua se ha organizado una policía indígena de infantería y de caballería, en corto número, pero el suficiente para establecer una policía que no tiene precisamente el carácter militar español, en cuanto no se compone de soldados filiados, aunque tengan en ella intervención las clases que la dirigen y la instruyen.

Es distinta la policía que se ha creado por cuenta del Ministerio de Estado, aunque parezca extraño, pero así es, y responde á un reclutamiento que ya tiene carácter de nacionalidad, como sucede en la Argelia. Pero yo estoy conforme en el principio del aumento de esos regimientos, aunque eso no siempre es posible; pero el aumento de la compañía de tiradores del Rif es un acto político que está al alcance de todos, y esto lo han reconocido muchas personas y es materia de la que el Gobierno se ha ocupado, como sabe S. S., aumentando, quizá duplicando, en Ceuta el número de esos tiradores del Rif reclutados por la parte de Melilla, donde hay mayor población que por la parte de Sierra Bullones.

Pero esto, repito, es una materia á estudiar y á resolver y que tendrá su desarrollo, si nos encontramos con facilidades en aquellos territorios, en la misma forma que ha ocurrido en Argelia.

Yo, en este punto, no hago más que recoger las ideas de los señores diputados; porque ya comprenderá la Cámara que no estoy capacitado para ello, tratándose de un

asunto de gobierno, y que afecta principalmente al Ministerio de la Guerra; pero recogidas quedan las ideas, con mucho gusto por mi parte.

No es nuevo para el Gobierno—ya lo comprenderá el Sr. Cervera—que unos terrenos del Kus, entre Ceuta y Tetuán, en el antiguo camino que abrieron nuestros ingenieros militares en los años 1860 y 1861, hayan sido objeto de especulación, de oferta, y que haya intervenido, con annuencia y por órdenes del Gobierno, la autoridad militar de Ceuta; y si S. S. tiene alguna idea acerca de esta materia... (*El Sr. Cervera: Completa.*) Pues el Gobierno las tiene también completas; porque habiendo intervenido las autoridades militares, el Gobierno sabe por completo lo que ha ocurrido, y que sobre esta materia habrá podido haber dificultades, nacidas de la misma legislación árabe, por parte de los dueños de estos terrenos. Pero sabe también S. S. que el Gobierno no encuentra facilidades para adquirir, como Gobierno, terrenos, porque no existen para estos fines medios en el Presupuesto, como ocurre en otras naciones.

Públicos son decretos del Ministerio de Fomento por los cuales entidades que representan al Gobierno (no el Gobierno mismo), unas entidades como son las Juntas de Obras de puertos, pueden realizar en esas plazas fuertes obras de cierta naturaleza, obras de progreso, abrir vías de comunicación, en general, pudiéndose llegar á una solución por este camino. Y sin que yo la indique de momento, pues no hago ahora más que recoger las observaciones del Sr. Cervera, puedo afirmar ante la Cámara que el Gobierno se ocupa de esto, que no abandona esta materia con otras muchas conexas y que tanto nos afecte.

Como he de recoger—según antes he ofrecido á los señores diputados—todo cuanto sobre esta materia se sirvan indicarme, por el momento creo haber dicho lo más indispensable refiriéndome á las palabras pronunciadas por el Sr. Cervera.

El Sr. CERVERA: Los intérpretes. Los intérpretes que acompañan á la Embajada desde luego conocen el árabe vulgar; pero es necesario, para entenderse con el Sultán, que conozcan perfectamente el árabe literario. El Sultán es una persona instruida en su país, y su lenguaje es el árabe literario, el cual conocía perfectamente el P. Lerchundi, y no conocen esos intérpretes que acompañan á la Embajada.

Hay en Marruecos un funcionario del Ministerio de Estado que conoce perfectamente el árabe literario y que desempeña el cargo de cónsul en Larache, que es el Sr. Zugasti, que ha ido ya en otras Embajadas, que ha prestado muy buenos servicios, y que bien pudiera haber ido de intérprete acompañando á esa Embajada. El que va no conoce seguramente el árabe literario, que es el árabe clásico, el de las personas distinguidas, que se diferencia mucho del árabe vulgar, como aquí el castellano que habla una persona culta é ilustrada es muy distinto del que hablan por las calles los que venden, por ejemplo, *La Correspondencia* ó *El Imparcial*, y para hablar hay mucha más diferencia entre el árabe literario y el vulgar, que entre el castellano que hablan los *golfo*s de la calle y el que hablan los literatos. Ninguno de esos desgraciados podría ir de intérprete con ninguna Embajada nuestra á la América del Sur, por ejemplo, ó á cualquier parte en concepto de funcionario público. Aquí hay quien conoce el árabe literario; pero es que tienen interés esas Misiones franciscanas en que vayan allí intérpretes que no conozcan el árabe literario, para enviar ellas un intérprete suyo que les dé cuenta de todas las negociaciones.

Yo he hablado del P. Lerchundi con todo respeto, y en las indicaciones que he hecho de ninguna manera me he referido á que faltase jamás á sus deberes ó á que dejase de ser virtuoso. No; he dicho que era más locuaz, que estaba más animado y expansivo en determinados momentos, sin que esto signifique que dejase de ser prudente y comedido en todos sus actos.

Respecto á Melilla, estamos de acuerdo el señor ministro de Estado y yo en que los trabajos que se han hecho se han debido á la competencia, al valer, á las condiciones de nuestro gobernador militar en Melilla. Esa misma conducta pudo seguirse en todos los demás actos.

Yo no he querido tratar la cuestión de Ceuta: ya sé que S. S. la conoce perfectamente; yo la conozco también, y por esa misma prudencia que S. S. recomendaba ayer, he creído que en sus detalles no ha debido venir la cuestión á la Cámara. Por eso no la he tratado; por eso me he limitado á solicitar de S. S. y del Gobierno que no abandone ese asunto que está sobre el tapete, porque de un momento á otro puede surgir la dificultad de que esos terrenos sean un inconveniente para nuestra expansión en aquel territorio.

Respecto á Santa Cruz, el Sultán nos concedió allí un fuerte para que hubiese unos cuantos españoles, y tomando posesión de Santa Cruz de Mar Pequeña, la influencia del gobernador que se nombrase para aquella plaza ya se extendería entre aquellos árabes, que no obedecen al Sultán, que no le respetan, que no le quieren, porque el territorio no está bajo su dominio.

En cuanto á la organización de las fuerzas militares indígenas, verdaderamente Francia cuenta con más elementos que nosotros; pero se puede hacer fácilmente en nuestras plazas fuertes, porque, dados los vejámenes que sufren y lo castigadas que se encuentran aquellas tribus, vendrán con los brazos abiertos á nosotros, sobre todo si se les dan facilidades y se les reconoce la ciudadanía española desde el momento en que formen en nuestras filas.

Como S. S. ha de contestar al Sr. Villanueva en todo lo demás, me doy por satisfecho con la contestación de S. S.

Sesión del 26 de marzo

El Sr. MAURA Y GAMAZO: Gusto poco, señores diputados, de imponer á vuestra cortesía la molestia de oírme, á menos que, por pertenecer á una Comisión ó por otro deber análogo, no me vea á ello obligado.

Escuché en tardes pasadas al Sr. Villanueva con la atención que su persona y el asunto por él tratado merecen siempre, sin ánimo de intervenir en esta interpelación; pero son tantas y tales las dotes que en mi amigo particular el Sr. Villanueva concurren, que ellas prestan á mis afirmaciones, que son á veces opiniones particularísimas, un carácter decisivo y terminante de verdad inconcusa, provocando en los oyentes un fenómeno observado, no sólo en mí, sino en muchos señores diputados, que consiste en el afán inspirado á los oyentes de pedir la palabra y acudir á la contienda, para desvanecer, ó para procurarlo al menos, los argumentos que salen de labios del Sr. Villanueva.

Esta vez no he podido yo resistir ese impulso, y claro es que al pedir la palabra no me proponía intervenir en aquella parte del discurso del Sr. Villanueva que se refiere á la política actual del Gobierno en Marruecos. Sería siempre impropio de mis medios que yo interviniera con ese objeto; sería además ridículo después del elocuente y, como suyo, magistral discurso del señor ministro de Estado.

He pedido la palabra tan sólo para examinar aquella otra parte del discurso del señor Villanueva que se refiere á la historia más ó menos retrospectiva de la política internacional española, y singularmente de la parte de esa política que con el problema de Marruecos se relaciona.

Voy á tratar de demostrar al Congreso que el Sr. Villanueva no ha logrado el propósito que sin duda tuvo, puesto que lo proclamó, de sustraer esta cuestión al ambiente de calor y de parcialidad en que se mueven, y es natural que se muevan, las cuestiones que generalmente se tratan en este recinto político; que no lo logró S. S., y que es deplorable que no lo lograra, tanto por la índole de la cuestión, como por el momento que escogió S. S. para tratarla ante la Cámara.

Digo que existió el propósito, porque entre las palabras que pronunció el primer día el Sr. Villanueva se encuentra este párrafo:

«Yo quiero ser justo en estas materias, que por no constituir para mí temor de oposición nacional, me importa consignar de modo que resalte que no son opiniones mías, sino hechos escuetos, los que expongo ante la consideración del país.»

Y á renglón seguido de anunciar estos propósitos aborda el Sr. Villanueva—*aun cuando, como veis, cuida de advertir que quiere ser justo por una sola vez*—la siguiente tesis: que en Marruecos se han seguido dos políticas distintas: una liberal, expansiva, que prescinde de cuestiones religiosas, y otra reaccionaria, estrecha, que mira la cuestión de Marruecos principalmente desde el punto de vista religioso: la primera es la política de Carlos III y sus ministros; la segunda, la que siguen Carlos IV y los Gobiernos que se suceden en España hasta la revolución de septiembre. Se vuelve á la primera política desde la revolución hasta hace poco tiempo, y estamos de nuevo en la política reaccionaria de Carlos IV. Pero vamos á examinar los hechos escuetos que sustentan la tesis, y vamos á ello convencido yo de la abrumadora superioridad de entendimiento y de palabra que sobre mí tiene el Sr. Villanueva; vamos á examinar la realidad, que va á ser mi única fuerza, de los hechos escuetos.

A raíz del párrafo de los propósitos viene éste:

«Los Convenios que se recuerdan celebrados en Marruecos desde 1767 y durante el reinado de Carlos III, que son varios, reflejan la sabiduría del conde de Aranda, del conde de Floridablanca (recuérdenlo bien los señores diputados) y de aquellos políticos, y hay en ellos toda clase de medidas previsoras para las relaciones que manteníamos con Marruecos. No encontraréis en ellos ni una sola línea consagrada á materias religiosas. Eso empezó en los Convenios de la decadencia de Carlos IV, y continuó, no hay para qué decirlo, hasta los días de la revolución de septiembre.»

Tratándose de persona que, como el Sr. Villanueva, domina como muy pocos, y desde luego mucho mejor que yo, estas materias, no puede ser sino el apasionamiento el que dicte estas palabras, porque S. S. sabe mejor que yo que hacia el año 1764 ó 1765 reinaba en Marruecos Sidi-Mahomed, Sultán tolerante, amigo de los cristianos, y singularmente de los españoles, en relación ya en virtud de los Tratados anteriores con Francia, pero no con España, con la cual no había tenido hasta entonces otras relaciones que las de la guerra. Por esa época se le ocurrió á ese Sultán comisionar á un fraile para que gestionara en Madrid la liberación de los cautivos marroquíes que estaban en España. Logró éxito la negociación de este fraile, y el Sultán, en justa correspondencia, puso también en libertad á todos los cautivos españoles que había en Marruecos.

En vista de este primer resultado feliz de la negociación, comisionó Sidi-Mahomed á dos frailes franciscanos para que sondearan en España la oportunidad de llegar á un Tratado de paz y amistad como el que tenía Marruecos con Francia, y aceptada en principio la negociación por la Corte de Madrid, comisionó ésta á otro fraile, Fr. Bartolomé Girón de la Concepción, para que precisase ya los términos del Tratado de paz. Cuando este fraile hubo terminado su misión, aceptando Marruecos las condiciones de España, se nombró ya embajador oficialmente á D. Jorge Juan, que es quien firma el Tratado de 1767. ¿Cómo se ha de hablar de materia religiosa en el Tratado que negocia-

ron aquellos frailes, que estaban en las mejores relaciones con el Sultán de Marruecos y con la Corte de España?

Pero llevó el Sr. Villanueva su pasión política en este punto al extremo de citar en apoyo de su tesis al conde de Floridablanca. A raíz de ese Tratado se rompen de nuevo las negociaciones de España con Marruecos y hay una guerra, y cuando se va á la paz se redacta en árabe, por encargo del conde de Floridablanca, el Tratado, no de paz y amistad general, como los anteriores, sino de paz después de las hostilidades, y es enviado el Tratado á Sidi-Mahomed.

Extrañóle al Sultán que estando en árabe el escrito no tenga en el encabezamiento aquellas alabanzas á Alá y á Mahoma, su profeta, que son protocolarias en los documentos diplomáticos marroquíes, y se lo devuelve á ese tolerante conde de Floridablanca, que no se ocupaba de materias religiosas, diciéndole que le extraña que estando en árabe no tenga esa cláusula.

El conde de Floridablanca le contesta que ese Tratado está escrito por un árabe cristiano, y que por eso alaba al Dios á quien siempre alabamos nosotros para que nos ilumine y nos guíe en nuestros actos, y hace firmar el Tratado en esa forma al Sultán de Marruecos. Pero hay más: Floridablanca, y repito que esto lo sabe S. S. mejor que yo, representa en nuestra política en Marruecos todo lo contrario de lo que ha representado siempre S. S., porque los ministros anteriores, Aranda, Grimaldo, etc., fueron los de las expediciones contra Argel para continuar nuestra expansión territorial en Africa; pero Floridablanca abandona esa política, hace el Tratado con el Sultán de Constantinopla y los Tratados con las potencias berberiscas, y á cambio de que nuestras naves y nuestras mercancías sean respetadas por los corsarios, desiste de la política conquistadora en Africa; y esa política iniciada por Floridablanca nos lleva poco después al abandono de Orán y de Alcazarquivir, á la ocupación de Argelia por Francia en el año 1850, y á todo lo que S. S. ha censurado tantas veces en esta Cámara. De modo que aun en la parte histórica, que es en la que parece que debía ser más desapasionado el Sr. Villanueva, ha utilizado toda el agua para que corra por su molino para que en la comparación resulten los tiempos de Carlos III más liberales que los nuestros.

Se refiere S. S. en el párrafo siguiente á la decadencia, á la época de Carlos IV, y dice que en el Tratado de 1799, en el artículo 12, se estipula que los misioneros españoles tendrán en Marruecos el libre ejercicio de su culto; y el Sr. Villanueva exclama:

«Perdonadme que interrumpa la lectura: ¡qué edificante es esto! En aquellos tiempos de intolerancia y de fanatismo los Emperadores de Marruecos protegiendo las casas de los misioneros y los templos, y esto consignado en Tratados que firma el Rey Carlos IV.»

Claro que para ponerlos en parangón con los mucho más clericales tiempos actuales.

Lo que aconteció entonces—y lo sabe también mejor que yo S. S.—es que á la muerte de Sidi-Mahomed ocupó el Trono de Marruecos Muley-Yezid, y su primera providencia fué cortar las dos manos y luego la cabeza al visir de su padre y mandárselas como aviso á los misioneros franciscanos amigos de su predecesor; saquear después esos conventos y los barrios de los judíos, y ejercer otros actos de *tolerancia* análogos que determinaron al Gobierno español á acudir á las armas; y cuando llegó á la paz, que fué antes de lo debido, parte porque había cambiado el Sultán, y parte porque las preocupaciones de la Revolución francesa absorbían la atención de nuestro Gobierno, se introdujo este artículo, no como una tolerancia del vencido, sino como una imposición del vencedor; y como se reprodujeron los hechos en cuantos Tratados se han celebrado después, se ha reproducido el artículo en que se impone el respeto á los misioneros españoles, que son un órgano de influencia y de penetración de España en Marruecos.

Dice S. S. que en el Convenio de 1880 no se trata una palabra de materia religiosa. Es verdad; pero de tal manera es peculiar y exclusiva del Sr. Villanueva la idea de que los misioneros no son (cualquiera que sea el juicio que merezca su conducta y el modo como practiquen su misión) un medio de penetración política y á veces económica en aquel país, que se olvida de que los Estados Unidos, invocando aquel artículo del Convenio de 1880 en que se reconocía á las naciones firmantes el derecho de reclamar el trato de nación más favorecida, han enviado á Marruecos á la Unión Evangélica, que está allí establecida y tiene varias casas en el Imperio. Esos misioneros, como los que hasta hace poco tenía Francia, como los ingleses y como los nuestros, no van allí á evangelizar; lo dicen en todos los tonos, y sería igual que no lo dijieran, puesto que si fueran á evangelizar, no podrían. Lo ha dicho terminantemente el Sr. Cervera en su oportunísima intervención de ayer, añadiendo, claro es, apreciaciones puramente personales suyas y propias de su significación: la autoridad y la influencia de los misioneros franciscanos en Marruecos es antiquísima.

Pero no quiero entrar en este terreno, que creo va á ser el campo de acción de mi querido amigo particular al Sr. Salaberry, y voy á limitarme, á título de información, á poner frente á las afirmaciones del Sr. Villanueva las de persona tan poco sospechosa como es un protestante inglés, autor de una obra en tres tomos, la mejor que se conoce sobre Marruecos.

Hablando ese autor, Budgett Meakin, de los frailes españoles, dice lo siguiente en su obra *El Imperio Moro*, página 327:

«Por dondequiera que van los franciscanos españoles son en Marruecos excepcionalmente respetados, porque han sido siempre hombres de excelente corazón y buen carácter, un poco beatos quizá, pero serios, y á veces han contado en sus filas con verdaderos sabios, como el difunto y universalmente querido P. Lerchundi, autor de las obras más importantes conocidas en árabe y marroquí, que murió obispo electo de Ceuta.» Y en la página siguiente añade: «Los buenos padres y frailes se alegrarían, como el que más de sus predecesores, de la conversión de los mahometanos al credo de Roma; pero sus atenciones religiosas se han dirigido siempre á los europeos, y aun cuando han cumplido lo que en conciencia juzgan un deber oponiéndose á las Misiones protestantes, llevan ya muchos años en el país, y jamás mostraron celo mal entendido en hacer conversiones.»

No pudo ser sino la pasión lo que inspirara al Sr. Villanueva afirmaciones tan contrarias á estas que acabo de leer, como aquellas otras en que no limitándose—porque en eso le habríamos acompañado muchos—á pedir que, sean quienes fueren los directores de las escuelas españolas en Marruecos, no impongan á los indígenas una enseñanza confesional, lamentaba que fueran frailes los directores de esas escuelas, sin duda por el carácter confesional de esos frailes, y aplaudía luego las escuelas de la Alianza Israelita, cuyos directores son igualmente confesionales; y luego se quejaba de la diferencia entre las escuelas españolas y las israelistas, y al mismo tiempo protestaba de que se dieran 300.000 pesetas á nuestras escuelas.

Pero en este tema de las escuelas no voy á entrar, limitándome á aducir esta prueba más del apasionamiento con que trató S. S. toda esta cuestión.

Reanudo ahora el hilo de la historia, siguiendo al Sr. Villanueva.

Nuevamente ha hablado S. S. en el Congreso de la época en que España estuvo más ó menos ligada políticamente á las naciones que forman el grupo político de la Europa central; en otra ocasión dijo algo más S. S., como también el conde de Romanones, y recientemente en el Parlamento francés se ha ampliado lo que dijeron SS. SS., permitiendo entrever algo del asunto... (*El Sr. Villanueva: Yo no he dicho nada de eso.*)

Tengo aquí el texto, Sr. Villanueva. (*El Sr. Villanueva:* A ver; podrá ser una inadvertencia.)

Dice así:

«¡Qué desgraciados somos! Porque es triste lo que nos sucede con Alemania. Yo no he podido nunca olvidar, y he de recordarlo por necesidad en días bien amargos para mi Patria, lo ocurrido con aquel Convenio comercial de 1893, aquel Convenio en el cual era voz pública que hasta el Emperador de Alemania, ganoso de mantener con la nación española las mejores relaciones posibles, había puesto su interés personal; Convenio ó Tratado que hubo de fracasar, ofendiendo hasta la susceptibilidad de aquella nación, y el resultado fué que en 1898 lo pagamos de una manera bien dura y bien cara.»

Eso quiere decir una cosa. ¿Es que no ha dicho S. S. aquí que hemos estado durante unos cuantos años... (*El Sr. Villanueva:* Que no habíamos estado; que habíamos podido entrar en 1893, y que por no haber entrado nos sucedió eso; que es lo contrario.) Eso es la ampliación de lo que S. S. dijo, y afirmó el señor conde de Romanones, de haber estado una temporada unidos á la Triple Alianza. (*El Sr. Villanueva:* Eso sólo-relo S. S. con el señor conde de Romanones, no conmigo. Yo no he afirmado nada de eso.) No lo tengo aquí ahora; pero traeré para la rectificación el otro texto en que su señoría lo dice terminantemente. (*El Sr. Villanueva:* Yo se lo agradeceré á S. S.) Recientemente se ha tratado este asunto en el Parlamento francés, diciéndose algo que arroja más luz sobre lo que otras veces se ha dicho en esta Cámara. Decía, argumentando y defendiéndose por primera vez después de su caída, M. Delcassé:

«Hicisteis mal en derribarme, porque hace treinta y tantos años que estaba Francia caída, dudando ella misma de si podría ó no levantarse. Sin embargo, era el vencedor el que procuraba buscar alianzas y aislar á Francia; fué el vencedor el que buscó primero el apoyo de una nación y luego el de otra vecina; el que concertó después una contra-alianza con una cuarta nación, y luego una quinta potencia europea entró dentro de la esfera de acción de las tres primeras. Y yo logré variar ese régimen político.»

Claro es que estas últimas palabras no pueden referirse sino á España. No podemos juzgar ni conocer, puesto que no sabemos, ni las condiciones en que se celebró aquella inteligencia, ni los nombres y apellidos de los que pactaron, ni de los de quienes presidieron á su terminación, cómo se determinó ésta, si fué acertada ó no, si merece ó no reproche; lo que yo creía ver en las palabras del Sr. Villanueva referentes á 1898 es una censura injusta para sus correligionarios, con los que quiero ser yo más justo, á pesar de ser adversarios míos, que lo es S. S. con sus propios amigos; porque yo recuerdo que en aquella época de 1896 á 1898 dirigieron la política española en los dos partidos personas como el Sr. Moret y el señor duque de Tetuán, y si hubiera sido posible que en el año 1898 (cualquiera que fuera la influencia del hecho en los sucesos del 98, que en este punto tampoco comparto la opinión de S. S.) España no hubiera estado sola, es indudable que esos dos insignes estadistas lo hubieran conseguido.

(*Se continuará.*)